



MAD

MAM

IDA

CCIO

ALBERT MULLER
CONIAXAN
DOYLE

ALBERT MULLER
CONIAXAN
DOYLE

PR4622

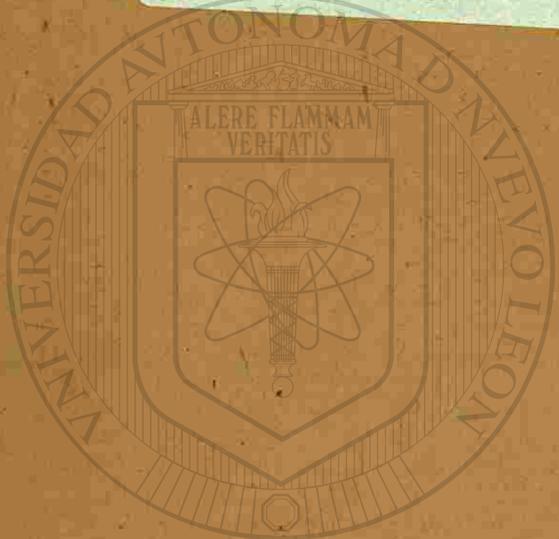
P6

S6

DT542p



82-3 EC
C.D.



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

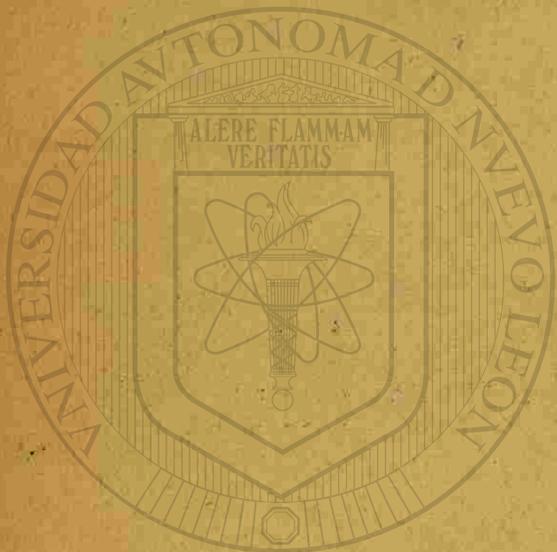
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

POLICÍA FINA

De venta en la
"Librería General"

Morelos 10E y 107 -- Tel. 789.
Monterrey, N. L.

Núm. Clas. NR
Núm. Autor D75424
Núm. Adg. 29000
Procedencia _____
Precio _____
Fecha _____
Clasificó [Signature]
Catalogó _____



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

AVENTURAS DE SHERLOCK HOLMES

POLICÍA FINA

POR

ARTURO CONÁN-DOYLE



ACERVO DE LITERATURA

115369

Traducción de José Francés.

Ilustraciones de Saúl Tolmo.

MADRID

LA EDITORIAL ESPAÑOLA-AMERICANA

Mesonero Romanos, 42.

1907

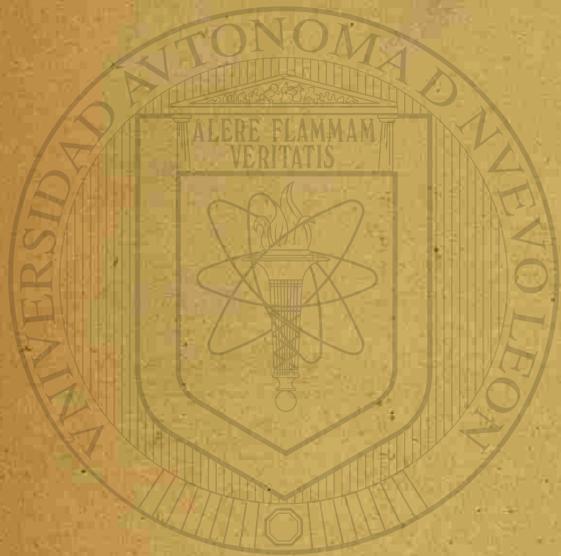
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, M.

29000

PR4622

p. 6

56



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

POLICIA FINA

EL CASADO SIN MUJER

Hace ya mucho tiempo que el mundo aristocrático olvidó la historia de la boda de lord Saint-Simón y de su curioso anulamiento. Otros hechos más escandalosos y de más sugestivos detalles la eclipsaron y torcieron la atención pública de este drama que ocurrió hace más de cuatro años. Sin embargo, como quiera que muchos de sus incidentes fueron completamente desconocidos y que mi amigo Sherlock Holmes tuvo no poca parte en la solución del problema, yo no me perdonaría nunca la omisión de tan interesantísimo asunto en estas memorias.

Algunas semanas antes de mi boda, cuando aún vivíamos Holmes y yo en Baker-Street, mi amigo se encontró, al volver una tarde de paseo, una carta sobre la mesa del despacho. Durante todo el día había llovido abundantemente y el viento arrojó furioso la lluvia contra los cristales. Yo, que me resentía del balazo que recibí en el Afganistán, me tumbé en una butaca, y con las piernas extendidas dejé correr las horas, leyendo todos los periódicos que pude reunir.

Cuando los hube leído todos, dejé vagar la vista un rato y díme á pensar de quién podría ser aquella carta lacrada con blasonado sello.

—Ahí tenéis una carta muy elegante—le dije á Holmes cuando entró—bien distinta de la que recibisteis esta mañana y que debía ser de un pescadero.

—Sí, verdaderamente—contestó sonriendo—mi correspondencia tiene el encanto de la variedad. Sin embargo, prefiero las humildes, porque suelen ser las más interesantes; ya veréis cómo ésta no tiene nada de particular...

Y rasgando el sobre la leyó rápidamente.

—¡Calla! ¡Calla! Esto parece interesante.

—¿Entonces no es del gran mundo?

—Al contrario.

—¿Es de algún aristócrata?

—De uno de los primeros de Inglaterra.

—Os felicito.

—Os aseguro, Watson, sinceramente, que la posición de los clientes no influye lo más mínimo en mi entusiasmo ó en mi decaimiento. Yo no me preocupo más que del interés que tenga el asunto, y creo que éste es de los que más tienen. Vos leéis todos los días los periódicos, ¿no es eso?

—Demasiado—contesté señalando melancólicamente el montón de diarios que se alzaban en un rincón de la mesa.—No tengo otra cosa que hacer.

—Es una gran ventaja, porque eso me facilitará mucho el trabajo. Yo no leo nunca más que la sección de tribunales y la de sucesos, que son las únicas

que me parecen instructivas. Pero vos, sin duda, os habéis enterado de la boda de lord Saint-Simón y de su extraño desenlace.

—Sí, y he leído todo lo referente á ello con el mayor interés.

—Muy bien. Esta carta es de lord Saint-Simón. Voy á leérosela, y vos, en cambio, me váis á buscar todas las noticias que se relacionen con este asunto. Oid:

«Distinguido señor:

Aconsejado por lord Backwater, que me ha hecho grandes elogios de vuestro talento y discreción, he pensado consultaros acerca del penoso é inesperado desenlace de mi matrimonio. M. Lestrade, de Scotland Yard, que ya se ha encargado de la investigación del misterio, me ha dicho que, no sólo no le molestará vuestra cooperación, sino que la considera muy útil. Iré hoy á las cuatro de la tarde, y si acaso tuviérais algún compromiso á esa hora, os ruego lo dejéis para otra, pues lo que pienso deciros es de la mayor importancia.

Soy vuestro s. s. q. b. s. m.,

ROBERTO SAINT-SIMÓN.®

—Está fechada—continuó Holmes doblando la carta—en Grosvenor Mansions, escrita con una pluma de ave, y el noble lord se ha manchado de tinta el dedo meñique de la mano derecha. Como dice que

vendrá á las cuatro y no son más que las tres, aún tenemos una hora para que me pongáis al corriente de todo. Repasad esos periódicos y ponedlos por orden para que yo me vaya enterando de lo que le ha sucedido á mi futuro cliente.

Y dirigiéndose hacia la chimenea cogió un anuario de los cuatro ó cinco que había encima del mármol.

—Aquí está—dijo sentándose y colocando el libro abierto sobre las rodillas.—«Roberto Walsingham de Vere Saint-Simón, hijo segundo del duque de Balmoral... ¡Hum! Armas: tres cruces de Malta, enlazadas en campo de azur. Nació en 1846.» Tiene cuarenta años, es decir, una bonita edad para casarse. Ha sido subsecretario en el anterior Ministerio. Su padre, el duque, fué ministro de Estado y desciende en línea recta de los Plantagenets, y de los Tudor, por la de las hembras. ¡Bah!—continuó cerrando el Anuario.—Veo que estos datos no sirven de nada; á ver si los vuestros son más útiles, querido Watson.

—Tal vez—contesté—porque son tan recientes los hechos y me chocaron tanto, que los recuerdo muy bien. Si no os he hablado de ello, es porque entonces estábais muy atareado con lo del Astillero y ya sé que no os gusta que os interrumpan ni os distraigan.

—¡Ah, sí! Es verdad. Pero aquello no tenía importancia; estaba muy claro desde el primer momento. Vamos, dadme el resumen de los artículos.

—He aquí la primera noticia. Se publicó hace

algunas en el *Morning Post*, en la sección de «Personal»: Se habla de la próxima boda de lord Roberto Saint Simon, hijo segundo del duque de Balmoral, con Miss Hatty Doran, hija única de Aloynus Doran, de San Francisco de California (Estados Unidos.) Nada más.

—Es claro y conciso—observó Holmes, acercándose á la chimenea para calentarse las piernas.

—Sin embargo, yo recuerdo haber leído otra noticia mucho más detallada... ¡Ah! Aquí está: «Va á ser preciso que el gobierno se cuide de aplicar el proteccionismo á nuestro mercado matrimonial, porque los actuales principios de librecambio no pueden ser más peligrosos para nuestros productos nacionales. Una después de otra, nuestras más ilustres casas de la Gran Bretaña se unen con las jóvenes y florecientes del otro lado del Atlántico.

»La serie de esta clase de conquistas se ha aumentado la semana última con una valiosa adquisición. Lord Saint Simon, que durante veinte años se mostró refractario al matrimonio, acaba de anunciar su próximo enlace con Miss Hatty Doran, la seductora hija de un millonario californiano. Miss Doran, cuya esbeltez y elegancia pudimos admirar en las recientes fiestas de Wertburg House, es hija única, y su dote constará de una suma de más de seis cifras, con esperanzas de aumento en el porvenir.

»Todo el mundo sabe que el duque de Balmoral tuvo que vender su notable colección de cuadros

hace años, y como quiera que lord Saint Simon no tiene más fortuna que las tierras poco importantes de Bischmoor, es indudable que la herencia californiana no es la única que ganará en esta alianza, la cual—cosa corriente en nuestros días—transformará á una republicana en una gran señora inglesa.»

—¿No hay más?—bostezó Holmes.

—Sí; tened paciencia. También en el *Morning Post* se publicó un artículo diciendo que la boda se celebraría en la intimidad, en la capilla de San Jorge, que sólo asistirían una media docena de amigos, y que después de la ceremonia los novios se irían á la casa de Lancaster Gate, alquilada con muebles y todo por el padre de la novia. Dos días después—es decir, el miércoles último—se publicó otro artículo diciendo que el viaje de bodas terminaría en la casa de lord Backwater, en las cercanías de San Petersburgo. Después ya no se habló más de ello hasta que se publicó la noticia de la desaparición de la novia.

—¿De la que?—preguntó Holmes, saltando del asiento.

—De la desaparición de la novia.

—¿Cuándo desapareció?

—Durante el almuerzo, después de la ceremonia.

—¡Hombre! ¡Hombre! Esto es más interesante de lo que creí al principio. Resulta casi dramático...

—Sí, se sale de los límites ordinarios y vulgares.

—Yo conozco desapariciones antes de la boda y aun durante la luna de miel; pero no recuerdo un

caso semejante á éste. Seguid, seguid diciéndome todo lo que sepáis.

—Os advierto que ahora ya son muy incompletas y confusas las noticias.

—No importa.

—Bueno; pues oíd lo que dice este artículo publicado en un periódico de esta mañana. Se titula *Extraño suceso de una boda*:

«La familia del duque de Balmoral es presa en estos momentos de la consternación más espantosa por los extraños y sensibles hechos acaecidos en la boda de lord Saint Simon. La ceremonia tuvo lugar ayer, según habían anunciado todos los periódicos; pero hasta hoy no nos ha sido posible comprobar y cerciorarnos de los extraños rumores que han corrido respecto de dicho matrimonio. A pesar de los esfuerzos de la familia por quitarle resonancia, la aventura se ha hecho pública, y por lo tanto, no hay ninguna razón para que guardemos silencio sobre lo que cautiva todas las conversaciones y rueda de boca en boca.

«La ceremonia tuvo lugar en San Jorge, Hanover Square. Los únicos asistentes fueron: M. Aloynus Doran, padre de la novia; la duquesa de Balmoral, lord Backwater, lord Eustace y lady Clara Saint Simon—hermanos del novio— y lady Alicia Whittington. Después del acto, toda la comitiva se dirigió á casa del Sr. Doran, en Lancaster Gate, donde esperaba un espléndido almuerzo. Según parece, una mujer desconocida pretendió entrar vio-

»lentamente en la casa, alegando cierta clase de derechos sobre lord Saint Simon. Hubo un momento de confusión, y sólo á costa de grandes esfuerzos lograron echarla á la calle el mayordomo y los lacayos.

»Afortunadamente la recién casada no se enteró de este incidente, y fué de las primeras en sentarse á la mesa. De pronto se sintió indispuesta y se retiró á sus habitaciones; pero en vista de que su ausencia se prolongaba demasiado, su padre fué á buscarla, y la doncella le dijo que Miss Hatty entró por un sombrero y un abrigo y que salió inmediatamente.

»Uno de los lacayos declaró que había visto salir á una señora, pero que como llevaba una larga capa y un velo espeso, no sabía quién era.

»Inmediatamente, M. Aloynus Doran, en unión de su yerno, hizo la correspondiente denuncia al juez.

»Esperamos, pues, que dentro de poco habrá desaparecido el misterio que envuelve este asunto. Aunque ayer, á la hora de cerrar nuestra edición, no había ningún indicio, todo parece indicar que la desgraciada lady Saint Simon ha debido ser víctima de un crimen. La policía ha tenido el buen acuerdo de detener á la mujer que intentaba entrar en la casa de M. Aloynus Doran, pues indudablemente ha debido jugar papel importantísimo en el suceso.»

—¿Es eso todo?

—Aquí, en otro periódico, hay una noticia que completa los datos anteriores.

—¿Qué dice?

—Que la mujer detenida se llama Miss Flora Willar, que ha sido bailarina, y que conocía á lord Saint Simon hace mucho tiempo. Ahora ya sabéis tanto como yo.

—*La verdad es que todo esto me resulta interesantísimo. Bien sabe Dios que no cambiaría por un imperio una ocasión como esta. Pero creo que han llamado, Watson, y como van á dar las cuatro, es fácil que sea nuestro aristócrata. No os vayáis; prefiero tener un testigo, aunque no sea más que para ayudar mi memoria.*

—¡Lord Roberto Saint Simon!—anunció el groom.

Y, apartándose, dejó pasar á un caballero de rostro agradable é inteligente.

Tenía la nariz larga, la boca voluntariosa, los ojos severos, altivos, de persona acostumbrada á mandar y á ser obedecida, y por todos sus rasgos se extendía una ligera palidez. Aunque ágil y suelto de ademanes, aparentaba más edad de la que tenía, por la espalda levemente encorvada y las piernas un poco temblonas. El cabello, algo escaso en el centro de la cabeza, griseaba sobre las sienes. El noble lord vestía irreprochablemente; llevaba un cuello muy alto, levita negra con chaleco blanco; unos botones claros ocultaban á medias las charoladas botas, y en la mano izquierda, calzada con guante amarillo, soste-

nía la chistera de alas recogidas. Avanzó lentamente mirando en torno suyo, y acariciando con la mano derecha el cordón de los lentes de oro.

—Buenas tardes, señor—dijo Holmes saliendo á su encuentro.—Servíos tomar asiento y permitidme presentaros á mi compañero el doctor Watson. Ahora, tened la bondad de ponerme al corriente de vuestro asunto.

—Y que es de los más dolorosos, al menos para mí, Sr. Holmes. Ya sé que habéis resuelto cuestiones tan delicadas y difíciles como la mía, aunque me parece que no intervendrían tan altas personalidades como en esta ocasión.

—Sin embargo, caballero, ahora, ocupándome de vos, desciendo un escalón.

—¿Cómo?

—Mi último cliente ha sido un soberano.

—¡Ah!... Es curioso. ¿Y qué rey?...

—El rey de Escandinavia.

—¿Y qué? ¿Buscaba también á su esposa?

—Ya comprenderéis, señor—dijo Holmes dulcemente—que yo guardo, respeto de mis otros clientes, igual reserva que emplearé respecto de vos.

—¡Ah! ¡Muy bien! ¡Muy bien! Perdonadme. Y ahora, si os parece, hablaremos de mi desgracia.

—Estoy al corriente de todo lo que han dicho los periódicos; nada más. ¿Tenéis la bondad de decirme si el relato de este periódico se ajusta á la verdad?

Lord Saint Simon lo leyó rápidamente.

—Es rigurosamente exacto.

—Bueno, pero eso no basta. Creo que lo más sencillo será interrogaros detalladamente.

—Estoy á vuestra disposición.

—¿Cuándo y dónde conocisteis á Miss Hatty Doran?

—En San Francisco, hace un año.

—¿Viajábais por los Estados Unidos?

—Sí.

—¿Os pusisteis en relaciones en seguida?

—No.

—Entonces ¿fuisteis amigos únicamente?

—Yo la encontraba amable y simpática, y me parece que ella comprendió en seguida esta opinión mía.

—¿Es muy rico su padre?

—Dicen que es el más rico de California.

—¿Cómo hizo su fortuna?

—En las minas. Hace algunos años no tenía un céntimo, pero descubrió un filón y supo ingeniárselas de tal modo, que enriqueció rápidamente.

—¿Qué opinión tenéis formada de la señorita... de vuestra esposa?

El gentilhombre se sujetó nerviosamente los lentes, luego, clavando la mirada en el fuego de la chimenea, contestó:

—Mi mujer tenía veinte años cuando su padre llegó á ser millonario. Está acostumbrada á vivir entre mineros, la Naturaleza fué su maestra y ella le hizo fuerte é indómita, libre de prejuicios y tradiciones. Acostumbrada á satisfacer sus deseos por estrambó-

ticos que sean, tiene la impetuosidad de los temperamentos enérgicos que obran sin pensar en las consecuencias. Sin embargo, yo no la hubiera dado mi nombre—y aquí el gentilhombre, tosió y ahuecó la voz—si no la hubiera creído dotada de nobles sentimientos. La considero capaz de los mayores sacrificios, y tengo la seguridad que no hará nunca nada deshonesto.

—¿Teneis algún retrato suyo?

—Sí; he traído uno.

Y sacando del bolsillo un medallón, lo abrió y se lo entregó á Holmes. No era una fotografía, sino una miniatura sobre marfil, y el artista había interpretado maravillosamente los cabellos negros como el azabache, los ojos grandes y la boca exquisita de la hermosa modelo. Holmes la examinó larga y atentamente. Luego, cerrando el medallón, se lo devolvió al aristócrata, diciendo:

—Entonces, ¿vuestra esposa vino á Londres y fué aquí donde estrechásteis vuestra amistad?

—Sí; su padre la trajo á pasar el otoño. Nos pusimos en relaciones y, por último, nos casamos.

—Creo que aportó una dote considerable...

—No; sencillamente la que se acostumbra á admitir y entregar en nuestra familia.

—Y esta dote, una vez que el matrimonio es un hecho consumado, ¿os pertenecerá?

—No sé; ni tampoco la he pedido.

—Es natural. ¿Visteis á Mrs Doran la víspera de la boda?

—Sí.

—¿Estaba alegre?

—Más que nunca. No cesaba de hacer proyectos para nuestra vida futura.

—Bueno. Esto es un dato importantísimo. ¿Y el día de la ceremonia?

—Hombre, á decir verdad, ese día medió una prueba de la volubilidad de su carácter. Pero fué un detalle de tan escasa importancia, que no merece hablar de ello.

—No obstante, decidnos lo que fué.

—¡Bah! Una niñería. Cuando íbamos á la sacristía, se le cayó el ramo que llevaba en la mano á los pies de un banco. El cortejo se detuvo un instante, pero el caballero que estaba sentado en el banco, se apresuró á recoger el ramo y entregárselo sin que las flores sufrieran lo más mínimo. Sin embargo, ella me contestó bruscamente cuando acudí á dicho contratiempo, y luego en el coche, cuando íbamos de la iglesia á casa de su padre, estaba ridículamente agitada. Ya véis que el hecho no tiene importancia alguna.

—Efectivamente. Habéis dicho que había un hombre sentado en el banco, luego la iglesia no estaba vacía.

—Claro. No se puede impedir que entre la gente estando abiertas las puertas.

—¿Y ese caballero, no era amigo de vuestra esposa?

—No. Si lo llamé caballero, no fué más que por



MONTERREY, N. L.

pura cortesía. Era un hombre vulgar. Además, no me fijé apenas en él...

—Entonces, lady Saint-Simón, no estaba tan alegre al volver de la ceremonia como al ir á ella? ¿Qué fué lo primero que hizo al entrar en casa de su padre?

—Hablar con su doncella.

—¿Qué clase de mujer es esa doncella?

—Se llama Alicia, es americana y vino con sus amos desde California.

—¿Es persona de confianza?

—A mí me parece que muchas veces se olvida de su papel en la sociedad y que su ama la consiente demasiadas libertades. Sin embargo, el criterio americano no es igual al nuestro.

—¿Habló mucho tiempo vuestra esposa con Alicia?

—¡Oh, no! Unos minutos nada más. Aunque si he de deciros la verdad, no me preocupé de si habló mucho ó poco.

—¿No os enterásteis de la conversación?

—Me parece que lady Saint-Simón habló de arrancar una concesión, y esto empleando el *argot* de las minas. No sé lo que quería decir.

—Sin embargo, el *argot* americano es muy expresivo á veces. ¿Qué hizo lady Saint-Simón después de hablar con su doncella?

—Entró en el comedor.

—¿De vuestro brazo?

—No, sola. Es un carácter independiente y despreocupado. Estuvo sentada unos diez minutos, y

luego, de pronto, se levantó y salió de la habitación para no volver más.

—Pero, según cuenta esa Alicia, vuestra esposa entró en su cuarto, cubrió el traje de seda con una larga capa, se puso el sombrero y salió, ¿no es eso?

—Sí. Poco después la vieron paseando en Hyde-Park, con Flora Mille, una mujer que ahora está detenida, y que por la mañana armó un gran escándalo á la puerta de M. Doran.

—¡Ah, sí! Os ruego me déis algunos detalles respecto de esa mujer, de vuestras relaciones con ella.

Lord Saint-Simón se encogió de hombros, y frunciendo las cejas, continuó:

—Durante algunos años hemos tenido relaciones íntimas; me he portado con ella generosamente y no puede tener queja alguna de mí. Pero ya sabéis lo que son las mujeres, Sr. Holmes. Flora, aunque es una mujer adorable y haya estado enamorada de mí, tiene mala cabeza. Me ha escrito infinitas cartas insultándome al saber que me casaba, y una de las razones que he tenido para que la boda se celebrara en la intimidad, ha sido el temor de un escándalo en la iglesia. Llegó á casa del Sr. Doran poco después de nosotros, é intentó pasar gritando insultos contra mi mujer y amenazas contra mí. Afortunadamente yo había prevenido á los criados y la echaron á la calle.

—¿Se enteró lady Saint-Simón de la escena?

—Gracias á Dios, no.

—¿Y luego la han visto paseando con esa mujer?

—Sí. Y el Sr. Lestrade, de Scotland-Yard, cree que Flora consiguió hacer salir á mi esposa con cualquier pretexto para vengarse.

—Es posible.

—¿Qué? ¿Sois de la misma opinión?

—Yo no he dicho probable, sino posible. ¿Y vos?

¿Creéis lo mismo que el Sr. Lestrade?

—No. Considero á Flora incapaz de hacer el menor daño, ni á una mosca siquiera.

—No obstante, á veces los celos cambian por completo el carácter. Y... ¿cuál es vuestra opinión respecto de lo ocurrido?

—Realmente, yo he venido aquí á preguntaros la vuestra, no á deciros la mía. Pero en vista de que deseáis conocerla, os diré que las emociones del día, el cambio tan brusco y tan enorme de posición social, tal vez hayan influido en ella hasta el punto de producir algún desorden nervioso en su cerebro.

—¿Es decir que, según vos, se ha vuelto loca?

—Verdaderamente, pensando en que ha vuelto las espaldas—no diré á mí, sino á todo lo que muchas otras han deseado inútilmente,—no hay otra explicación.

—Sí... tal vez—dijo Holmes sonriendo.—Y ahora, señor, la última pregunta: ¿Estábais sentado en la mesa frente á la ventana?

—Sí; y desde mi asiento veía el jardín y la acera de enfrente.

—Muy bien. Bueno, ya tengo bastante con lo que me habéis dicho. Yo os escribiré.

—Si sois bastante afortunado para resolver este problema...—dijo nuestro cliente, levantándose.

—Lo he resuelto ya.

—¿Eh?

—Digo que ya está resuelto.

—Entonces, ¿dónde está mi mujer?

—Eso lo sabré dentro de unos minutos.

El aristócrata sacudió la cabeza.

—Mucho temo que, á pesar de vuestro talento, no consigamos nada—dijo.

Y haciéndonos una reverencia señorial y un poco antigua, salió.

—Lord Saint-Simón me hace un gran honor poniendo mi inteligencia al nivel de la suya—dijo Holmes riendo.—Pero hablando de otra cosa. ¿Me parece que con este interrogatorio me he ganado honradamente un *whisky and soda* y un cigarro? ¿No?

Y después de saborear la bebida y encender el puro, continuó:

—Antes de entrar ese hombre ya tenía señalado mi plan de conducta.

—¿De veras?

—Sí, he intervenido en muchos casos análogos, aunque el desenlace no fuera en ninguno tan rápido como en éste. El interrogatorio no ha hecho más que cambiar en certeza mi suposición. El procedimiento de inducción es casi siempre infalible, sobre todo cuando se encuentra una trucha en leche, como decía Thorcan.

—Pues yo he oído lo mismo que vos, sé en este

caso, y, sin embargo, no podría formular juicio alguno.

—Porque no os pueden servir de base otros iguales, como el que tuvo lugar en Aberdien hace algún tiempo, y el que ocurrió en Munich al año siguiente de la guerra franco-prusiana. Por cierto que... ¡Calla! ¿Aquí está Lestrade? Buenas tardes, querido. Aquí tenéis un vaso de *whisky* y un cigarro.

El *detective* venía disfrazado de marinero con una amplia blusa azul y una corbata flotante; en la mano traía un saco de tela negra. Saludó secamente, se sentó y encendió el cigarro que le ofreció mi amigo.

—¿Qué hay?—dijo Holmes, guiñándome un ojo.— Parece que no estáis muy contento.

—No sé. Estoy aturdido con este maldito asunto de la boda de lord Saint-Simón, que no tiene ni pies ni cabeza.

—¿Sí? ¡Caramba!

—¿Cuándo se ha visto un lío semejante? No se encuentra ninguna pista. Y eso que he trabajado durante todo el día.

—¿Dónde os habéis mojado?—dijo Holmes poniéndole la mano en la manga de la blusa.

—En la draga de la Serpentina.

—¿Y para qué habéis hecho eso, Dios mío?

—Para buscar el cuerpo de lady Saint-Simón, Holmes soltó la carcajada.

—¡Jál! ¡jál! ¡jál!... ¿Y habéis dragado también el pilón de Trafalgar Square?

—¿Por qué?

—Porque—contestó Holmes ya serio—iguales probabilidades teníais para encontrarla en uno como en el otro sitio.

Lestrade le lanzó una mirada de cólera.

—Entonces—dijo riendo entre dientes—voslo sabéis ya todo, ¿no es eso?

—Os doy mi palabra de que no sé más que la narración de los hechos; pero ya tengo formada mi opinión.

—Es natural. ¿Y creéis que la Serpentina no descubrirá nada?

—Creo que no.

—Entonces, tened la bondad de explicarme cómo hemos encontrado esto.

Y abriendo el saco nos enseñó un traje de seda, unos zapatos blancos, una corona y un velo.

—Ved—dijo poniendo una sortija de enlace encima del montón de ropa mojada,—¿qué opina de esto el Sr. Holmes?

—¡Oh! Realmente...—contestó mi amigo lanzando azules humaredas contra el techo.—Y ¿habéis encontrado eso con la draga?

—No; un guardia lo encontró flotando cerca de la orilla. Hemos comprobado que todo pertenecía a lady Saint-Simón y, por lo tanto, el cuerpo no debía andar muy lejos.

—¡Hombre! Con ese razonamiento, toda persona debe hallarse siempre al lado de su armario. Y decidme, ¿á dónde váis á ir á parar?

—A que Flora Millar es culpable de la desaparición de la recién casada.

—Me parece que eso es un poco difícil.

—¿Lo creéis difícil?—dijo Lestrade con cierta amargura.—Mucho temo, querido Holmes, que, á pesar de vuestra lógica y de vuestras deducciones, carezcáis de espíritu práctico. En poco tiempo habéis cometido dos errores tremendos. Solamente este traje es una acusación terrible contra Flora Millar.

—¿Cómo?

—En el traje hay un bolsillo, en el bolsillo un tarjetero, en el tarjetero una carta. Vedla.

Y apoyando una mano sobre la mesa, leyó:

«Procuraré que todo esté dispuesto para cuando nos veamos. Venid inmediatamente. F. H. M.»

—Ahora, amigo Holmes—continuó doblando la carta—voy á explicaros lo que yo pienso acerca de esto. Yo creo que lady Saint-Simón acudió á la cita de Flora Millar, por medio de esta carta, firmada con las iniciales de la bailarina, y que ha servido para hacer caer á la recién casada en manos de Flora y de sus cómplices.

—¡Muy bien, Lestrade!—contestó Holmes riendo.—Veo que sois un espíritu atrozmente sagaz. Dejadme ver un momento...

Cogió el papel con ademán de indiferencia; pero á medida que lo leía se interesaba más y, por último, lanzó un grito con aire satisfecho:

—¡Oh! ¡Oh! Esto es importantísimo...

—¡Ah! ¿Ahora lo...?

—Ya lo creo. Os felicito calurosamente.

Lestrade se levantó triunfalmente y se acercó á Holmes.

—Pero,—gritó mirando el papel—estáis leyendo en el reverso.

—No; al contrario, en el anverso.

—¿Estáis loco? Al otro lado es donde está la cita escrita con lápiz.

—Y ved aquí el fragmento de una cuenta de hotel interesantísima.

—Ya la he leído—contestó Lestrade—y no he visto en ella nada de particular: «4 de Octubre: cuarto, ocho chelines; almuerzo, dos chelines y seis peniques; cok-tail, un chelín; un vaso de sherry, ocho peniques». Esto es insignificante.

—Quizás, según vos; pero yo creo que tiene una gran importancia. En cuanto á lo escrito con lápiz, también tienen su valor las iniciales, y por eso os felicité y os felicito.

—Bueno; ya he perdido bastante tiempo—contestó Lestrade levantándose,—yo confío mucho más en los trabajos serios y de sólidas bases, que en las quimeras y teorías que se forjan delante de la chimenea. Hasta la vista, Sr. Holmes, y ya veremos quién llega antes á una solución.

Cogió apresuradamente el traje y los zapatos, los metió en el saco y se dirigió hacia la puerta.

—Oid, Lestrade. Una sola palabra: lady Saint-Simón, es un mito. No existe, ni existió nunca.

Lestrade miró compasivamente á Holmes. Luego, volviéndose hacia mí, se llevó la mano á la frente, y moviendo la cabeza, salió del cuarto.

Apenas había cerrado la puerta, cuando ya Sherlock Holmes, estaba en pie.

—Hay algo de verdad en lo que ha dicho—murmuró poniéndose el gabán,—y por lo tanto, voy á variar un poco el orden de mis pesquisas. Adiós, Watson, os dejo entregado á vuestros periódicos.

Eran más de las cinco cuando me dejó Sherlock Holmes; pero no tuve tiempo de aburrirme, porque poco antes de las seis llegó el dependiente de una pastelería, y detrás de él un chico con una gran cesta. Abriéronla, y entre los dos llenaron nuestra modesta mesa de caoba, con una espléndida comida, compuesta de cuatro becasas frías, un faisán, un pastel de *foie-gras* y dos ó tres botellas cubiertas de añoso polvo. Una vez cumplida su misión, desaparecieron como dos genios de *Las mil y una noches*, sin decir más que todo estaba pagado.

A las nueve llegó Holmes precipitadamente. A pesar de la seriedad del rostro, comprendí por sus ojos brillantes que estaba satisfecho de sus gestiones.

—¡Calla! ¿Está ya preparada la comida?—dijo fro-tándose las manos.

—¿Esperáis á alguien? Han puesto cinco cubier-tos.

—Sí; espero á algunos invitados y me extraña que no esté aquí ya lord Saint-Simón... ¡Ah! Ahí sube.

En efecto, era nuestro visitante de por la maña-na; parecía muy agitado y martirizaba entre los de-dos el cordón de los lentes.

—¿Habéis recibido mi carta?—preguntó Holmes.

—Sí, y por cierto me sorprendió mucho. ¿Estáis completamente seguro de lo que decís?

—Completamente.

—Lord Saint-Simón se dejó caer en una silla y se pasó la mano por la frente sudorosa.

—¿Qué dirá el duque—murmuró—cuando sepa que un miembro de su familia ha sufrido semejante humillación?

—Yo no veo nada humillante.

—¡Claro! Vos juzgáis la cosa desde otro punto de vista.

—No, desde el mismo. La señora Doran no podía obrar de otra manera, aunque pudo elegir ocasión menos inoportuna. Sin madre carecía de apoyo y de consejo.

—Pero esto es un insulto, un insulto público, señor Holmes—dijo lord Saint-Simón tamborileando con los dedos sobre la mesa.

—Debéis ser indulgente con esa pobre muchacha.

—No, de ningún modo. Estoy furioso por haber-me dejado engañar tan villanamente.

—Me parece han llamado—dijo Holmes.—Sí, su-ben la escalera. Puesto que no consigo—continuó, volviéndose hacia el aristócrata—convenceros, creo que este abogado tendrá más suerte que yo.

Y abriendo la puerta rogó que entraran á un hombre y una mujer que esperaban en el pasillo.

—Permitidme, lord Saint-Simón, que os presente á mister y mistress Francis Hay Monlton. A esta última me parece que ya la conocéis.

Al ver á los recién venidos, el aristócrata se levantó bruscamente, y rígido, con los ojos fijos en el suelo, la mano sobre el pecho, entre dos botones de la levita, tomó la actitud de un hombre cuya dignidad recibiera cruel herida. La señora Monlton se adeientó vivamente tendiéndole la mano; pero él pareció no verla. Estoy seguro que su rencor se hubiera disipado si hubiera visto aquel encantador rostro de mujer suplicante.

—Estoy disgustada, Roberto—dijo la señora Monlton,—y comprendo que no me faltan razones para ello.

—Suprimid las excusas, os lo ruego—contestó amargamente el aristócrata.

—¡Oh, sí! Comprendo que me he portado muy mal y que debía haberos explicado todo antes de partir... Pero estaba loca, Roberto, desde que ví á Frank. No sabía qué pensar, ni qué decir, ni qué hacer. Todavía estoy asombrada de no haber caído al pie del altar...

—Tal vez, Mr. Monlton—observó Holmes,—os agradaría que nos retirásemos mi amigo y yo y os dejásemos en completa libertad.

—No; si tengo derecho á exponer mi opinión os ruego que no marchéis. Basta ya de misterios. Mi

deseo sería que Europa y América enteras conociesen la verdad.

Mr. Monlton era un hombre bajito, seco, de ademán brusco y quemado por el sol su rostro inteligente, de ojos sagaces y labios delgados.

—Yo lo diré todo—continuó su mujer.—Frank y yo nos conocimos el año 1881 en el campo de MacGuise, cerca de las montañas Rocosas, donde papá trabajaba en las minas. Nos pusimos en relaciones; pero de pronto mi padre tiene la suerte de hallar un rico filón, mientras que Frank continuaba trabajando inútilmente.

A medida que aumentaba la fortuna de papá, Frank era más pobre; tanto, que papá pretendió destruir el noviazgo y me llevó á Frisco. Pero Frank no podía resignarse á vivir sin mí; nos siguió y continuamos viéndonos sin que mi padre lo supiera. Un día, Frank me dijo que marchaba en busca de un filón como el nuestro y que no volvería hasta ser tan rico como papá. Yo entonces le juré que le esperaría indefinidamente y que no me casaría mientras viviera él. «¿Queréis que nos casemos en secreto?» me contestó.—Os prometo que no exigiré nada de vos hasta que vuelva rico; pero de este modo estaré más tranquilo.»

Después de pensarlo mucho nos decidimos, y un pastor amigo de Frank nos casó sin que nadie se enterara. Luego Frank partió en busca de la suerte y yo permanecí con papá.

La primera carta que tuve de Frank estaba fe-

chada en Montana, y la última en Nueva Méjico. Después leí en los periódicos la trágica narración de un campamento minero atacado por los indios apaches, y el nombre de mi Frank entre los muertos. Caí desmayada, y de resultas de ello estuve enferma mucho tiempo. Papá me creyó perdida y consultó á todos los médicos de Frisco. Durante más de un año no volví á saber más de Frank, lo cual me parecía muy lógico, puesto que lo creía muerto. Entonces vino lord Saint Simon á Frisco, luego vinimos nosotros á Londres, se estrecharon las relaciones, y, por último, se concertó la boda. Papá estaba muy contento, pero yo no, pues comprendía que nadie, absolutamente nadie, podría reemplazar en mi corazón á mi pobre Frank.

Sin embargo, si no hubiera pasado lo que ha pasado, yo hubiera cumplido con mi deber, y lord Saint Simon no tendría que reprocharme lo más mínimo. Si al corazón no se le manda, se puede hacer que la voluntad nos obedezca. Yo fui al altar resuelta á ser una buena esposa. ¡Juzgad cuál sería mi espanto cuando al pasar por delante del primer banco ví á Frank que me miraba fijamente!... Al principio creí que era una alucinación mía; pero luego ví que era él, él en cuerpo y alma, y mirándome con sus ojos serenos y taladrantes. Todo giró en torno mío, y las palabras del cura fueron como runruneo de abejas. No sabía qué hacer. ¿Detener la ceremonia y dar un escándalo en la iglesia? Miré á Frank, y como si él hubiera comprendido mi pensamiento, se

llevó un dedo á los labios, aconsejándome el silencio. En seguida, sacando un papel del bolsillo, se puso á escribir. A la salida, cuando pasamos á su lado, dejé caer el ramo, y Frank, al devolvérmelo, me entregó la carta donde no decía más que fuera en su busca, cuándo y dónde me citara. Mi resolución ya estaba tomada. Mi deber era seguirle y obedecerle en todo.

Ya en casa, me confié á mi doncella que había conocido á Frank y protegido nuestros amores en California. La ordené que guardara el mayor secreto y tuviese dispuesta, para cuando yo se la pidiera, una bolsita con lo más indispensable y uno de mis abrigos largos. Comprendo que debía haber enterado á lord Saint Simon de lo que ocurría; pero me resultaba muy penoso delante de su madre y de toda aquella gente tan encopetada. Decidí escapar lo primero, y luego vendrían las explicaciones. Apenas hacía dos minutos que estaba sentada á la mesa cuando ví por la ventana á Frank que me hacía señas de que fuera. Salí del comedor, me puse el sombrero y el abrigo y fui en busca suya. A los pocos pasos me detuvo una mujer, que me contó no sé qué cosas respecto de lord Saint Simon, y que, á juzgar por lo poco que ví, demostraban que también lord Saint-Simón había tenido una pequeña aventura misteriosa antes de su matrimonio. Logré desembarazarme de aquella mujer y reunirme con Frank. Tomamos inmediatamente un coche y en el cuarto que había alquilado Frank en Gordon Square, abra-

cé á mi marido, á mi legítimo marido, después de tantos años de espera... Luego me contó su historia. Estuvo prisionero de los apaches, y cuando logró escapar é ir á Frisco, se enteró que yo le había creído muerto y que estaba en Inglaterra, salió en seguida en busca mía y llegó á Londres el mismo día de mi segunda boda.

—Leí en un periódico el anuncio de la ceremonia—interrumpió el americano;—decían los nombres de los novios, de los invitados y de la iglesia; pero no el de la calle donde vivían,

—Después—continuó Mistres Moulton—discutimos acerca de lo que debíamos hacer. Frank opinaba que debía contarse todo francamente; pero yo sentía tal vergüenza, que mi deseo hubiera sido desaparecer para siempre y no volver á oír hablar de ninguna de las personas que intervinieron en este asunto. Por último convinimos que yo escribiese una carta para tranquilizar á mi padre y abandonar Londres inmediatamente. Frank hizo un lío con mi traje de boda y lo arrojó al río creyendo que nadie lo encontraría. Pensábamos salir mañana para París, cuando este Sr. Holmes vino á vernos, sin que yo sepa cómo pudo dar con nosotros, y nos convenció de que Frank tenía razón y de que hacíamos muy mal huyendo del modo que pensábamos hacerlo. Se comprometió á proporcionarnos una ocasión de hablar á solas con lord Saint-Simón, y aceptamos. Ahora, Roberto, ya sabéis toda la verdad; yo siento con toda mi alma haberos causado este gran disgusto y

espero de vuestra bondad que me perdonéis generosamente.

Lord Saint-Simón no había cambiado su actitud rígida. Sus cejas permanecieron fruncidas y cerrados sus labios durante todo el relato.

—Dispensadme—dijo—pero no acostumbro á discutir públicamente mis asuntos íntimos.

—Entonces, ¿no queréis perdonarme? ¿No queréis darme la mano antes de que me vaya?

—No tengo inconveniente.

Y adelantando el brazo estrechó friamente la mano que ella le tendía.

—Espero, señores—dijo entonces Holmes—que aceptaréis esta comida de reconciliación.

—Pedís demasiado—contestó secamente el lord.—He tenido que someterme á los acontecimientos; pero de ningún modo podéis exigirme que los celebre. Así es que, con vuestro permiso, me retiro. Buenas noches, señores.

Y envolviéndonos á todos en un mismo saludo, salió gravemente.

—Espero que los señores Moulton—dijo Holmes volviéndose al matrimonio—serán más amables que lord Saint-Simón y nos concederán el honor de comer con nosotros. Para mí es siempre muy grato conocer y tratar á un americano, pues yo soy de los que creen que la locura de un rey y la torpeza de un ministro no impedirá á nuestros hijos que el día de mañana sean los ciudadanos de un mismo imperio, bajo la bandera estrellada de la *Unión Yack*.

—Realmente ha resultado un caso lleno de interés—me dijo Holmes cuando se marcharon nuestros invitados—porque ha demostrado una vez más lo prontamente que se resuelven las cosas que parecen complicadísimas á primera vista. Nada más natural que los hechos explicados por la señora Moulton, y nada más absurdo que las suposiciones del Sr. Lestrade, de Scotland-Yard.

—Y una vez más me convengo de vuestro talento.

—No, si todo era muy sencillo... Desde el principio ví claramente dos cosas: primero, que miss Doran iba por su gusto á la ceremonia; segundo, que lady Saint-Simón volvía disgustada á la ceremonia. Indudablemente tenía que haber ocurrido algo en la iglesia para que se hubiera verificado ese cambio tan brusco. La joven no podía hablar con nadie, puesto que iba con su prometido; pero, en cambio, podía ver á cualquiera, y este cualquiera tenía que ser americano, porque llevando miss Doran muy poco tiempo en Londres no podía conocer á una persona que ejerciese tal influencia sobre ella. Ya veis cómo por una vulgar serie de deducciones venimos á parar en que la joven había visto á un americano. ¿Quién sería este americano y por qué tenía semejante poder sobre ella? ¿Un amante? ¿Un esposo? Ya sabíamos que la hija de Aloynus Doran había sido educada en un medio primitivo y extraño, donde caben todas las libertades y todas las audacias. Luego, cuando Saint-Simón nos habló del hombre sentado en el banco y del cambio observado

en su futura y de la caída del ramo—antiguo artificio para recibir cartas secretamente—de la entrevista de Lady Saint-Simón con la doncella, su confidente, y de su frase tan expresiva de «arrancar una concesión»—lo cual en el argot minero significa apoderarse de una cosa que pertenece de derecho á otro—todo lo comprendí claramente. La joven había huído con un amante ó con un esposo, más bien con esto último.

—¿Pero cómo demonios dísteis con ellos?

—Quizás me hubiera sido muy difícil sin los datos que Lestrade tenía, ignorante de su valor, si bien es verdad que las iniciales podían servir de mucho, servía de más saber que el americano había pagado una cuenta en uno de los hoteles más caros de Londres.

—¿Cómo habéis adivinado eso?

—Por los precios. Ocho chelines por un cuarto y ocho peniques por un vaso de sheny indicaban uno de los hoteles más costosos. No en Londres, muchos que tengan esos precios tan enormes. Examinando el registro del segundo hotel de la Avenida Northumberland, ví el nombre de Francisco H. Moulton, un americano que se había marchado el día anterior y cuya cuenta correspondía con la que trajo Lestrade. Había encargado que le dirigieran todas las cartas al núm. 226 de Gordon Square y allá me fuí. Tuve la suerte de hablar al joven matrimonio y de convencerlo que debían explicar al público en general, y á lord Saint-Simón en particular, todo lo

ocurrido. Les invité que vinieran á mi casa, y, según habéis visto, han seguido mis consejos.

—Sin que el resultado haya sido muy feliz— dije.—La actitud de lord Saint-Simón no tenía nada de amable.

—¡Ah, Watson!—contestó Holmes sonriendo—no os ponéis en la realidad de la vida. Apuesto cualquier cosa á que no tendríais mejor humor que él, si después de unas relaciones bastante largas, de una boda ruidosa con una mujer millonaria, os quitaran inmediatamente la mujer y los millones. Creo, por lo tanto, que debemos ser indulgentes con lord Saint-Simón, y dar gracias al cielo por no hallarnos en una situación semejante. Acercáos un poco á la chimenea; tened la bondad de darme el violín y procuremos resolver el único problema que nos preocupa ahora: el de matar dulcemente estas tristes tardes otoñales...

LA DIADEMA DE BERILOS

Era una fría y clara mañana del mes de Febrero. Un sol pálido caía sobre la nieve y el suelo centelleaba. En el centro de la calle, los carros, los coches, las caballerías removieron la blancura y la hicieron lodo y charcas; pero en las orillas, amontonada, para dejar libres las acéras, conservaba su pristina candidez. La escoba y el agua pasaron por las losas grises, y al limpiarlas, las hicieron pulidas y resbaladizas como espejos.

Holmes, tumbado en un sillón, fumaba silenciosamente. Yo, apoyado en los cristales del balcón, dejaba vagar la mirada por toda la largura de la calle, desierta desde la estación del Metropolitano hasta nuestra casa. De pronto, y saliendo de una bocacalle apareció un hombre gesticulando, de tal modo, que no pude menos de exclamar, volviéndome hacia mi amigo:

—Venid, Sherlock. Por la calle va un hombre que indudablemente está loco. Su familia hace muy mal dejándole salir en ese estado.

ocurrido. Les invité que vinieran á mi casa, y, según habéis visto, han seguido mis consejos.

—Sin que el resultado haya sido muy feliz— dije.—La actitud de lord Saint-Simón no tenía nada de amable.

—¡Ah, Watson!—contestó Holmes sonriendo—no os ponéis en la realidad de la vida. Apuesto cualquier cosa á que no tendríais mejor humor que él, si después de unas relaciones bastante largas, de una boda ruidosa con una mujer millonaria, os quitaran inmediatamente la mujer y los millones. Creo, por lo tanto, que debemos ser indulgentes con lord Saint-Simón, y dar gracias al cielo por no hallarnos en una situación semejante. Acercáos un poco á la chimenea; tened la bondad de darme el violín y procuremos resolver el único problema que nos preocupa ahora: el de matar dulcemente estas tristes tardes otoñales...

LA DIADEMA DE BERILOS

Era una fría y clara mañana del mes de Febrero. Un sol pálido caía sobre la nieve y el suelo centelleaba. En el centro de la calle, los carros, los coches, las caballerías removieron la blancura y la hicieron lodo y charcas; pero en las orillas, amontonada, para dejar libres las acéras, conservaba su pristina candidez. La escoba y el agua pasaron por las losas grises, y al limpiarlas, las hicieron pulidas y resbaladizas como espejos.

Holmes, tumbado en un sillón, fumaba silenciosamente. Yo, apoyado en los cristales del balcón, dejaba vagar la mirada por toda la largura de la calle, desierta desde la estación del Metropolitano hasta nuestra casa. De pronto, y saliendo de una bocacalle apareció un hombre gesticulando, de tal modo, que no pude menos de exclamar, volviéndome hacia mi amigo:

—Venid, Sherlock. Por la calle va un hombre que indudablemente está loco. Su familia hace muy mal dejándole salir en ese estado.

Holmes se levantó perezosamente, y á pasos lentos, con las manos hundidas en los bolsillos de la bata, vino hasta mí y se puso á mirar á través de los cristales.

El individuo que me llamó la atención era un hombre alto, vigoroso, como de unos cincuenta años, ancho de hombros y de cara. Vestía severa y cuidadosamente: levita negra, sombrero irreprochable, botines oscuros y un pantalón gris perla de excelente corte. Sin embargo, sus ademanes no estaban de acuerdo con la dignidad de su aspecto y de su traje. Corría con todas sus fuerzas y de cuando en cuando daba un pequeño salto como un hombre fatigado y que no tiene la costumbre de correr. Al mismo tiempo, gesticulando con la boca y con los ojos, movía y agitaba los brazos desesperadamente.

—¿Qué le pasará? Y viene mirando los números de las casas...

—Me parece que viene aquí—dijo Holmes frotándose las manos.

—¿Aquí?

—Sí. Tal vez venga á consultarme. Me parece reconocer en él todos los signos de una gran perplejidad. ¿Eh? ¿No os lo dije?

En efecto; nuestro hombre se detuvo resollando ante la puerta, apoyó la mano en el timbre, y poco después se extendió el sonido áspero y estridente por toda la casa.

Al poco tiempo entraba en la habitación, congestionado, gesticulando, pero con tal expresión de

dolor y de amargura en el rostro, que la risa huyó de nuestros labios y se apoderó de ellos la compasión. Durante largo rato no pudo hablar, movía la cabeza de un lado para otro y se arrancaba los cabellos y se clavaba las uñas en las rodillas... De pronto se levantó, y á no ser porque lo sujetamos con todas nuestras fuerzas, se rompe el cráneo contra la pared. Holmes consiguió que se sentara en una butaca, y haciéndolo él á su lado, procuró tranquilizarle empleando aquel tono suyo tan de bondad y de cariño.

—Vamos, vamos, querido. Veo que os habéis fatigado de tanto correr. Sin duda venís á contarnos lo que os pasa... Bueno, pero descansad, y luego, ya más tranquilo, tendremos mucho gusto en oiros y en prestaros ayuda si fuera necesario.

El caballero, anhelante, con los ojos fuera de las órbitas, luchaba aún con la emoción. Al fin, secándose la frente con el pañuelo, nos miró y dijo:

—Me debéis tomar por un loco, ¿no es verdad?

—No; comprendemos que estáis bajo el peso de una gran desgracia.

—¡Ayl... una desgracia tan terrible y tan inesperada, que no sé..., no sé... me parece que he perdido la razón. Yo hubiera soportado la deshonra, aunque mi conducta ha sido intachable siempre; yo hubiera soportado una desgracia de familia, porque el dolor es nuestro lote; pero... ¡las dos cosas juntas! ¡Es demasiado, Dios mío! Además, no se trata sólo de mí. Esta desgracia comprometerá á las primeras

figuras del reino, si no se encuentra remedio pronto y seguro.

—Tranquilizáos, señor—dijo Holmes—y decidme quién sois y lo que os pasa.

—Mi nombre tal vez os sea conocido, me llamo Alejandro Holder, de la casa de banca Holder y Stevensón, de Threadneedle Street.

Verdaderamente, no nos era desconocido aquel nombre por ser él uno de los importantes banqueros de la Cité. ¿Qué había ocurrido para poner en tal estado á un personaje de tal importancia? Nuestra curiosidad aumentaba cada vez más. Por último, y haciendo un esfuerzo para tranquilizarse del todo, comenzó su relato.

—Como no se puede perder tiempo, he venido corriendo en cuanto el inspector de policía me aconsejó que buscara vuestra cooperación. Bajé apresuradamente del metropolitano y de la estación vine corriendo hasta aquí, porque los coches no pueden ir de prisa por la nieve. Esta carrera, y como no tengo costumbre de hacer ejercicio, me ha hecho mucho daño. Por fortuna parece que ya estoy un poco mejor y voy á intentar narrar clara y sucintamente los hechos.

Ya sabréis, naturalmente, que uno de los medios más lucrativos de especulación en la banca es el préstamo con buenas garantías. Durante estos últimos años ha hecho nuestra casa infinidad de operaciones de este género, y hemos prestado grandes cantidades á muchas y distinguidas familias, reci-

biendo en depósito sus cuadros, sus bibliotecas, etcétera.

Ayer por la mañana, estando yo en mi despacho, me entraron la tarjeta de un señor que deseaba verme. Al leer el nombre dí un salto, pues era nada menos que... Pero creo que debo ser discreto y, á pesar de que estamos solos, me parece que debo ocultar el nombre de mi cliente. Basta decir que es universalmente conocido y uno de los primeros de Inglaterra. Aturdido por una distinción semejante, no acertaba á decir una palabra, y mi visitante fué el primero que habló, con la precipitación del que desea terminar inmediatamente un negocio desagradable.

—Me han dicho, Sr. Holder, que adelantáis dinero sobre efectos.

—Sí, siempre que la garantía lo merezca.

—Bien. Yo necesito, imprescindiblemente, cincuenta mil libras. Como comprenderéis, no me costaría ningún trabajo conseguir una cantidad diez veces mayor de cualquiera de mis amigos, pero no me conviene, dada mi posición, quedar obligado á nadie, y prefiero hacer la operación por mí mismo.

—¿Por cuánto tiempo necesitáis ese dinero?

—El lunes próximo os lo devolveré con los intereses que creáis conveniente, pero necesito la cantidad ahora mismo.

—Yo tendría muchísimo gusto, á no ser tan importante el préstamo, en adelantarla de mis fondos propios, sin negociación de ninguna clase. Ahora

bien, como la operación ha de hacerse en nombre de la Sociedad, tendréis que perdonarme no prescindir, ni aun tratándose de voz, que exija ciertas garantías.

—Es natural.

Y cogiendo un gran estuche de piel negra, que había dejado al alcance de su mano, continuó:

—¿Sin duda habréis oído hablar de la diadema de berilos?

—Ya lo creo. una de las más valiosas joyas de la Corona.

—Justamente.

Entonces abrió el estuche, y sobre el fondo de terciopelo color de carne apareció brillante y esplendorosa la diadema.

—Como véis tiene treinta berilos de gran tamaño y sólo el oro en que están montados es de incalculable valor. La tasación más baja excedería del doble de la cantidad que os he pedido. Os parece, pues, suficiente garantía.

Yo había cogido el estuche y miraba perplejo y confuso á mi interlocutor.

—¿Qué? ¿Dudáis de que valga tanto?

—No. Sólo que me parece muy...

—¿Os extraña que me atreva á empeñar esa alhaja? Estad tranquilo. No la dejaría á no estar seguro de que dentro de tres días volvería á mi poder. Es cumplir una fórmula. ¿Qué? ¿Os parece suficiente garantía?

—Ya lo creo. Demasiado.

—Ya comprenderéis, Sr. Holder, que os doy una gran prueba de confianza y que esta confianza está basada en lo que han dicho de vuestra honradez y caballerosidad. Por lo tanto, no sólo os ruego una discrección absoluta, sino que toméis toda clase de precauciones para la completa seguridad de la diadema, porque creo inútil advertiros que el menor accidente que ocurriera á esa alhaja causaría un escándalo enorme, y que este accidente equivaldría á la pérdida total, puesto que no hay en el mundo unos berilos iguales á éstos. Sin embargo, os dejo la diadema con toda confianza y el lunes por la mañana vendré á buscarla.

Viendo que mi cliente se disponía á marchar, llamé al cajero y le ordené que entregara á... cincuenta billetes de mil libras. Cuando me ví solo, delante de la valiosa joya, no pude reprimir un estremecimiento al pensar en la inmensa responsabilidad que había echado sobre mí. Ya sentía haberme encargado de aquella alhaja que era bien nacional y que causaría un escándalo terrible si se... Pero ya era tarde; no había más remedio que conformarse, y cogiendo el estuche lo encerré en mi caja particular.

A la noche, cuando me disponía á ir á casa, pensé que era muy peligroso dejar en el despacho un objeto de tanto valor. ¿Por qué no me habían de robar á mí como á tantos otros? Y ¿qué sería de mí si ocurriera un caso de esa índole? Entonces resolví llevar siempre conmigo el estuche, y tomando un coche, me fuí á casa, y no respiré tranquilo hasta que no

lo guardé en mi tocador, situado en el segundo piso.

Ahora dos palabras, Sr. Holmes, acerca de mi casa, pues quiero que os déis cuenta perfectísima de mi habitación. Mi ayuda de cámara y el *groom* duermen fuera y, por lo tanto, no hay que pensar en ellos. Las otras tres criadas están en mi casa desde hace tres años y tengo una confianza absoluta en su honradez. Queda Lucía Pau, una doncella que entró hace pocos meses. Es una linda muchacha, asediada por los pretendientes, á quienes una y dos veces encontré rondando mi casa. A pesar de llevar tan poco tiempo, y de su coquetería, la creo honradísima é incapaz de hacer mal alguno.

Esto en cuanto á los criados. Mi familia es mucho más reducida. Yo soy viudo con un sólo hijo llamado Arturo. Es un muchacho que defraudó todas mis esperanzas y de ello tengo yo gran parte de la culpa. Dicen que yo lo eché á perder y tal vez tengan razón. Cuando murió mi mujer quedé sólo en el mundo con Arturo, y deseoso de evitarle toda clase de preocupaciones y de disgustos, satisfice todos sus deseos y caprichos, dejándole obrar por sí mismo. Ahora comprendo que debía haber sido más severo, más enérgico, y aunque no hubiera logrado hacer de él un hombre de provecho, no tendría los remordimientos que tengo ahora.

Mi gusto hubiera sido que me sustituyese en la casa de banca, pero no sirve para los negocios. Es violento, testarudo y... la verdad, no pueden confiarsele grandes cantidades. Se hizo socio de un

círculo aristocrático, y gracias á su aspecto agradable y simpático, intimó en seguida con jóvenes millonarios y pródigos. Desde entonces empezó para él una época terrible, perdiendo miles en el juego y en las carreras de caballos, y contrayendo deudas de honor que luego yo tenía que pagar avergonzado. Cuantas veces intentó apartarse de este camino de perdición, otras tantas volvió arrastrado por su amigo sir Jorge Burnuell. Confieso que no me extraña esta influencia de sir Jorge Burnuell sobre mi hijo, pues siempre que venía á mi casa este individuo, yo quedaba fascinado y á merced suya. De más edad que Arturo, es el tipo perfecto del hombre elegante y mundano. Ha visto todo, ha estado en todas partes y de todo sabe hablar con inimitable amenidad y encanto. Sin embargo, al pensar en su inalterable sangre fría, en su lenguaje cínico y en un chispazo breve y fugitivo que sorprendía alguna vez en sus pupilas, comprendo que no se debe esperar nada bueno de él. Tal es mi opinión y tal es también la de mi pequeña Mary, que ya tiene la sensatez y discreción de una mujercita.

Sólo me resta hablaros de ella. Es mi sobrina. Cuando murió mi hermano dejó á esta niña de cinco años de edad, sola en el mundo; yo la adopté, y desde entonces la considero como hija propia. Es mi rayo de sol, el consuelo de mi vejez, una sonrisa en mi eterno ceño de hombre de negocios. Su buen juicio, su perfecto conocimiento de los deberes de un ama de casa, no la han hecho perder su dulzura,

su candor, su bondad de sentimientos. Si me faltara, yo no sé lo que sería de mí. Sólo se negó á ser complaciente en una cosa. Dos veces la ofreció su mano mi hijo, que la quiere profundamente, y las dos veces rehusó. Si Mary hubiese aceptado, ella hubiera corregido á mi hijo y lo hubiera llevado al buen camino. Mas ¡ay! ¡Ya es demasiado tarde!...

Una vez que conocéis á todos los que viven bajo mi techo, voy á continuar la historia.

Aquella noche, después de cenar, mientras tomábamos el café, referí la aventura á mi hijo y á Mary, y les hablé del rico tesoro que había traído á casa, absteniéndome, únicamente, de decir el nombre del propietario. Tengo la seguridad de que Lucía Paw no estaba en el comedor cuando yo conté todo esto; pero no sé decir si la puerta estaba completamente cerrada. Mary y Arturo me escucharon con mucho interés y desearon ver la famosa diadema. Yo me opuse.

—¿Dónde la habéis guardado?—preguntó Arturo.

—En mi bufete.

—¡Dios quiera que no entren ladrones esta noche!

—Está cerrado con llave.

—No importa, puede abrirse con una llave cualquiera. Yo recuerdo que, siendo niño, la abría con la de un armario que hay en el desván.

Como dice con frecuencia muchas tonterías, no le hice caso. Luego, cuando salí del comedor para ir á la alcoba, fué tras de mí y me dijo:

—Podíais, papá, darme doscientas libras.

—¡No, no puedo!—contesté vivamente.—Ya me he cansado de ser bueno.

—Sí, ya sé que abuso de vuestra amabilidad, pero necesito á toda costa ese dinero. Si no, no podré volver al Círculo.

—¡Mejor!

—Bueno, conformes; pero creo que no os gustará que lo deje como un hombre deshonorado. Yo necesito imprescindiblemente esa cantidad y, si vos no me la dáis, me veré obligado á buscarla en otro sitio.

—¡Podéis hacer lo que os dé la gana!—grité ya furioso, pues aquella era la tercera petición que me hacía desde primero de mes.

Cuando se marchó abrí el bufete para cerciorarme de que estaba allí el precioso estuche y luego cerré cuidadosamente. Luego recorrí toda la casa para ver si todo estaba bien cerrado. Esta requisa era obligación de mi sobrina, pero aquella noche quise hacerla yo mismo.

Al bajar vi á Mary que cerraba apresuradamente la ventana de la antecámara y se volvía hacia mí, diciendo con voz insegura.

—Papá, ¿habéis dado permiso á Lucía para que salga esta noche?

—No; ¿por qué?

—Porque acaba de entrar por la puerta de servicio. Me parece que ha salido para ver á alguien, y encuentro muy poco correcto que...

—Díselo mañana—interrumpí,—y si no yo se lo

diré. ¿Estás segura de que no ha quedado ninguna puerta abierta?

—Segurísima, papá.

—Bien. Buenas noches.

Y después de darla un beso en la frente, subí á acostarme.

—Como véis, señor Holmes, os digo hasta los menores detalles; sin embargo, os ruego que me interrumpáis si halláis algo confuso ó inexplicable.

—Hasta ahora, no.

—Bueno, llegamos á la parte culminante. Generalmente yo tengo el sueño muy ligero y, como es natural, aquella noche se agravó esta ligereza por la preocupación con que me había dormido. Cerca de las dos de la madrugada me despertó un ruido, que cesó al yo despertarme, pero que me pareció el de una ventana cerrándose suavemente. Permanecí un momento sentado en la cama, lleno de ansiedad, acechando. ¡Cuál no sería mi terror cuando sentí ruidos de pisadas en la habitación contigua! Salté convulso y tembloroso del lecho, y á través de la puerta entornada miré hacia el tocador y no pude contener un grito:

—¡Arturo! ¡Ladrón! ¡Bandido! ¿Cómo te has atrevido á semejante infamia?

A la débil luz de la lámpara que todas las noches dejo encendida en el tocador, ví á mi desgracia hijo, en paños menores y con la diadema entre manos, como si quisiera doblarla ó romperla. Al oír me la dejó caer y una palidez intensa cubrió su ros-

tro. Yo cogí la diadema y en seguida noté la falta de tres piedras.

—¡La has roto, miserable! Me has deshonrado para toda la vida. ¡Has robado tres piedras!

—¿Robado?

—¡Sí, ladrón!—grité ciego de cólera, sujetándole por los hombros.

—No falta nada más que una.

—Faltan tres, y tú sabes dónde están. ¿Serás capaz de negarlo todavía? ¿No te he visto yo mismo con la joya entre las manos?

—¡Basta! Ni una palabra más. Mañana dejaré vuestra casa pero no volver nunca.

—Sí, la dejarás; pero ha de ser entre las manos de la policía. Ya verás como entonces confiesas.

Entonces él, con una seguridad y una amargura que me sorprendieron, contestó:

—Bueno; haced lo que queráis. Yo no pienso decir una palabra.

Mis voces destempladas habían despertado á todos los de casa. Mary llegó la primera, y al ver la diadema en el suelo y la cara de Arturo, comprendió toda la verdad y cayó desmayada. Hice que viniera la policía, y cuando llegó el inspector y los agentes, Arturo me preguntó delante de ellos si estaba dispuesto á acusarle como ladrón. Yo contesté que no tenía más remedio, puesto que se trataba de una joya nacional y no se podía ocultar el robo.

—Por lo menos—añadió Arturo—permitidme salir un momento; sólo cinco minutos.

—Sí, para escaparte y esconder lo robado, ¿no es eso?

Y procurando enternecerle, varié de tono y le rogué que se arrepintiera, que comprendiese lo terrible de mi situación, que estaba en juego, no ya mi honor, sino el de un personaje elevadísimo, al cual debíamos respetar profundamente; que reflexionara y evitase un disgusto de fatales consecuencias, que dijera donde estaban los tres berilos.

—Vamos, hijo mío—añadí,—reflexiona que no puedes negar lo que yo he visto; piensa en qué de este modo empeoras tu situación, mientras que, confesando, yo te prometo olvidar todo y perdonarte.

—Guardad vuestro perdón para el que os lo pida—dijo volviéndome la espalda despreciativamente.

Comprendí que todo ruego y toda amenaza eran inútiles, y ordené al inspector que se apoderase de mi hijo. Lo registraron, registraron su cuarto, luego la casa, el jardín, todo, sin hallar la menor señal de los berilos. Arturo no volvió á pronunciar una sola palabra. Lo han encerrado en un calabozo, y yo, una vez cumplidos los primeros requisitos judiciales, he corrido en busca vuestra para pedir os parecer y consejo en vista de que la policía está desconcertada. Estoy dispuesto á dar toda mi fortuna... ya que he perdido mi honor y mi hijo al mismo tiempo. ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Qué va á ser de mí!

Y hundiendo la cabeza entre las manos empezó á sollozar como un niño.

Sherlock Holmes permaneció largo rato silencio.

so, con las cejas fruncidas y fija la mirada en el fuego de la chimenea.

—¿Recibiais á mucha gente?—dijo de pronto.

—A nadie, excepto mi consocio y su familia y algún amigo de Arturo, como sir Jorge Bunnell, que iba frecuentemente á casa.

—¿Frecuentábais la sociedad?

—Arturo, sí. Mi sobrina y yo nada absolutamente. A los dos no nos gusta salir de casa.

—Es raro en una muchacha.

—Tiene ya veinticuatro años y es de un temperamento muy sencillo y retraído.

—Esta desgracia le habrá afectado mucho.

—Sí, tal vez más que á mí mismo.

—¿Y ninguno de vosotros dos duda de la culpabilidad de Arturo?

—¿Cómo hemos de dudar habiéndole visto con la joya entre las manos?

—Sin embargo, yo no creo que eso sea una prueba decisiva. ¿Cómo estaba la diadema?

—Completamente torcida.

—Y no se os ocurrió que tal vez vuestro hijo intentara arreglarla.

—¡Dios os pague la buena intención! Pero no, no; eso no puede creerse. ¿Para qué iba á tomarse ese trabajo si no había sido él quien hizo el daño? Y, además, ¿por qué se niega á hablar si es inocente?

—A mí, en cambio, eso me hace pensar en su inocencia. Todo culpable sabe encontrar pretextos. Por otra parte, hay algunas cosas bastante confusas en

este asunto. ¿Cuál es la opinión de la policía respecto del ruido que os despertó?

—Dice que, indudablemente, fué Arturo al cerrar la puerta de su cuarto.

—Eso es una tontería. ¡Cómo si un hombre que va á cometer un crimen diera portazos para despertar á todo el mundo! ¿Y qué dicen de la desaparición de los berilos?

—Todavía están registrando todos los muebles y el piso de todos los cuartos.

—¿Y fuera?

—Fuera también. Ya os dije que examinaron el jardín minuciosamente.

—Vamos, querido señor. Conforme va pasando más tiempo del suceso y pensáis más sobre ello, ¿no le encontráis mucho más confuso y misterioso que al principio? Yo sé deciros que no me parece tan sencillo como creéis. Veamos. Suponéis que vuestro hijo se levantó de la cama, que entró con grandes precauciones en vuestro tocador, que abrió el bufete, cogió la diadema, la retorció, y yendo á un sitio apartado, escondió tres de las treinta y nueve piedras preciosas que tenía, con tanta habilidad que nadie puede dar con ellas. Luego volvió con el resto al tocador; es decir, á un sitio donde tenía noventa y nueve probabilidades contra una de ser descubierto. ¿Os parece lógica semejante teoría?

—Entonces, ¿cuál es la vuestra?—preguntó angustiado el banquero.—¿Por qué no quiso hablar si era inocente?

—Eso es lo que falta por averiguar: la razón de su silencio. Si queréis, Sr. Holder, conducirnos, vámonos inmediatamente á Streatham y examinaremos la casa y las cercanías de ella.

Holmes satisfizo mi ardiente deseo, rogándome que le acompañara en la expedición. Confieso que, á pesar de creer ciegamente en la culpabilidad del hijo del banquero—coincidiendo con su desgraciado padre—tenía tal fe en Sherlock Holmes, que á veces desconfiaba de mi seguridad. Durante el camino Holmes no dijo una sola palabra sumergido en hondas reflexiones, con los labios apretados, la cabeza inclinada sobre el pecho y el sombrero sobre las cejas. En cuanto al banquero, parecía reanimado un poco por la confianza de Holmes, y fuimos hablando en el tren durante el corto paseo que nos llevaron á Fairbaak. Fairbaak era una gran casa de piedra, á alguna distancia de la carretera.

En la hierba cubierta de nieve se abrían dos amplas avenidas que conducían á dos puertas de hierro. A la derecha había una verja de madera, de la cual partía un sendero, terminaba en la cocina y servía para el servicio de la casa. A la izquierda una callejuela, fuera de la propiedad; pero poco frecuentada, llevaba á las cuadras. Holmes nos dejó en la puerta, dió lentamente la vuelta á la casa, luego salió á la calle, volvió por el sendero de servicio al jardín situado á espaldas de la casa, y entró en las cuadras. Mientras tanto, M. Holder y yo aguardábamos en el comedor sentados cerca de la chime-

nea. Hacía un momento que estábamos allí, cuando se abrió la puerta y entró una joven. Era más bien alta que baja, delgada, y sus ojos y sus cabellos negros contrastaban con la transparente blancura del rostro. No recuerdo haber visto en toda mi vida una palidez semejante, y la rojez que faltaba en los labios sobra en los ojos matizados por las lágrimas. Todo revelaba en ella una intensa amargura, una desesperación más profunda que la del banquero, lo cual era muy extraño tratándose de una mujer que, según el Sr. Holder, era una fortaleza poco vulgar. Sin cuidarse de mí, llegó hasta su tío, y acariciándole dulcemente el rostro, dijo:

—¿Qué? ¿Habéis dado orden de que pongan en libertad á Arturo?

—No, hija mía, no puede ser. No hay más remedio que...

—¡Pero si es inocente!... Estoy segura de su inocencia. Bien es verdad que no tengo razón alguna que lo demuestre; pero ya veréis cómo os arrepentís de vuestra dureza...

—¿Pues por qué se niega á hablar?

—¿Quién sabe? Tal vez ofendido porque habéis dudado de él.

—¿Y cómo no sospechar habiéndole visto como le ví?

—Acaso cogiera la diadema nada más que para verla... Creedme, os lo suplico... ¡Es inocente! Echad tierra al asunto. ¿No os horroriza pensar que nuestro Arturo está en la cárcel?

—No insistas, Mary. Hasta que los berilos parezcan no he de influir lo más mínimo para librar á Arturo. Vuestro amor por él os ciega hasta tal punto, que no pensáis en las terribles consecuencias que tendrá esto para mí. Lejos de procurar que no se hable más de ello he traído de Londres una persona que me ayudará á descubrirlo todo.

—¿Este señor, quizás?—preguntó Mary volviéndose hacia mí.

—No, un amigo suyo. Nos ha rogado que le dejáramos solo para hacer más cómodamente sus pesquisas. Creo que está en la callejuela de la cuadra.

Los negros párpados se fruncióron.

—¿En la callejuela? ¿Para qué? ¡Ah!—continuó viendo entrar á Sherlock.—Este debe ser ese señor. Espero, caballero, que lograréis demostrar la inocencia de mi primo Arturo.

—Indudablemente tengo el gusto de hablar con miss Mary Holder—contestó Holmes sacudiéndose la nieve y acercándose á la chimenea.

Mary se inclinó asintiendo.

—Está bien, señorita. Yo también soy de vuestra opinión. ¿Tendréis la bondad de contestar á una ó dos preguntas?

—Ya lo creo. ¡Ojalá sirvan mis contestaciones para aclarar la situación!...

—¿No habéis oído nada la noche última?

—Nada. La voz de mi tío me despertó y bajé en seguida.

—Creo que fuisteis vos quien cerró las ventanas y

las puertas antes de acostaros. ¿Estáis segura de que no quedó ninguna abierta?

—Segurísima.

—¿Y hoy? ¿Estaban igual que las dejástéis anoche?

—Sí.

—Creo que una de vuestras criadas tiene novio, y que vos, según habéis dicho á vuestro tío, la visteis salir para ir á buscarle. ¿No es eso?

—Sí, Lucía Paw. Ella fué la que nos sirvió el té después de la cena, y tal vez oyó lo que nos dijo mi tío respecto de la diadema.

—¿Entonces creéis que Lucía salió á contarlo á su novio y que los dos acordaron efectuar el robo?

—Me parece que estáis perdiendo el tiempo—interrumpió impaciente el banquero.—¿No os he dicho que yo mismo sorprendí á Arturo con la alhaja entre las manos?

—Esperad un poco, Sr. Holder. Ya llegaremos á eso. ¿Visteis entrar, señorita Holder, á Lucía?

—Sí, al ir á cerciorarme si estaba bien cerrada la puerta, la ví entrar sigilosamente. También me pareció ver el bulto de un hombre en la obscuridad.

—¿Conocéis al novio?

—Sí. Es Francisco Prosper, nuestro verdulero.

—Estaba un poco retirado de la puerta, hacia la izquierda.

—Sí, á la izquierda.

—Y tiene una pierna de madera, ¿verdad?

Por los ojos de miss Mary pasó un relámpago de temor.

—¿Sois brujo?—dijo procurando sonreír.—¿Cómo habéis adivinado todo eso?

Holmes permaneció impassible.

—Ahora quisiera subir al primer piso—dijo.—Y tal vez tenga que volver á la calle. ¡Ah! Se me olvidaba mirar estas ventanas antes de subir.

Las miró una después de otra, y luego, abriendo el amplio ventanal que en el vestíbulo se abría sobre la calleja, lo examinó cuidadosamente con la lupa.

—¡Bueno, vamos!—dijo al fin.

Subimos al tocador del banquero. Era una habitación pequeña, alfombrada de gris. Holmes se dirigió inmediatamente hacia el bufete y empezó á examinar la cerradura.

—¿Con que llave han abierto este mueble?

—Con la que dijo Arturo; la del armario del desván.

—¿La tenéis ahí?

—Aquí está.

Holmes la cogió y abrió el bufete.

—No hace ruido ninguno al abrirse; no es, pues, extraño que no os enteráseis. Esta caja debe de ser la de la diadema, ¿no? Y sin aguardar la respuesta, abrió el estuche y sacó la joya. Era una maravilla, y no recuerdo haber visto nunca unas piedras tan magníficas como los treinta y seis berilos que le quedaban. Estaba torcida por un lado, y en su extremidad le faltaba un pedazo en el cual debían estar incrustadas las tres piedras sustraídas.

—Ved, Sr. Holder—dijo Holmes—el extremo

opuesto al roto. ¿Queréis que lo rompamos también?

El banquero retrocedió espantado.

—¡No! ¡De ningún modo! Ni intentarlo siquiera.

—¡Bah! Yo voy á intentarlo.

Y Holmes procuró en vano doblar la cadena.

—Aunque ha cedido un poco y yo tengo bastante fuerza, comprendo que necesitaría mucho tiempo para conseguirlo del todo. Un hombre de mediano vigor no podría hacerlo. Ahora bien, Sr. Holder, si rompiéramos esto produciría un ruido semejante á un pistoletazo. Y de suceder esto á pocos pasos de vuestro lecho, ¿no os hubiera despertado?

—No sé... No sé... Cada vez me confundo más.

—Pues ya veréis cómo llega á ser más claro que la luz del día. ¿Qué opináis vos, miss Holder?

—Confieso que participo de la perplejidad de mi querido tío.

—¿Vuestro hijo llevaba zapatos ó zapatillas cuando le sorprendisteis?

—No; no llevaba más que la camisa y un pantalón.

—Gracias. No nos podemos quejar de nuestra suerte, y bien torpes seremos si no llegamos á descubrirlo todo. Con vuestro permiso, Sr. Holder, voy á continuar mis investigaciones. Os ruego que me dejéis ir solo para no perjudicar con muchas pisadas el estudio de las que ya están impresas sobre la nieve.

Después de un rato volvió con los pies llenos de fango y el rostro más impenetrable que nunca.

—Me parece que ya no me queda más que ver— dijo.—Os dejo, pues aquí ya no hago nada, y en cambio tal vez haga falta en otro sitio.

—¿Pero y las piedras? ¿Dónde están los berilos, Sr. Holmes?

—No lo sé.

El banquero se retorció las manos desesperadamente.

—¡Ya no las veré más!... ¿Y mi hijo? ¿No me dais alguna esperanza?

—No he cambiado de opinión en lo más mínimo.

—Entonces, en nombre del cielo, decidme qué es lo que ha pasado anoche en mi casa.

—Si queréis venir mañana entre nueve y diez á mi casa, tendré mucho gusto en explicaros todo. Me parece haberos oído decir que me dabais carta blanca para obrar en vuestro nombre, y que con tal de que hallase las piedras, no fijaríais límite á los gastos que ocasionara el hallazgo, ¿no es así?

—Así es. Estoy dispuesto á sacrificar toda mi fortuna.

—Muy bien. De aquí á mañana trabajaré por descubrir la verdad, y es posible que tenga que volver aquí esta noche. Hasta la vista.

Para mí era indudable que mi compañero tenía formada ya su opinión, aunque yo no lograra acertar con ella. Durante el trayecto de casa del banquero á la nuestra, intenté varias veces hacerle hablar del asunto, pero no lo conseguí. Llegamos á Baker Street antes de las tres. Holmes se metió en

seguida en su alcoba, y al poco rato salió disfrazado de vagabundo con una chaqueta reluciente en las costuras y en los codos, una bufanda roja, unos pantalones con flecos y unas botas sin tacones.

—No está del todo mal, ¿verdad?—dijo mirándose al espejo colocado encima de la chimenea.—Mi gusto sería, Watson, que viniérais conmigo; pero temo que no resulte la expedición. Todavía no estoy seguro de haber dado con la verdadera pista. De todos modos, creo que volveré pronto. Y sacando del aparador un trozo de carne asada, la metió en un panecillo abierto por la mitad, y guardándose esta comida en el bolsillo, salió de la habitación.

Volvió á las cinco cuando yo saboreaba una taza de té. Venía de muy buen humor y traía en la mano derecha una bota usada que tiró en un rincón. Luego se sentó á la mesa, y echándose una taza de té, dijo:

—No vengo más que un momento. Me voy en seguida.

—¿A dónde?

—Muy lejos. Al otro lado de Wes-Eud. No me esperéis, porque tardaré mucho en volver.

—¿Y cómo va la cosa?

—Regular. No tengo motivos de queja. He vuelto á Streatham, pero sin entrar en la casa, y he resuelto un pequeño problemita que... Pero no puedo perder el tiempo charlando. Voy á quitarme estos harapos y á recobrar mi respetabilísima personalidad.

En el modo de expresarse se notaba que estaba

mucho más alegre de lo que decía. Sus ojos centelleaban, y una ténue rojez coloreaba sus mejillas habitualmente pálidas. Subió á su cuarto, y unos minutos después sentí cerrar de golpe la puerta de la calle.

Hasta la media noche estuve esperándole, hasta que, cansado y soñoliento, me acosté. Estaba acostumbrado á verle fuera de casa días enteros con sus noches, ocupado en seguir alguna pista, y por eso no me preocupé lo más mínimo aquella noche. No sé á qué hora vendría; pero al día siguiente, cuando bajé á desayunarme, lo encontré sentado como si tal cosa, delante de una taza de café y leyendo un periódico.

—Perdonadme, Watson, que no os haya esperado—me dijo—pero ya recordaréis que nuestro cliente quedó en venir muy temprano.

—Sí; ya no tardará, porque hace rato que han dado las nueve. Ahí creo que está. Me parece haber oído el timbre de la puerta. En efecto, era el señor Holder. Quedé asombrado de la transformación que había pasado por todo él. Su rostro, ancho y sanote el día anterior, ahora parecía arrugado y consumido, y más blanco el color de sus cabellos. Entró con una dejadez y una lentitud mucho más dolorosas que su violencia de la víspera, y se dejó caer en el sillón que yo le ofrecí.

—¡Dios mío! ¿Qué habré hecho yo para ser castigado tan cruelmente?—dijo entre sollozos.—Hace dos días, solamente dos días, yo era el hombre más

feliz del mundo. Hoy no me queda más que una vez solitaria y sin honor. Todo se derrumba sobre mí... Mi sobrina Mary me ha abandonado.

—¿Abandonado?

—Sí. Esta mañana hemos visto que su cama estaba intacta y en la mesa de la antesala había una carta para mí. Ayer, tristemente, sin cólera, la dije que ella tenía la culpa de todo por haberse negado á la boda con Arturo. Sin duda este reproche mío la hizo tomar una resolución tan terrible para mí.

Luego, sacando un papel del bolsillo, continuó:

—Oid:

«Querido tío:

»Comprendo que yo he sido la única culpable de todo por haberme negado á ser la esposa de Arturo. Con este remordimiento me sería imposible vivir bajo el mismo techo que vos, y, por lo tanto, decido abandonaros para siempre. No os preocupéis de mi porvenir, pues está perfectamente asegurado ni tampoco intentéis buscarme, porque me perjudicaríais en vez de favorecerme. Hoy, como ayer y como siempre, os quiere y os querrá vuestra agradecida,

»MARY.»

—¿Qué quiere decir esta carta, Sr. Holmes? ¿Se tratará de un suicidio?

—Nada de eso. Y tal vez sea la solución mejor que podíamos esperar. Puedo deciros, Sr. Holder,

que vuestros sufrimientos van á terminar muy pronto.

—¿De veras, Sr. Holmes? ¿Lo creéis así? ¿Entonces las piedras?...

—¿Daríais mil libras por cada una de ellas?

—Daría diez mil.

—No. Basta con tres mil libras. Y, además, otras mil como recompensa. ¿Lleváis vuestro talonario de cheques? ¿Sí? Pues aquí tenéis una pluma. Extended un cheque de cuatro mil libras.

El banquero sacó maquinalmente la cartera y firmó el cheque pedido.

Holmes se dirigió á su bufete, y sacando un trozo de oro de forma triangular, con tres berilos incrustados en él, lo echó encima de la mesa.

El banquero lanzó un grito de júbilo y se abalanzó sobre el pedazo de oro.

—¡Estas son!—dijo tembloroso y con los ojos llenos de lágrimas.—¡Estoy salvado! ¡Salvado!

La reacción fué tan violenta como lo fuera el dolor, y el buen hombre sonreía, estrechando contra el pecho las piedras recortadas.

—Todavía os queda otra deuda, Sr. Holder—dijo Holmes gravemente.

El banquero cogió la pluma:

—¿Otra deuda? Decid de cuánto y en seguida escribiré y firmaré lo que sea.

—No, no se trata de mí, ni de dinero. Se trata de vuestro hijo á quien debéis pedir perdón mil veces; de ese noble mozo de quien debéis estar orgulloso,

porque se ha portado en esta ocasión como se portarían muy pocas personas.

—¿Entonces no fué Arturo quien cogió los berilos?

—No, señor Holder; ya os dije ayer, y os lo repito hoy, que no.

—¿Estáis seguro? Entonces vamos inmediatamente á decirselo.

—Ya lo sabe. Cuando tuve la seguridad de que no me había engañado en mis suposiciones, fuí á verlo y notando que él no quería hablar, hablé yo. Tuvo que confesar que había acertado y hasta me dió algunos detalles que yo no sabía. Ahora tal vez consienta en hablaros.

—Pero, ¡explicadme este misterio en nombre del cielo!

—Ahora mismo; pero antes tengo que deciros algo muy doloroso para vos y para mí. Vuestra sobrina Mary y sir Jorge Burnwell se han escapado juntos.

—¿Mi Mary? ¡Imposible!

—Desgraciadamente, así es. Ni vos ni vuestro hijo conocíais la clase de hombre que entraba en vuestra casa como íntimo amigo. Es uno de los hombres peores de Inglaterra, un jugador arruinado, un miserable sin corazón y sin conciencia. Cuando murmuró al oído de vuestra sobrina palabras de amor, pronunciadas mil veces y á mil mujeres antes que á ella, la pobre, ignorante del mundo y de los hombres, las creyó sinceras. Inspirado por Sa-

tanás, él logró dominarla por completo. Todas las noches se veían.

—¡Imposible! Yo no puedo creer eso. No puedo creerlo—gritó el banquero, congestionado y con los ojos fuera de las órbitas.

Holmes inclinó la cabeza.

—Os estoy diciendo la verdad, Sr. Holder. La noche del robo, vuestra sobrina, creyéndose acosado, bajó calladamente de su cuarto y se asomó para hablar con su novio á la ventana que cae sobre la calleja de la cuadra. La señal de los pies de sir Jorge se hundió profundamente en la nieve, lo cual demuestra que estuvo allí largo tiempo. Ella le habló de la historia de la diadema, y entonces él, excitada su odiosa pasión por el oro, logró convencer á vuestra sobrina para que la robara. No dudo que ella os ame, pero ya sabéis que hay cierta clase de mujeres en la cual el amor de un hombre apaga y ahoga toda clase de afectos, y tal vez vuestra sobrina sea una de estas mujeres.

Apenas había recibido las últimas instrucciones de su amante, os sintió bajar, y cerrando la ventana apresuradamente, os contó la escapada de la doncella con el verdulero de la pierna de palo, en lo cual no mentía.

Vuestro hijo Arturo fué á acostarse después de la inútil petición que os había hecho; pero no pudo conciliar el sueño preocupado con sus deudas. A media noche oyó rumor ténue de pisadas, se levantó, y saliendo al pasillo, se asombró viendo á su pri-

ma andando sobre la punta de los pies y entrando en vuestro tocador.

Profundamente intrigado volvió á su cuarto, se puso un pantalón y esperó en la sombra el final de aquella aventura. Al poco rato miss Mary salió del tocador, y á la luz de la lámpara del pasillo, vuestro hijo vió que llevaba en las manos el precioso estuche. Ella bajó la escalera. El, temblando de horror la siguió, y oculto detrás de un cortinón, vió lo que pasaba en la antesala. Mary abrió suavemente la ventana, entregó la diadema á alguien que debía estar en la calleja, volvió á cerrar, y se dirigió hacia su cuarto, rozando al pasar el cortinón donde se ocultaba Arturo.

Mientras ella estuvo delante, él no supo qué hacer, seguro de que si gritaba ó la detenía, perdería para siempre la mujer á quien amaba. Pero en cuanto desapareció comprendió las terribles consecuencias que tendría para vos aquel robo y lo importante que era perseguir al criminal. Tal como estaba, con los pies desnudos, saltó por la ventana, y corriendo por la calleja cubierta de nieve, vió á la luz de la luna la silueta de sir Jorge Burnwell que procuraba escaparse. Arturo se abalanzó sobre él, y hubo una breve lucha, tirando cada uno de un extremo de la joya. En la riña vuestro hijo le dió un golpe á sir Jorge, y le hirió debajo del ojo derecho. De pronto Arturo notó que las manos de su enemigo se aflojaban, y tirando hacia sí, le arrancó la diadema. Corrió después á la casa, saltó por la ventana, cerrán-

dola por dentro, y subió á vuestro cuarto. Al ir á guardar la diadema notó que se había torcido con la lucha y procuraba enderezarla, cuando vos le sorprendisteis.

—¿Es posible?—murmuró el banquero.

—Excitásteis su cólera insultándole, precisamente cuando debíais darle gracias por su valor y su abnegación. Arturo no podía hablar sin comprometer gravemente á una persona por él muy querida, y que, sin embargo, no merecía consideraciones de ningún género. Así, pues, tomó el partido más caballeresco, y se negó á decir una sola palabra.

—¡Ah! ¡Por eso ella rompió á llorar y se desmayó al ver la diadema!—gritó el Sr. Holder.—¡Qué ciego he sido, Dios mío! Por eso mi pobre hijo me pedía cinco minutos para salir y ver si encontraba el pedazo arrancado. ¿Qué cruel he sido juzgándole?

—Al llegar á vuestra casa—continuó Holmes impasible—examiné todo cuidadosamente, fijándome primero en la nieve para ver si descubría algo importante. No había vuelto á nevar, y la nieve helada debía conservar perfectamente toda clase de huellas. Todo el sendero que conduce á la cocina estaba lleno de barro, y las numerosas pisadas se confundían unas con otras. Sin embargo, un poco más lejos, cerca de la puerta, una mujer estuvo hablando con un hombre que llevaba una pierna de madera. También observé que fueron sorprendidos, porque la mujer había echado á correr en dirección á la casa, como indicaban sus huellas profundas en las

puntas de los pies y casi imperceptibles en el tacón. Pata de palo esperó un momento hasta verla entrar en la cocina. En seguida me figuré que esta mujer y este hombre debían ser la doncella y su amante á quienes se refirió vuestra sobrina. Luego recorrí el jardín sin encontrar más que pistas que se cruzaban y confundían y debían ser de los policías; pero en la calleja que conduce á las cuadras, estaba escrita en la nieve una larga é interesante historia.

Había una pista doble de un hombre calzado, y otra doble pista de otro hombre con pies desnudos. Lleno de alegría comprendí desde el primer momento que estas últimas huellas pertenecían á vuestro hijo. El primero de los hombres fué y volvió tranquilamente; pero el segundo había corrido con todas sus fuerzas, y sus huellas cubrían muchas veces las del primero, lo cual demostraba que le había seguido. La pista terminaba al pie de la ventana del vestíbulo, donde las botas habían fundido la nieve, como prueba de que el hombre calzado estuvo allí largo tiempo. Volví hacia atrás, y como á unos cien pasos de la ventana observé que la nieve estaba removida como después de una lucha, y algunas gotas de sangre me ratificaron en lo pensado. El hombre de las botas logró escapar, y las gotas de sangre que seguían sus pasos, demostraban que era él el herido. Al llegar á la carretera ya desaparecían las señales, pues habían quitado la nieve desde muy temprano.

Cuando entré en la casa recordaréis que examiné

con la lupa el borde y las maderas de la ventana. Entonces noté el contorno del pie húmedo de alguien que había entrado.

En seguida formé mi opinión. Un hombre esperaba al pie de la ventana, alguien le trajo la diadema y se la entregó. Vuestro hijo oyó el ruido, y al enterarse de lo que pasaba, persiguió al ladrón. Habían luchado tirando cada uno para sí de la diadema hasta que la partieron. En seguida vuestro hijo volvió con la diadema, no sin dejar un fragmento en manos del enemigo. Hasta aquí todo estaba muy llano. Sólo quedaba por averiguar quién era el ladrón y quién le entregó la joya.

Hace mucho tiempo que considero como una ley el que en todo absurdo se esconde siempre algo de verdad. Y yo sabía que vos no entregásteis la diadema; así es que sólo podía sospechar de los criados y de vuestra sobrina. Pero si hubiera sido alguno de los criados, ¿cómo iba á dejarse acusar vuestro hijo en lugar suyo? No había ninguna razón para creer semejante locura. En cambio, si la había, tratándose de su prima á quien las palabras de Arturo podían deshonorar para siempre. Y cuando recordé lo que me habíais dicho del enamoramiento de Arturo, y que sorprendísteis á Miss Mary en la ventana y que se desmayó al ver la diadema en manos de vuestro hijo, mi suposición se hizo certidumbre. Faltaba conocer á su cómplice. Este debía ser únicamente su novio ó su amante, pues sólo un hombre que reuniera estas circunstancias podía ha-

cerla olvidar el cariño y el agradecimiento que os debía. Ya sabía que salíais poco de casa y que el círculo de vuestras amistades era muy reducido. Pero entre esos amigos figuraba sir Jorge Burnwell, y yo he oído hablar siempre muy mal de este hombre. Las huellas de los pies calzados debían ser suyas, y en sus manos debían estar los tres berilos. Aunque Arturo lo hubiera reconocido durante la lucha, él podía estar muy tranquilo, puesto que vuestro hijo al denunciarlo denunciaba á su amada.

Ahora ya adivinaréis fácilmente los medios de que me he valido. Disfrazado de vagabundo fuí á casa de sir Jorge y trabé conversación con su criado, enterándome por él que su amo se había herido en la cabeza la noche anterior, y, finalmente, por la modesta suma de seis chelines, adquirí una prueba indudable, comprándole un par de botas viejas. Volví con ellas á Streatham, y ví que se ajustaban perfectamente á las que estaban impresas en la nieve.

—Ahora recuerdo que ví ayer un hombre de mala traza por los alrededores, y principalmente en la calleja.

—Justamente. Era yo. Seguro ya de que lo sabía todo, volví á mi casa para cambiar de ropa. Me quedaba la parte más difícil; teníamos que evitar el escándalo de una detención, y además tropezaba con la dificultad de que el bandido Burnwell conocía las razones que nos ataban de pies y manos. Fuí á verle. Al principio, naturalmente, negó en absoluto. Luego, cuando le dije punto por punto todo lo que ha-

bía hecho, quiso armar un escándalo, y abalanzándose á una panoplia cogió un puñal. Pero yo, conociendo la clase de hombre con quien tenía que habérmelas, saqué una pistola y le dije que al menor movimiento suyo le descerrajaba un tiro. Entonces se hizo más razonable. Le prometí que se le pagarían á mil libras cada berilo. Al oírlo frunció las cejas y dijo bruscamente:

—¡Que el diablo me lleve sino las he vendido las tres hoy mismo por seiscientas libras!

Obtuve fácilmente las señas del comprador, prometiéndole que no sería perseguido lo más mínimo.

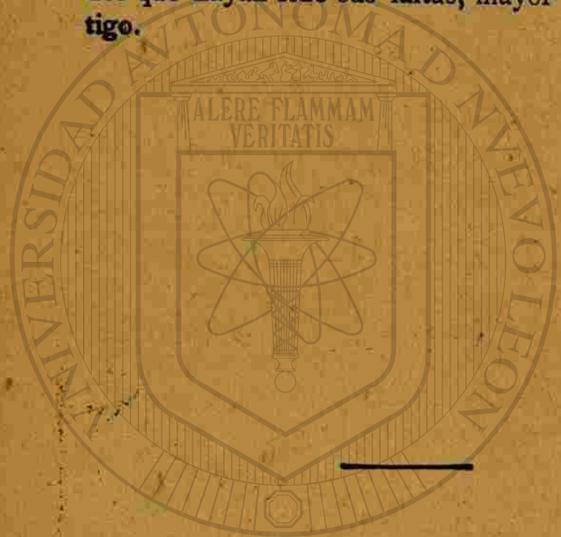
Fuí en seguida á ver á aquél, y después de una larga discusión, logré que me cediera las tres piedras por tres mil libras. Entonces, ya tranquilo, fuí á ver á vuestro hijo y le dije que todo estaba arreglado. Y, por último, vine á acostarme á las dos de la madrugada, pues me parece que tengo derecho al descanso después de una jornada tan fatigosa.

—Una jornada que ha librado á Inglaterra de un escándalo político—dijo el banquero levantándose.

—Caballero, no encuentro palabras para mostraros mi agradecimiento; pero conste que no tratáis con un ingrato. Veo que sois mil veces más hábil de lo que me habían dicho y elogiado. Ahora debo correr en busca de mi hijo y pedirle perdón de rodillas por lo mucho que le hice sufrir. Sólo me queda un dolor y dolor profundo: el de perder á mi pobre Maryn. ¿No podríais averiguar, vos que lo sabéis todo, dónde estará ahora?

ARTURO CONAN-DOYLE

—Seguramente con sir Jorge Burnwell. Dejémosla, y tengamos lástima de ella, pues por muy grandes que hayan sido sus faltas, mayor será su castigo.



EL CARBUNCLO AZUL

Al día siguiente de Navidad fui á felicitar las pascuas á mi amigo Sherlock Holmes.

Lo hallé envuelto en una bata y tendido perezosamente sobre el sofá de su cuarto. Al alcance de la mano había una pipa y un montón de periódicos que debieron ser muy leídos, á juzgar por lo arrugados que estaban. Un poco más lejos, sobre el respaldo de una silla de paja, había un sombrero mugriento y deformado.

—Siento haber venido á interrumpiros en vuestras meditaciones—dije á Sherlock.—Me parece que estáis hondamente preocupado, ¿verdad?

—No lo sintáis, pues me alegro de tener un amigo con quien hablar del resultado que acabo de obtener.

Y señalando con la mano al sombrero, añadió:

—Se trata de una cosa muy vulgar á primera vista; pero que en el fondo encierra algo muy curioso y hasta instructivo.

Hacía un frío horrible, y á través de los cristales

parece. A pesar de que el animal llevaba atado en la pata izquierda un papel donde decía: «Para la señora de Baker», y que en el forro del sombrero se leen perfectamente las iniciales *E. B.*; ya comprenderéis que no se podía saber quién era el propietario, habiendo, como hay, millares de Baker y centenares de Enriques Baker en Londres.

—¿Entonces qué hizo Peterson?

—Como sabe mi manía de estudiar todo y de preocuparme hasta de las cosas más insignificantes, me trajo el sombrero y el pato. Yo me quedé con aquél y Peterson se llevó el pato para hacerle sufrir la pena á que sin duda le había condenado el desconocido.

—¿No habéis puesto ningún anuncio en los periódicos?

—No.

—Entonces, ¿qué indicios tenéis para?...

—Ninguno—me interrumpió Holmes—más que simples deducciones.

—¿Sin más punto de apoyo que el sombrero?

—Sin más punto de apoyo que el sombrero.

—¡Bah! Tenéis ganas de broma. ¿Qué vais á deducir de esta porquería?

—Ya conocéis mi sistema. Tomad la lupa, examíadlo cuidadosamente y decidme después lo que opináis del dueño de esa prenda.

Yo cogí el sombrero, y después de mirarlo y remirarlo, no saqué nada en limpio. Era un sombrero hongo, de fieltro áspero y muy gastado. El

forro de seda roja se había desteñido y no se podían leer las señas del fabricante, aunque sí las iniciales *E. B.*, según había observado Holmes. La parte de atrás del ala estaba agujereada sin duda para poner un cordón que ya no existía, y todo él cubierto de polvo y de manchas, que se intentaron disimular cubriéndolas con tinta.

—Confieso que no sé ahora más que antes—dije devolviéndoselo á mi amigo.

—Veo que, á pesar de ser observador, no sabéis razonar vuestras observaciones.

—Bueno; decidme que deducís de ese sombrero.

Holmes lo cogió, y examinándole con aquélla su admirable penetración, dijo:

—Tal vez me equivoque, pero yo he hecho una serie de deducciones, la mitad de la cual es de una indudable certeza, y la otra mitad se apoya en serias probabilidades. Seguramente el dueño de este sombrero era un hombre de una inteligencia superior, que en sus últimos años ha descendido notablemente de posición. Fué previsor, pero ya no lo es; lo cual prueba una retrogresión moral que, unida al descenso de su fortuna, parece indicar algún vicio: quizás el de la bebida. Así se comprende que su mujer no le quiera.

—¡Hombre, Holmes!...

—Sin embargo, ha conservado algo de dignidad—continuó Sherlock como si no hubiese oído mi exclamación.—Es un hombre ya de cierta edad, que lleva una vida sedentaria, falta de ejercicio. Usa po-

mada en el pelo, que es de color gris, y que se ha hecho cortar hace poco tiempo. Esto es lo único que he sabido examinando el sombrero. ¡Ah! Se me olvidaba; seguramente no hay gas en la casa que habita nuestro héroe.

—¿Pero os estáis burlando de mí?

—De ningún modo. ¡Cómo! ¿Tan ciego sois que no véis las cosas después de poner, como he puesto, los puntos sobre las íes?

—Confieso mi torpeza; pero no comprendo, por ejemplo, ¿cómo podéis saber la inteligencia de ese hombre?

Por toda contestación Holmes se puso el sombrero, que se le hundió hasta las orejas.

—Muy sencillo. Un hombre que tiene un cráneo tan voluminoso no puede menos de tener excepcionales facultades.

—¿Y el cambio de fortuna?

—Este sombrero tiene tres años, porque sus alas, ligeramente vueltas hacia arriba, eran la última moda en aquella época. Además, como el hombre que se pudo comprar un sombrero de este precio—pues debió costar caro—no lo ha renovado desde entonces, deduzco que su situación es ahora bastante peor que antes.

—Todo eso está muy claro; ¿pero cómo explicáis su previsión y su retrogresión moral?

Sherlock Holmes sonrió.

—Ved—dijo, señalando el agujero hecho en el ala para el cordón;—esto no se hace más que en el

caso de pedirlo el comprador, y el hombre que gasta cordón contra el viento, es un hombre previsor. Sin embargo, debió romperse el cordón y no lo han reemplazado, lo cual demuestra que la previsión empieza á decaer, á pesar de que aún le queda un resto de dignidad, porque ha intentado disimular con tinta las manchas.

—Realmente todo eso parece muy lógico.

—También he dicho que era un hombre de edad madura; que tenía el pelo gris, que se lo había cortado hace poco tiempo y que usa pomada al peinarse. Todo eso podéis observarlo como yo, examinando atentamente la parte inferior de la badana. Mirad con la lupa y veréis algunos cabellos pegados y unidos por una grasa perfumada. Por último, este polvo no es terroso como el de las calles, sino oscuro y espeso como el del interior de las casas, lo cual indica que el sombrero ha estado más veces en el suelo que en la cabeza. En cuanto á estas manchas de sudor, son prueba de que el que lo llevaba no está muy acostumbrado á hacer ejercicio, puesto que transpira con tanta facilidad.

—También habéis dicho que no le quería su mujer.

—¿No habéis visto que hace mucho tiempo que no se cepilla este sombrero? Si vuestra mujer, querido Watson, os dejara salir con el sombrero lleno de polvo y yo os viera llegar de ese modo, me parece que tendría mucha razón para dudar de su cariño.

—¿Y no puede ser un hombre soltero?

—No; puesto que llevaba un pato á su mujer como regalo de pascua. Recordad el papel atado en la pierna izquierda del animal.

—Veo que para todo tenéis respuesta; pero ¿de dónde sacáis que no tenga alumbrado de gas su casa?

—Pues sencillamente, porque el sombrero tiene más de una y de dos y de tres manchas de esperma, y esto quiere decir que nuestro hombre sube la escalera por las noches con la vela en una mano y el sombrero en la otra. ¿Estáis satisfecho?

—Sí. Todo eso es muy ingenioso—contesté riendo;—pero si no se trata de ningún crimen, ni de ningún accidente más que de la pérdida de un pato, me parece que habéis perdido lamentablemente el tiempo con todas esas averiguaciones.

Iba Sherlock Holmes á contestar, cuando se abrió bruscamente la puerta y apareció el comirario Peterson con la cara encendida y los ojos inquietos.

—¡El pato, Sr. Holmes! ¡El pato!—balbuceó.

—¿Qué pasa? ¿Ha resucitado, y se escapó por la ventana de la cocina?

Holmes cambió de sitio, con objeto de observar más cómodamente la cara de Peterson.

—Ved, Sr. Holmes, lo que ha encontrado mi mujer en el buche.

Y alargó una mano, enseñando una piedra azul del tamaño de una habichuela, pero de tal brillo y limpieza, que parecía un punto luminoso. Sherlock Holmes se levantó, y con las manos en los bolsillos, dijo tranquilamente:

—Os felicito. Peterson, porque habéis hecho un precioso hallazgo. ¿Sabéis qué clase de piedra es esa?

—Una piedra preciosa, un diamante; porque corta perfectamente el cristal.

—Querido: esto es más que una piedra preciosa. ¡Es «la piedra preciosa»!

—¿Será tal vez el carbunco azul de la condesa de Moscar?—exclamé.

—Ese mismo. Lo reconozco por las señas que da el anuncio diario del *Times*. Es una alhaja, única é inapreciable, hasta tal punto, que las mil libras que se ofrecen como recompensa al que la entregue, no representan ni la vigésima parte de su valor.

—¡Mil libras, Dios mío!...

Y el pobre comisario se desplomó sobre una silla girando aturdido sus miradas de Holmes á mí y de mí á Sherlock.

—Sí; ese es el premio ofrecido—dijo mi amigo.—Me parece que hay ligada á esa piedra toda una novela, y que la condesa no dudaría en sacrificar gustosamente la mitad de su fortuna.

—Creo—repuse—que esa joya se perdió en el Hotel Cosmopolitano.

—Justo. El 22 de Diciembre; hace cinco días. Como autor del robo han acusado al fumista John Horner, sobre el cual recaen todas las sospechas. En este periódico se habla algo del asunto.

Cogió un periódico, y repasando en silencio las columnas, se detuvo en el párrafo siguiente:

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA CENTRAL
ALFONSO REYES
No. 1005 MONTERREY, MEXICO

pensó al principio más que en la fuga, sin cuidarse para nada del pato ni del sombrero; pero luego, pasado el primer momento, debió de pensar con pena en lo perdido. Y, por último, esta precaución mía de poner su nombre, serviría para que, si no él, se enteren sus amigos y se lo digan. Oid, Peterson, váis á ir á una agencia de anuncios y váis á entregar éste para que lo publiquen.

—¿Dónde?

—Pues... en *El Globo*, en *La Estrella*, en *Pall Mall*, en *Saint James Gazette*, en el *Standart* y... en fin, en todos los que se os ocurran.

—¡Muy bien! ¿Y el carbunco?

—Me quedo con ello. ¡Ah! ya se me olvidaba. Cuando vengáis, no se olvide comprar un pato. Nos es necesario para dárselo á ese Sr. Baker en cambio del que estarán guisando en estos momentos en vuestra casa.

Cuando se marchó el comisario, Holmes cogió la piedra y empezó á examinarla poniéndola á con-

—¿Dónde se encontró?

—Es un hermoso ejemplar, murmuró. —¡Ved cómo brilla! ¿Qué tenéis, amigo Watson, una fuente de crímenes. Las piedras preciosas son el cebo favorito del demonio. En las joyas más antiguas y más ricas, cada faceta de su pedrería equivale á una infamia. Esta no tiene una historia muy larga. Fué encontrada hace veinte años en el río Amoy, al Sur de China, y tiene la particularidad de que, poseyendo todos los caracteres del carbunco, es azul y no roja

como las demás de su especie. Pero á pesar de su corta vida, ya han sido causa sus cuarenta quilates de carbón cristalizado, de dos asesinatos, un suicidio y muchos robos. ¿Verdad que resulta extraño y doloroso que una cosa tan linda empuje los hombres hacia las cárceles y los cementerios? Pero dejémonos de divagaciones. Voy á guardarla cuidadosamente y á escribir á la condesa que el carbunco está en mi poder, para que se tranquilice.

—¿Creéis en la inocencia de Horner?

—No sé...

—¿Entonces os parece que Enrique Baker está complicado en este asunto?

—No. Lo creo completamente ajeno á él. Tengo la seguridad de que no sabía el inmenso valor del pato que llevaba sobre la espalda. Ya veréis como, si responde al anuncio, nos convenceremos de su inocencia, sometiéndole á una prueba sencillísima.

—¿Y entre tanto no podéis hacer nada?

—Nada.

—En ese caso voy á continuar mis visitas profesionales y volveré á las seis y media, pues confieso que estoy profundamente intrigado por ver cómo termina esto.

—Tendré mucho gusto en volveros á ver, querido. Ya sabéis que como á las siete y hasta creo que tengo faisán. A propósito, Watson, ¿no os parece que, en vista de los acontecimientos, debía aconsejar á la señora Hudson que examinara bien el buche del faisán?

Me entretuve algo con un enfermo, y ya eran algo más de las seis y media cuando volvía á Baker Street. Al dar la vuelta á la esquina ví parado en la puerta de casa de Holmes á un hombre bastante alto, con una gorra escocesa y un gabán abotonado hasta el cuello. Al llegar yo se abrió la puerta y entramos juntos en el cuarto de Sherlock, quien se levantó de la mesa para recibirnos.

—Indudablemente sois Enrique Baker—dijo con aquella naturalidad tan característica en él.—Tomad asiento, os lo ruego; aquí, cerca de la chimenea, pues hace mucho frío, y me parece que no venís muy abrigado. ¡Hola, Watson! ¿Es este vuestro sombrero, Sr. Baker?

—Sí, señor; este es mi sombrero.

Nuestro interlocutor era un hombre vigoroso, cuadrado de hombros y de cabeza grande. El rostro ancho é inteligente, se adelgazaba hacia el mentón y moría en una barba puntiaguda de color castaño, plateado por algunas canas. La rojez de la nariz y de las mejillas y el ligero temblor de las manos demostraban que Holmes había acertado por lo menos en lo referente á sus costumbres. El abrigo de un negro, verdoso por el tiempo, estaba abotonado hasta el cuello, según dije antes, y sobre los blancos puños de nuestro héroe no había la menor blancura de camisa, ni aun señales de americana. Hablaba lenta y trabajosamente, pero reconocía en la elección de palabras que no era una persona vulgar y que debía de haber estado en mejor posición que la actual

—Hemos guardado estos objetos algunos días—dijo Holmes—porque esperábamos ver en los periódicos algún anuncio que nos indicara vuestras señas. ¿Cómo no empleásteis ese medio?

El Sr. Baker sonrió algo avergonzado.

—Como no ando muy sobrado de dinero y estaba casi seguro de que el grupo de polizontes que asaltó se lo habían apoderado, no quise arriesgar, tal vez infructuosamente, cantidad alguna.

—Tenéis razón. En cuanto al volátil me veo obligado á confesaros que nos lo hemos comido.

—¡Oe lo habéis comido!

Y nuestro visitante se levantó azorado y convulso.

—Sí; porque de no hacerlo no hubiera servido para nadie. Pero en cambio, ved ahí sobre el aparador otro tan bueno como aquél y que me parece pueda reemplazarlo perfectamente.

—Ya lo creo... sí, ¡muy bien!—contestó el señor Baker lanzando un suspiro de alivio y sentándose ya más tranquilo.

—Sin embargo, hemos conservado las plumas, las patas, etc., del vuestro por si las queráis...

Nuestro visitante lanzó una carcajada franca y sonora.

—Tendría gracia conservar esos despojos como recuerdo de la aventura; pero bien mirado, no veo la utilidad de esos *disjecta membra*. No, con vuestro permiso, prefiero esa hermosa pieza que tenéis en el aparador

Holmes me miró guiñando rápidamente el ojo izquierdo.

—Entonces, aquí tenéis el sombrero y el pato. Pero antes de marcharos os agradecería que me dijérais dónde habéis adquirido el otro; porque á mí me gusta mucho esta clase de comida, y confieso que aquél era de los más hermosos que he visto.

—Con mucho gusto, señor—dijo Baker, que se había levantado y puesto el volátil bajo el brazo. Varios amigos y yo somos asiduos concurrentes de la taberna del Alfa, situada cerca del Museo. Este año, Windigate—que es el tabernero—instituyó una sociedad, cuyo objeto era proporcionar á cada uno de los socios un pato el día 25 de Diciembre. Yo formé parte de la sociedad y, por lo tanto, tuve derecho al volátil; lo demás ya lo sabéis. Ahora sólo me resta haceros presente mi más sincero agradecimiento por haberme devuelto el sombrero, pues ya comprenderéis que esta gorrita escocesa no es propia de mi edad ni de mi posición.

Y con un saludo, ostentosamente ceremonioso, se despidió de nosotros y salió del cuarto.

—Ya véis—dijo Holmes, cuando sonó la puerta al cerrarse detrás de Enrique Baker—que este buen hombre no ha intervenido para nada en el robo. ¿Tenéis ganas de comer, Watson?

—Ninguna absolutamente.

—Entonces vamos á substituir la comida por una cena y á seguir en caliente la pista que ha empezado tan bien. ¿Qué os parece?

—Muy bien.

Nos abrochamos bien los gabanes, nos arrollamos al cuello las amplias bufandas y salimos á la calle.

Hacia frío. Las estrellas parpadeaban en cielo azul y limpio de nubes. El aliento de las personas y de los animales ascendían como blanquecinas y débiles humaredas. Nuestras pisadas sonaron secas y enérgicas sobre las aceras heladas de Wimpole-Street, de Harley-Street, de Wigmore-Street y, finalmente, de Oxford-Street. En un cuarto de hora llegamos á la taberna del Alfa. Holmes empujó la puerta del reservado, y dirigiéndose á un individuo de delantal blanco y faz rubicunda, el tabernero, sin duda, le dijo que nos sirvieran dos *bocks*.

—Si vuestra cerveza es tan buena como vuestros patos, debe ser excelente—añadió.

—¿Mis patos?

—Sí; precisamente he estado hablando hace una media hora con el Sr. Baker, quien forma parte, según creo, de la sociedad de patos de Navidad, ¿no es eso?

—¡Ah, sí! Pero los patos no son míos.

—¿No? Entonces, ¿de dónde proceden?

—Los he comprado en una tienda de Covent-Garden.

—Hombre, yo conozco á algunos de ese barrio, ¿cómo se llama?

—Breckiuridge.

—¡Ah!... A ese no le conozco. A vuestra salud... y que prosperéis mucho.

Y luego, levantándose y abrochándose el abrigo hasta el cuello, añadió:

—Buenas noches, amigo Windigate.

Salimos á la calle. Un viento frío y sutil corría por las calles desiertas.

—Vamos en busca de Breckiuridge. Ya vais viendo, querido Watson, que no es tan inocente como parecía este asunto al principio, puesto que pueden resultar de él siete años de trabajos forzados si no logramos probar la inculpabilidad de John Horner. También es posible que de todas estas averiguaciones resulte que ese es el verdadero criminal, pero siquiera se le condenará con pruebas fehacientes.

Atravesamos Holborn, luego seguimos por un sinnúmero de callejuelas á todo lo largo de Endell-Street y, por último, llegamos al mercado de Covent-Garden. Uno de los kioscos más próximos á la puerta llevaba el nombre de Breckiuridge, y el propietario, de rostro inteligente, con grandes patillas, lo cerraba en aquel momento ayudado de un muchacho. Holmes se acercó apresuradamente, y dijo:

—¡Buenas noches! ¿Habéis visto que frío más horrible?

El vendedor asintió con la cabeza mirando de reojo á mi compañero.

—¿Qué, no os queda ningún pato ya?—continuó Holmes señalando el mostrador de mármol completamente limpio.

—Si queréis, mañana os puedo proporcionar quinientos.

—No; no es eso lo que quiero.

—Entonces, si lo queréis ahora mismo podéis ir á aquella tienda; allí, donde brilla aquella luz.

—No; me han recomendado especialmente vuestra tienda como la mejor de todas.

—¿Quién?

—El tabernero del Alfa.

—¡Ah, sí! Le proporcioné más de dos docenas de patos.

—Eran unas piezas hermosas. ¿De dónde las habéis sacado?

Con gran asombro mío, el comerciante se encoletizó al oír esta última pregunta.

—Vamos, caballero—dijo torciendo la cabeza hacia un lado y apoyando las manos en las caderas,—¿á dónde váis á parar?

—Pues sencillamente, á que deseo saber quién os ha vendido esas dos docenas de patos.

—Bueno, pues no me da la gana decíroslo.

—Bien, bien; lo mismo da. ¿Pero por qué os irritáis por una cosa de tan poca importancia?

—Cualquiera no se irrita cuando lo molestan tanto como á mí. Creo que á todo el mundo le debía tener sin cuidado lo que yo hago, toda vez que no robo á nadie y que pago en dinero contante y sonante lo que compro. Pues no, señor. «¿De dónde son esos patos? ¿Quién os ha vendido esos patos? ¿Quién os ha comprado esos patos?»... ¡Y así todo el día! ¡Como si no hubiera más patos en el mundo que los míos!

—Bueno, bueno; no os incomodéis, que yo no tengo nada que ver con toda esa gente tan preguntona. Se trataba de una apuesta. Yo sostenía, apostando cinco francos, que aquellos patos eran silvestres.

—Pues habéis perdido—contestó mal humorado el vendedor—porque se han criado aquí, en la ciudad.

—No lo creo.

Breckiuridge se encogió de hombros y no contestó.

—Nada, que no me convencéis.

—Pero, hombre, ¿váis á saber más que yo que estoy vendiendo patos desde que era niño? Los patos que vendí al tabernero ese estaban criados aquí, en la ciudad.

—No, señor.

—¿Cuánto os apostáis?

—Os voy á robar, puesto que tengo completa seguridad de lo que digo; pero, en fin, apuesto una libra, aunque no sea más que para enseñaros á no ser testarudo.

El vendedor sonrió irónicamente.

—Traedme los libros, Bill,—dijo—dirigiéndose al muchacho.

El dependiente trajo los dos libros: el uno era pequeño y delgado; el otro muy voluminoso y lomo grasiento. Breckiuridge los puso sobre el mostrador debajo de la luz.

—Bueno, señor obstinado, voy á convenceros in-

mediatamente de que tengo razón. ¿Véis este librito?

—Sí.

—Aquí tengo la lista de los que me venden los volátiles. ¿Estáis? Aquí, en esta página, apunto los nombres de los proveedores campesinos, y á continuación el número de orden de las páginas del otro libro grande. En la página de al lado y con lápiz rojo, apunto los nombres de los proveedores de aquí. ¿Estáis? Bueno, ahora fijáos en el tercer nombre y leedlo en alta voz.

Holmes obedeció.

—«Mistress Oakshott, Brixton-Road, núm. 117—249.»

—Perfectamente. Ahora vamos con el otro libro. Holmes abrió por la página indicada.

—Aquí está: «Mistress Oakshott, Brixton-Road, núm. 117, pollería y huevería.»

—¿Cuál es la última compra?

—«22 de Diciembre. Veinticuatro patos á siete chelines y cuatro peniques.»

—Muy bien, ¿y qué dice debajo?

—«Vendidos á M. Windigate, á 12 chelines.»

—¿Qué decís ahora?

Holmes parecía estar profundamente disgustado. Sacó una libra del bolsillo y arrojándola sobre el mostrador, echó á andar con el aspecto de un hombre sobrado furioso para decir una sola palabra. Sin embargo, algunos metros más lejos se detuvo junto á un farol y empezó á reír con todas sus fuerzas.

—Siempre que encontréis, querido Watson—dijo

en cuanto le dejó hablar la risa—un hombre con grandes patillas y un pañuelo de hierbas en el bolsillo, tened la seguridad de que podéis conseguir de él todo lo que queráis por medio de una apuesta. Creo firmemente que, aunque le hubiera ofrecido á ese vendedor cien libras, no me hubiese dado señas tan completas como dejándole creer que ganaba una apuesta. Ya véis, amigo Watson, que esto marcha como una seda. El único punto que debemos discutir, es si vamos ahora mismo á casa de Mistress Oakshott, ó lo dejamos para mañana; porque yo quisiera averiguar quiénes han interrogado además de nosotros, á ese individuo que...

Un gran escándalo procedente de la tienda que acabábamos de dejar lo interrumpió. Nos volvimos rápidamente y vimos á Breckiuiridge en la puerta, mostrando enfurecido los puños á un hombre bajito y sobre cuyo rostro de garduña caían las livideces de la lámpara colgada encima del mostrador.

—¡Ya estoy cansado de vos y de los patos!—gritaba Breckiuiridge.—¡Id al diablo! Y como volváis otra vez, os suelto el perro. ¡Pues, hombre! ¡No faltaba más! Mandadme, mandadme á la señora Oakshott, y veréis lo que la contesto... Y en último caso, ¿os he comprado los patos á vos?

—No; pero entre ellos había uno que era mío—gritó el hombrecillo.

—Bueno, pues pedídselo á mistress Oakshott.

—Me ha dicho que lo teniais vos...

—Bueno, pues pedídselo al rey de Prusia, que no

tengo ganas de jaleo. ¡Largo, largo de aquí!... ¿Habéis oído? ¡He dicho que largo!

Y se adelantó furioso contra su interlocutor que desapareció en la obscuridad.

—¡Hola! ¡Hola!—murmuró Holmes.—Me parece que esto nos ahorra una visita á Brixton-Road. Seguidme y vamos á ver lo que hace ese individuo...

Abriéndose camino á codazos entre los curiosos, mi compañero se acercó al hombrecillo y le puso la mano en la espalda. Este giró rápidamente sobre sí mismo y observé que se había puesto lívido.

—¿Qué queréis?—preguntó con voz temblorosa.

—Dispensadme—dijo dulcemente Holmes.—He oído las preguntas que haciais á ese vendedor y me he acercado porque yo puedo contestaros á algunas de ellas.

—¡Vos! ¿Y quién sois vos para saber de lo que se trata?

—Me llamo Sherlock Holmes y os debe tener sin cuidado cómo he llegado á saber lo que ignoran otros.

—Bueno, pero no sabréis nada de lo que á mí me interesa.

—Perdonad, lo sé todo. Buscáis el paradero de dos docenas de patos vendidos por mistress Oakshott, de Brixton-Road, á un revendedor llamado Breckiuiridge, y que éste, á su vez, las vendió á un tal Windigate, tabernero, quien los compró para venderlas á una sociedad, de la cual forma parte M. Enrique Baker.

—Entonces—exclamó el hombrecillo agitando febrilmente las manos—vos sois precisamente el hombre á quien busco.

Holmes hizo seña de que se detuviera á un coche que pasaba en aquel momento por delante de nosotros. Después, volviéndose hacia su interlocutor, dijo:

—En ese caso me parece mucho mejor que hablemos en una habitación cerrada que aquí, en medio de la calle y azotados por la ventisca. Pero antes de ir más lejos os ruego que me digáis con quién tengo el gusto de hablar.

El hombre dudó un momento; luego, desviando la mirada, contestó:

—Me llamo John Robinson.

—No, no;—observó atentamente Holmes.—Vuestro verdadero nombre. Siempre es molesto tratar con una persona que oculta algo.

La sangre afluyó al pálido rostro del hombrecillo.

—Tenéis razón. Seamos francos. Mi nombre verdadero es Jacobo Ryder.

—Justo; mayordomo del Hotel Cosmopolitano. Ahora entrad en el carruaje y os diré todo lo que deseáis saber.

El hombrecillo permanecía inmóvil en medio del arroyo, paseando miradas atónitas de uno á otro, con el aspecto de una persona que ignora si está próximo á un éxito ó á una catástrofe. Por fin se decidió á subir al carruaje, y al cabo de media hora estábamos los tres en el saloncito de Baker Street.

Durante el camino no pronunciamos una sola palabra, pero la respiración entrecortada de nuestro compañero y el continuo retorcer y frotar de manos demostraban la violenta tensión de sus nervios.

—¡Ea, ya hemos llegado!—dijo alegremente Holmes al entrar en la habitación.—Sentáos aquí, en este sillón de mimbre, cerca del fuego, porque debéis estar helado á juzgar por la cara, amigo Ryder. Con vuestro permiso voy á ponerme las zapatillas. ¡Ajaja! Estoy á vuestra disposición. Queríais saber el paradero de los patos, ¿no es eso?

—Sí, señor.

—O, mejor dicho, de uno de ellos. Me parece que el que os interesa es uno blanco con una mancha negra sobre el pico, ¿verdad?

Ryder temblaba de emoción.

—¡Oh! caballero—dijo levantándose rápidamente,—¿podéis decirme que ha sido de él?

—Está aquí.

—¿Aquí?

—Sí; era una de las piezas más notables que he visto en mi vida y no me extraña que os interese tanto. Después de muerta ha puesto un huevo azul maravilloso, sorprendente, y que ahora forma parte de mi museo de curiosidades.

Ryder se tambaleó, y á no agarrarse en el mármol de la chimenea hubiera caído al suelo.

Holmes abrió su caja de caudales y sacó el carbunclo, que centelleó en la mano de mi amigo con el brillo de sus mil facetas.

24000

Ryder permanecía de pie, inmóvil, con el rostro contraído, dudando entre reclamar ó no la piedra preciosa.

—Vaya; basta de comedias—dijo Holmes tranquilamente.—Sentáos, Ryder, ó si no vais á caer de cabeza en la chimenea. Ayudadle, Watson, pues por lo visto no está aún bastante corrompido para cometer los crímenes sin alterarse. Dadle un poco de aguardiente para que se reanime. Bien. Ahora ya está un poco mejor.

En efecto; nuestro héroe parecía sufrir cruelmente, y gracias á unos sorbos de aguardiente volvió el color á sus mejillas y pudo sentarse. Sus ojos miraban, estúpidos y azorados, á Holmes.

—Aunque ya no tengo duda alguna respecto de este asunto y lo conozco con todos sus detalles, sería conveniente, Ryder, que contestárais á algunas preguntas que voy á haceros. ¿Conocíais la existencia de este carbunco?

—Catalina Cusack fué la primera que me habló de él—contestó el mayordomo con voz ronca.

—Sí; ya sé quién es: la doncella de la condesa de Morcar. Al conocer el valor de esta piedra, sentisteis el malsano deseo de enriqueceros con un solo golpe, y lo hubiérais conseguido á no intervenir en el asunto la casualidad y unas personas mucho más listas que vos. Hay que confesar que no soís muy escrupuloso, que hay en vos madera de bandido. Sabedor de que el fumista Horner estuvo comprometido en un hecho semejante y que eso le perjudica-

rá siempre, estropeásteis, Catalina y vos, cualquier cosa en el tocador de la condesa y os arreglásteis de modo que se llamara para componerla al citado Horner. Luego, cuando se marchó éste, abristeis el joyero, robásteis el carbunco y empezásteis á dar voces; y supisteis hacerlo con tanta habilidad que detuvieron al fumista como autor del robo. Luego...

Ryder se dejó caer de rodillas al suelo, y, abrazándose á las piernas de Holmes, exclamó:

—¡Tened compasión de mí, por el amor de Dios! Pensad en mis padres, á quienes mataría el conocimiento de esta falta mía! Yo os juro que no lo haré más. Lo juro por la Biblia... No me denunciéis, os lo suplico, os lo pido en nombre del cielo... Perdonadme...

—Levantáos—dijo severamente Holmes.—¿No os da vergüenza humillaros de ese modo, arrastrándoos como un perro después de no haber tenido compasión de ese pobre Horner que está en lugar vuestro en el banquillo de los acusados?...

—¡Yo huiré de Londres, Sr. Holmes! No se volverá á saber de mí... y entonces la acusación contra Horner caerá por su propio peso.

—Bueno, bueno, ya hablaremos de eso. Ahora vais á decirme la verdad, toda la verdad, porque únicamente de ese modo tal vez podáis salvaros.

Ryder se puso en pie, y, pasando la lengua por los labios secos y ardorosos, dijo:

—Sí; voy á deciros la verdad, Sr. Holmes.

Hizo una pausa; luego, llevándose la mano á la

frente para limpiarse el sudor que resbalaba de ella, continuó:

—Cuando detuvieron á Horner, lo primero que se me ocurrió fué hacer desaparecer el carbunco, temeroso de un registro en mi habitación ó en mi mismo, y comprendiendo que en el hotel sería muy peligroso ocultarlo pretexté un recado urgente y me fuí á casa de mi hermana. Esta se casó con un tal Oakshott, y vive en Brixton-Road de la venta de aves á los revendedores de los mercados. Durante el trayecto, se me figuraba que no veía más que policías, y á pesar de la frialdad de la noche, llevaba la frente llena de sudor. Cuando llegué á la tienda, mi hermana me preguntó por qué estaba tan pálido, y yo la dije que venía emocionado por un robo que habían cometido en el hotel. Luego fuí al patio situado detrás de la casa, y, fingiendo mucha tranquilidad, encendí una pipa y dime á buscar un sitio propicio para ocultar mi tesoro.

Entonces me acordé de un tal Maudsley, que había sido amigo mío, y que habiendo tenido un mal pensamiento, estuvo en la cárcel de Pentonerle. Cierta vez que lo encontré, estuvimos hablando de los recursos y de las estratagemas que emplean los ladrones para desembarazarse de lo robado y de todo lo que puede comprometerlos. Seguro de que podría confiar en él, puesto que conocía bastantes secretos suyos, decidí ir á verlo y que me dijera el medio de transformar en dinero el carbunco. Pero, ¿cómo llegar sin peligro hasta su casa? ¿Había de

arriesgarme nuevamente con la piedra en el bolsillo y expuesto á ser detenido cuando menos lo pensara? Indeciso acerca del partido que debía tomar, permanecía apoyado en la pared, mirando distraídamente los patos que graznaban y jugueteaban delante de mí, cuando se me ocurrió una idea salvadora, capaz de desorientar al policía más listo del mundo.

Mi hermana me había dicho hacia algunas semanas que podía escoger para el día de Navidad el pato que más me gustara entre los suyos. Conociendo lo esclava que de sus palabras es mi hermana, decidí coger el pato prometido, hacerle tragar el carbunco y de este modo ir tranquilamente hasta Hilburn, donde vive mi amigo Muadsley. Escogí el más grueso de los volátiles, todo blanco, con una mancha negra en el pico, y fuí con él á un cobertizo que hay en el fondo del patio. Una vez allí, le abrí el pico y le introduje el carbunco todo lo más dentro que pude. El animal se agitó furiosamente y observé que la piedra descendía hasta el buche; luego empezó á mover las alas y á graznar, y mi hermana acudió asustada. Yo volví la cabeza hacia ella, y sin saber cómo, se me escapó el pato de entre las manos y se confundió con los demás.

—¿Qué le hacías, Jacobo?

—¿No me habías prometido un pato para el día de Navidad? Estaba viendo cuál era el más gordo de todos.

—¡Bah! Ya tenemos apartado el tuyo. Lo llama-

mos el pato de Jacobo. Hay veintiséis: uno para tí, otro para nosotros y dos docenas para el mercado,

—Gracias, Magya; pero si te da lo mismo, yo prefiero ese que tenía hace un momento.

—El otro pesa tres libras más; lo hemos cebado para tí.

—No importa, prefiero el que te digo.

—Como quieras—contestó mi hermana riéndose.—¿Cuál era?

—Ese blanco con una mancha negra en el pico.

—Bueno, cógelo y llévatelo.

—No me hice de rogar, y con el pato bajo el brazo, fui á casa de mi amigo. Cuando conté lo que había sucedido, se echó á reír con toda su alma. Luego cogimos un cuchillo y abrimos el pato. La sangre se me heló en las venas al no ver señal alguna del carbunclo. Había cometido una lamentable equivocación.

Volví apresuradamente á casa de mi hermana y corrí al patinillo. ¡Ya no había más que un pato!

—¿Dónde están los demás, Magya?

—Los he vendido.

—¿A quién?

—A Breckiuuridge, en Covent Garden.

—¿No había uno con la cola cortada?

—Me parece que sí. No recuerdo bien.

—Salí disparado en busca de Breckiuuridge, pero éste había vendido ya las dos docenas y no me quiso decir á quién. Ya presenciásteis el modo de contestarme; pues todas las veces me recibió de igual

modo. Mi hermana cree que me he vuelto loco. Yo también lo he temido muchas veces. ¡Y ahora heme aquí hecho un ladrón sin haber gozado siquiera de la fortuna á la cual he sacrificado mi honor!...

Y estallando en sollozos, dejó caer la cabeza entre las marios.

Hubo un largo silencio, interrumpido únicamente por los gemidos de Ryder y el tamborileo de los dedos de Holmes sobre la mesa. Al cabo de un rato, mi amigo se levantó, y abriendo la puerta, dijo:

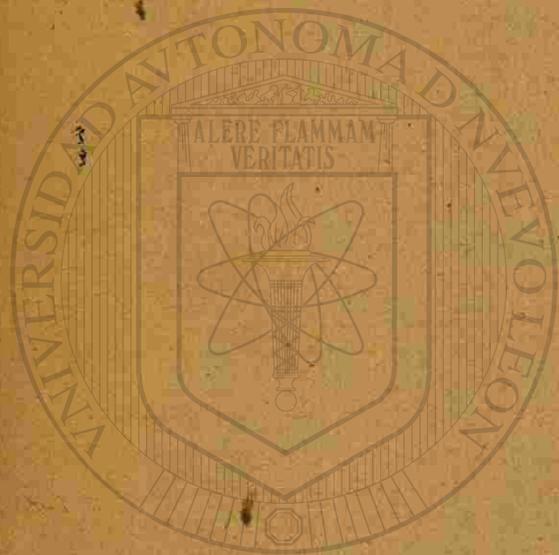
—Salid.

—¿Qué? ¿Habláis en serio? ¡Dios os lo pague!...

—Ni una palabra. Salid.

Un salto, una carrerilla, un portazo y unos pasos precipitados en la calle. Luego reinó el silencio.

—Después de todo—dijo Holmes recogiendo su pipa y encendiéndola—yo no estoy á sueldo para remediar las equivocaciones de la policia. Si Horner estuviera en peligro ya sería otra cosa; pero en vista de que Ryder no se presentará en contra suya, será puesto en libertad inmediatamente. Aun suponiendo que favoreciese un criminal, tal vez salve un alma. Me parece que ese hombre ha pasado bastante miedo para que vuelva á cometer ningún otro robo. En cambio, si fuera condenado, se acostumaría al crimen y llegaría á ser peligroso con el tiempo. Además, hoy me encuentro dispuesto á ser benigno. La satisfacción de haber resuelto un problema tan complicado me hace ver que no siempre conviene ser riguroso con los delincuentes.



SILVER BLAZE ⁽¹⁾

Cierto día, en el momento en que nos sentábamos á la mesa, me dijo Sherlock Holmes:

—Siento mucho, querido Watson, tener que ausentarme por unas cuantas horas.

—¿A dónde váis?

—A King's Pyland.

No me sorprendió la respuesta. Lo verdaderamente extraño era que Sherlock Holmes no hubiera intervenido ya en aquel suceso que había conmovido toda Inglaterra y que era objeto de todas las conversaciones.

Hacía ya algunos días que lo veía preocupado, dando interminables paseos á lo largo del salón, con las cejas fruncidas, la cabeza inclinada, la pipa constantemente llena de tabaco, el más negro y más fuerte que pudo hallar, y sordo á los ruidos y á las palabras. Sin embargo, á pesar de su silencio, yo sabía

(1) Dejo el título en inglés por considerarlo de ilógica traducción. Literalmente: Luz ó llama (*Blaze*) de plata (*Silver*). También podría traducirse: *Lucero de plata*. (N. del T.)

á qué atenerme respecto del motivo de sus meditaciones. Unicamente un sólo problema era capaz de absorberle de tal modo durante aquellos días: la misteriosa desaparición de Silver Blaze—el caballo célebre, favorito del Wenex Cup—y la trágica muerte de su picador. Así es que al anunciarme de pronto que pensaba ir al terreno donde tuvo lugar el suceso, no hizo más que responder á mis secretas esperanzas y confirmar mis juicios.

—Si no os molestara, tendría mucho gusto en acompañaros.

—Al contrario, querido Watson, me agrada mucho, me agrada mucho, creo que no perderéis el tiempo, porque hay en este asunto circunstancias tan extraordinarias que lo hacen sumamente curioso. Tenemos el tiempo justo para llegar á la estación de Paddington y tomar el tren inmediatamente. Durante el viaje os pondré al corriente de todo lo que sé. ¡Ah! Os agradecería infinito que lleváseis los gemelos de campo.

Una hora más tarde, instalados en un departamento de primera clase, rodábamos á todo vapor camino de Exeter. Mi compañero había comprado en la estación una infinidad de periódicos, y en cuanto entramos en el vagón se puso á leer, no dejándolo hasta Reading. Al salir de esta estación, sacó la pitillera, me ofreció un cigarro, encendió el otro y se puso á mirar por la ventanilla. Luego, volviéndose hacia mí, y después de mirar el reloj, dijo:

—Marchamos bien. A noventa y tres kilómetros por hora.

—No me he fijado en los guardacantones—contesté.

—Ni yo tampoco. Pero en esta línea los postes del telégrafo están colocados á cincuenta y cinco metros de distancia uno de otro; como véis es muy fácil hacer el cálculo. Supongo que conoceréis ya la historia del asesinato de John Streker y de la desaparición de Silver Blaze.

—No sé más que lo que han dicho el *Telegraphe* y *La Crónica*.

—Estamos en presencia de un asunto de esos en los cuales el observador debe proceder con muchísima atención, pesando, aquilatando los hechos, *cribándolos*, si es preciso. Teniendo en cuenta lo extraordinario de este drama y la importancia capital que tiene para bastante gente, lo molesto, lo embarazoso, es precisamente la enorme cantidad de indicios y de pruebas y de conjeturas que lo rodean. La dificultad está, pues, en despojar al hecho—brutal é innegable—de toda la hojarasca con que lo han cubierto y embellecido los periodistas y los soñadores. Luego, apoyándonos en la base fija de ese hecho, podemos hacer todas las deducciones posibles y examinar los puntos principales sobre los cuales parece reposar el misterio. El martes por la noche recibí dos telegramas: el uno del coronel Ross, propietario del caballo y el otro del inspector Gregory, encargado de esclarecer este asunto. Los dos me rogaban lo mismo: que fuera inmediatamente en su ayuda.

—El martes por la noche y hoy es jueves! ¿Cómo no habéis acudido antes?

—Pues sencillamente, querido Watson, porque he cometido *una pifia*, lo cual me sucede con bastante más frecuencia de lo que se puedan imaginar los que lean vuestras memorias. Me parecía imposible que el caballo más notable de Inglaterra pudiera estar oculto tanto tiempo y mucho menos en un sitio donde la población es tan reducida, como sucede en el Norte del Dartmoor. Durante todo el día de ayer estuve esperando de un momento á otro la noticia de que lo habían encontrado y que el ladrón era el asesino de John Streker. Sin embargo, cuando ví que pasaba tiempo y que, aparte de la detención de Fitzroy Simpson, todo estaba igual que el martes, comprendí que había llegado el momento de tomar el tren. Pero no vayáis á creer que perdí completamente el día de ayer.

—Qué, ¿habéis puesto ya los primeros jalones?

—He ordenado todos los hechos principales, y voy á enumerarlos detalladamente, porque nada aclara tanto las cosas como el decirselas á otra persona. Por otra parte, no podríais ayudarme ignorando lo sucedido.

Tomé una postura más cómoda y me dispuse á oír la narración de Holmes que, con el cuerpo inclinado hacia adelante y pasando y repasando el índice largo y fino de la mano derecha sobre la palma izquierda, como si dibujase lo que iba diciendo, empezó á hablar.

—Silver Blaze es hijo de Jsonomy, y tiene, como su padre, una carrera brillantísima. Desde hace cinco años ha triunfado constantemente, y el coronel Ross, su afortunado propietario, se ha enriquecido á costa suya. El día de la catástrofe se cotizaba á 3/1 en el registro de Wessex Cup. Además, era el favorito del público de las carreras, y, como siempre justificó plenamente esta predilección; había apostadas sobre él grandes cantidades. Se comprende, pues, que haya muchas personas que tengan interés en que no se presente Silver Blaze el martes próximo en el hipódromo. Comprendiendo el coronel todas estas cosas, había duplicado la vigilancia en King's Pyland—así se llama el picadero de su propiedad.—El picador era John Skaker, que fué jockey durante cinco años y que llevaba siete como encargado del picadero, portándose en todas ocasiones como un hombre honrado y servicial. Tenía tres mozos de cuadra á sus órdenes, suficientes para el cuidado de los cuatro caballos del coronel. Cada noche se quedaba en vela uno de los tres, y los otros dos dormían en el granero. Los tres están considerados como modelo de honradez y de trabajo. John Skaker vivía con su mujer y una criada en un pabelloncito distante doscientos metros de las cuadras. Al Norte, á un kilómetro de distancia, se agrupan varios hoteles de alquiler para los enfermos y las personas que gustan de respirar el aire puro del Dartmoor. La pequeña ciudad de Tasistock está situada á tres kilómetros al Oeste, y en la dirección

contraria, é igualmente á dos kilómetros, está Capleton, donde lord Backirater tiene unas cuabras, también importantísimas, regentadas por un tal Silas Broun. En las otras direcciones, la llanura presenta el aspecto de un verdadero desierto, esmaltado aquí y allá por algunas agrupaciones de bohemios y vagabundos. Ahora que ya conocéis la topografía del país, vamos á la catástrofe del lunes último.

Aquella tarde, como todas, los palafraneros pasearon los caballos y los dieron su acostumbrada ración de pienso. A las nueve de la noche cerraron con llave la cuadra y dos de los mozos entraron en el pabellón del picador para cenar, mientras el tercero, llamado Hunter, quedaba de guardia. Un momento después la criada Edith Baxter salió del pabellón, con la comida de Hunter, consistente en un guisado de carnero. No llevaba bebida ninguna, porque está terminantemente prohibido que el vigilante bebiera otro líquido que agua. Edith llevaba consigo una linterna, pues era una noche muy oscura y el camino es á través de matorrales. Cuando ya estaba próxima á la cuadra oyó una voz de hombre que la rogaba se detuviera. Edith se paró, á la luz de la linterna vió á un hombre de aspecto distinguido, con un traje gris, gorrilla escocesa y con altas polainas de cuero. Se apoyaba en un bastón grueso con puño en forma de bola.

—¿Podéis decirme dónde estoy?—preguntó el desconocido.—Ya me había resignado á pasar la noche

en medio del campo cuando ví la luz de una linterna y he corrido hacia vos.

—Estáis cerca de King's Pyland—contestó la criada.

—¿De veras? Verdaderamente soy muy afortunado. Me han dicho que durante la noche se queda un palafranero de guardia y sin duda es para él esa comida, ¿no?

La criada asintió con la cabeza.

—Perfectamente... Y ahora, aquí entre nosotros, ¿no os gustaría compraros un traje nuevo? Yo os lo pago con tal de que me prestéis un pequeño favor.

Luego, sacando de uno de los bolsillos del chaleco un papel doblado en varios dobleces, continuó:

—Procurad que llegue á manos del vigilante este papel y os prometo un traje como...

Edith no quiso oír más y echó á correr asustada hacia la ventana, por la cual entregaba la cena al mozo de guardia. La ventana estaba abierta y se veía en el interior de la habitación á Hunter, sentado delante de una mesa. Edith empezó á contar su aventura, cuando de pronto se vió interrumpida por la llegada del forastero que, dirigiéndose á Hunter, dijo:

—Buenas noches. Desearía deciros una palabra. Mientras hablaba tenía entre las manos el papel doblado que ofreció á Edith.

—¿Para qué deseáis hablarme?—preguntó el mozo de cuadra.

—Para llenaros los bolsillos—contestó el otro.—

Oid. Yo sé que tenéis aquí dos caballos ajustados para las carreras de Wessex Cup: Silver Blaze y Bayardo. Si contestáis á todas las preguntas que os voy á hacer respecto de estos dos caballos, no os pesará. ¿Es verdad que Bayardo puede?...

—Esperad, esperad—interrumpió Hunter—ahora veréis cómo contestamos en King's Pyland á los preguntones.

Y dando un salto salió de la habitación en busca del perro, encerrado en la cuadra.

Edith echó á correr hacia el pabellón, y una de las veces que volvió la cabeza, vió al forastero inclinado sobre la ventana. Cuando Hunter volvió con el perro no vió á nadie. Entonces dió una vuelta por los alrededores, pero tampoco logró hallar al desconocido.

—¡Un momento!—grité.—Hunter, al salir con el perro, dejó abierta la puerta de la cuadra, ¿no es eso?

—¡Bravo, Watson, bravo!—contestó Sherlock.—Se os ha ocurrido lo mismo que á mí. Ese detalle me pareció tan importante, que inmediatamente telegrafié á Dartmoor preguntándolo. La contestación ha sido negativa. Hunter cerró la puerta tras de sí; en cuanto á la ventana, es demasiado estrecha para dejar paso á un hombre.

Hunter esperó la vuelta de sus camaradas, y en seguida corrió uno de ellos á poner en conocimiento de Skaker lo ocurrido. La noticia afectó bastante al picador, y desde que la supo estuvo inquieto y

preocupado. A la una de la mañana se despertó su mujer, y llena de asombro vió que Skaker se vestía precipitadamente. A las preguntas de ella, el picador contestó que no podía dormir tranquilo después de lo que había pasado y que iba á ver si todo estaba en orden. Su mujer le rogó que no saliera, que la lluvia azotaba los cristales, que aquello del forastero no tenía ninguna importancia; pero no consiguió nada. John Skaker se puso un impermeable y salió al campo.

La señora Skaker volvió á dormirse, y cuando se despertó, á las siete de la mañana, vió que su marido no había vuelto aún. Se vistió apresuradamente, llamó á la criada y corrieron hacia las cuadras. La puerta estaba de par en par. Hunter yacía sin conocimiento sobre una silla. La cuadra de Silver Blaze estaba vacía. El picador había desaparecido.

Se despertó inmediatamente á los otros dos mozos que descansaban en el desván, los cuales dijeron que habían dormido toda la noche sin interrupción. En cuanto á Hunter se le dejó por imposible, comprendiendo que estaba bajo la influencia de un narcótico poderoso, y los dos hombres y las dos mujeres salieron en busca de John Skaker y del caballo, creyendo que tal vez el picador hubiera sacado á Silver Blaze para pasearlo. Pero bien pronto perdieron esta última esperanza al llegar á un montecillo, desde el cual se domina una gran extensión de terreno.

A cinco metros de la cuadra, sobre un matorral de anegas, se veía el abrigo del picador. Detrás de

este matorral, una depresión del terreno forma una especie de cuneta y allí estaba el cadáver del desgraciado Skaker con la cabeza completamente destrozada. Debía de haber sufrido unos golpes terribles, porque el cráneo estaba deshecho de tal modo que era imposible adivinar con qué arma fué golpeado. Además, la cadera presentaba una profunda herida, causada, indudablemente, con un instrumento muy afilado. John Skaker debió de defenderse rabiosamente, porque su mano derecha empuñaba un cuchillo lleno de sangre hasta el mango, y los dedos rígidos de la izquierda oprimían una corbata de seda roja y negra, que la criada reconoció como la que llevaba la noche anterior el forastero.

Esta declaración fué confirmada por la de Hunter en cuanto recobró el conocimiento, quien dijo, además, que el desconocido debió aprovecharse de su ausencia para echar en la comida un narcótico, con objeto de anular la vigilancia de las cuadras.

En cuanto al caballo perdido se comprendía, por las numerosas huellas que había en torno del cadáver, que estuvo presente al atentado. No se ha vuelto á saber más de él, á pesar de todas las pesquisas y de todos los registros practicados con ese objeto.

Por último, al analizar los restos de la comida de Hunter, se ha comprobado que habían echado en ella una considerable cantidad de polvos de opio, á pesar de lo cual la demás gente de la casa no ha sufrido el menor percance.

Tales han sido los hechos, que he procurado na-

rrar escuetamente, prescindiendo de conjeturas y suposiciones que á nada conducían. Ahora voy á resumir los trabajos hechos por la policía.

El encargado de este asunto es el inspector Gregory, al cual considero como uno de los más inteligentes de su oficio. Si tuviera un poco más de imaginación, le aguardaría un brillante porvenir. En cuanto llegó consiguió detener al hombre sobre el cual recaían todas las sospechas, aunque esta detención no tiene nada de particular, pues el presunto asesino es conocidísimo en las cercanías. Se llama Fitzroy Simpson y es hijo de buena familia; recibió una educación excelente, pero ha disipado toda su fortuna en las carreras de caballos, y en la actualidad es una especie de *bookmaker* (1) elegante y vive de lo que produjo su ruina. Hojeando su libro de apuestas se ha visto que tenía apostados más de cien mil francos contra el favorito del Wessex Cup.

Cuando se le detuvo confesó que, efectivamente, había ido al Datmoor, con la esperanza de obtener algunos datos respecto de los caballos de King's Pyland, y que también pensaba ir á Capleton, para enterarse acerca de Desboroug, el segundo favorito que está bajo la custodia de Silas Brown.

No intentó negar que quiso seducir primero á la criada y luego á Hunter, pero sin ningún deseo cri-

(1) *Bookmaker*: Encargado de anotar las apuestas en las carreras de caballos. (N. del T.)

minal de ninguna clase. Sin embargo, cuando se le presentó su corbata, palideció intensamente y no supo explicar el por qué se encontró en manos de la víctima.

Sus vestidos estaban mojados todavía, lo cual indicaba que había pasado la noche en el campo, sufriendo la inclemencia de la tempestad; y, en fin, su bastón, una gruesa caña de Indias—con una bola de plomo como puño—parecía ser el arma empleada para machacar el cráneo del mísero picador.

Por otra parte, la sangre que manchaba el cuchillo empuñado por el Skaker, demostraba que uno de los agresores debía estar herido. Simpson no presenta la menor rozadura.

Ya os he dicho todo lo que sé, querido Watson, y os agradeceré con toda mi alma que si sospecháis o habéis entrevisto algo, me lo digáis inmediatamente.

Yo había escuchado atentamente la narración de Holmes, pareciéndome nuevos en boca de mi amigo aquellos mismos sucesos que había leído varias veces.

—No sería admisible—insinué—que la herida que tenía Skaker en la cadera se la hubiera causado el mismo en medio de las convulsiones en que se agitan siempre los que padecen un trastorno cerebral.

—Es más que admirable, es seguro—contestó Holmes—y esta seguridad aumenta las pruebas desfavorables al acusado.

—Además, confieso que no veo muy clara la versión que puede dar la policía de este crimen.

—En un caso como este todas las versiones tienen que resultar algo confusas. Ahora bien, la de la policía es la siguiente: Fitzroy Simpson se proporcionó, no se sabe cómo, una llave que abriesela puerta de las cuadras, y después de echar un narcótico en la comida del vigilante, abrió la cuadra, y sin cuidarse de cerrarla se llevó el caballo, con la sana intención de hacerlo desaparecer; debió ponerle el freno y las bridas, porque no se han encontrado.—Al atravesar la llanura se vió sorprendido por el picador. Disputaron, y Simpson golpeó con el puño del bastón la cabeza de Skaker, sin que éste pudiese herir á su adversario con el cuchillo que sacó para defenderse. Después, una de dos: ó el ladrón condujo el caballo á un lugar seguro, donde está oculto desde entonces, ó el animal se escapó durante la lucha, y á estas horas debe andar errante sabe Dios por dónde.

He aquí cómo debe explicarse la policía este crimen, y debemos confesar que todo parece confirmar y justificar esta creencia. Yo me reservo hasta ver el sitio del crimen y las cercanías, y espero hallar alguna cosa que haya pasado inadvertida en la confusión de los primeros momentos.

Agonizaba el día cuando llegamos á la pequeña ciudad de Tasistock, que se halla situada en el centro del Dartmoor, como una abolladura en un escudo. En la estación nos esperaban dos personas. Era la una un hombre alto, rubio, con ojos azules y penetrantes; la otra, pequeña, vivaracha, vistiendo levita obscura, la parte inferior de los pantalones en-

cerrada en unas polainas; gastaba largas y cuidadas patillas y monóculo. El primero era el inspector Gregory, el policía de cuya sagacidad se esperaba tanto en Scotland Yard. El segundo era el coronel Ross, el conocido *sportman*.

—Celebro mucho veros aquí, Sr. Holmes—dijo el coronel.—El señor inspector ha hecho todo cuanto podía hacerse; pero yo quiero agotar todos los recursos de vengar al pobre Skaker y encontrar á Silver Blaze.

—¿Habéis descubierto algo nuevo?—preguntó Sherlock á Gregory.

—Nada. Hemos adelantado muy poco. Pero vamos al carruaje, que nos está esperando, pues creo que desearéis examinar el terreno antes de que sea completamente de noche. Por el camino hablaremos.

Un minuto después estábamos instalados en un cómodo landó y rodábamos por esas viejas calles del Devonshire, histórico y pintoresco. El inspector Gregory se puso á contar una larga serie de observaciones y deducciones, y Sherlock le interrumpía de cuando en cuando con alguna pregunta ó con alguna exclamación. El coronel Ross iba cruzado de brazos y con el sombrero caído sobre los ojos. Yo escuchaba atentamente la conversación de los dos policías, y observé que Holmes había acertado cuando me predijo en el tren la opinión de Gregory.

—Todas las mallas de la red, amigo Holmes, se cierran sobre Fozroy Simpson, y, según mi modo

de ver, creo que tenemos al verdadero culpable. No obstante, comprendo que nos basamos únicamente sobre conjeturas y que tal vez un nuevo indicio cambie por completo el aspecto de la cosa.

—¿A qué atribuíis la herida que tenía en la cadera Straker?

—Estoy plenamente convencido de que se la hizo él mismo al caer al suelo.

—Mi amigo el doctor Watson y yo somos de la misma opinión. Y de ser cierto me parece que empeora la situación del acusado.

—Claro. No le hemos encontrado ninguna herida ni ningún arma. Además todas las apariencias le condenan. Es indudable que tenía mucho interés en la desaparición del caballo; es muy probable que fuese él quien narcotizó al mozo de cuadra; es seguro que estaba en el campo cuando la tempestad y armado con el bastón con puño de plomo; y, por último, es innegable que la corbata hallada en la mano izquierda del cadáver era suya. Me parece que son pruebas más que suficientes para llevar el asunto á la Audiencia.

Holmes sacudió la cabeza.

—Un abogado hábil reduciría todas esas pruebas á la nada. ¿Para qué necesitaba sacar el caballo de la cuadra? ¿No podía matarlo ó estropearlo allí mismo? ¿Se le ha encontrado la falsa llave de la cuadra? ¿Qué boticario le ha vendido el opio? Y sobre todo, siendo forastero, ¿cómo ha podido ocultar tan plenamente un caballo, y un caballo como Silver Bla-

ze?... Pero en fin, ya se aclarará todo esto. ¿No ha dicho el detenido qué clase de papel intentaba entregar al mozo de cuadra?

—Dice que era un billete de diez libras, y realmente se le ha encontrado uno en el portamonedas. En cuanto á vuestras objeciones no son, ni mucho menos, incontestables. Simpson no es desconocido en el país, porque ha pasado dos veranos en Tasisstock. El opio lo ha debido traer de Londres. La llave la pudo hacer desaparecer después de utilizarla. Y, por último, el caballo puede haber sido arrojado á uno de esos antiguos pozos de mina que existen todavía en la contornada.

—¿Y cómo explica lo de la corbata?

—Confiesa que es la suya y pretende que la perdió no sabe cuándo. Además, hemos descubierto un nuevo indicio que quizás nos revele el paradero ó á lo menos cómo desapareció Silver Blaze.

Holmes redobló su atención.

—Hemos descubierto señales de un campamento de bohemios, á dos kilómetros del sitio donde se cometió el crimen. ¿No es posible que existiera entre esos bohemios—que aún estaban acampados el lunes por la tarde—y Simpson un pacto, que ellos han sido los que se llevaron el caballo y los que lo tienen actualmente?

—Sí; es probable.

—Hemos recorrido todas las cercanías buscándolos. Por mi parte, yo he visitado todos los edificios que existen en un radio de quince kilómetros.

—Me parece haber oído que hay otras cuadras cerca de estas.

—Sí; es un detalle que no se me pasó inadvertido. El caballo principal de ellas, Desborough, ocupaba el segundo lugar en el Wessex Cup, y por lo tanto, se comprende que tuvieran gran interés en la desaparición del favorito. Además, se sabe que el encargado del picadero, Silas Bronn, había apostado grandes cantidades y que no estaba en muy buenas relaciones con el pobre Skaker. Sin embargo, hemos registrado cuidadosamente las cuadras y no hemos hallado el menor rastro de Silver Blaze.

—¿Y no hay nada que indique si existen ó no relaciones de interés entre Simpson y Silas Bronn?

—Nada absolutamente.

Holmes no contestó, y Gregory dejó de hablar. Al cabo de un rato de silencio llegamos á un hotelito de ladrillos rojos construido á orilla de la carretera. Un poco más lejos se alzaba un edificio amplio, cubierto con tejas grises. Aquí y allá se extendía la llanura ligeramente ondulada, sombría y adusta por las plantas espinosas y oscuras. A un lado surgían los campanarios de Tasisstock, y al Oeste un grupo de casas señalaba Capleton. Todos bajamos inmediatamente del carruaje, excepto Holmes, que parecía ensimismado, inmóvil y con los ojos extáticos. Tuve que zarandearlo vivamente para que volviera á la realidad.

—Dispensadme—dijo al coronel que lo miraba lleno de asombro.—Estaba soñando despierto.

Acostumbrado á vivir con él y á conocerlo bajo la impresión de distintas sensaciones, comprendí en el hilo de sus ojos y en la reprimida animación de sus ademanes que estaba cerca de la resolución del asunto, aunque no me explicaba cómo y por qué confiaba tanto.

—¿Qué, Sr. Holmes, deseáis que vayamos en seguida al teatro del crimen?—preguntó Gregory.

—No; vamos á detenernos aquí un instante. ¿Está aquí el cuerpo de Skaker?

—Sí; está en el piso alto. Mañana le harán la autopsia.

—Estaba hace mucho tiempo á vuestro servicio, ¿no es verdad, coronel?

—Sí; hará unos once años, y durante todo ese tiempo no he tenido el menor motivo de queja.

—Creo, señor inspector, que habréis hecho un inventario de lo que tenía el cadáver en los bolsillos, ¿eh?

—Sí; todo está aquí en el salón, y si queréis verlo...

—No deseo otra cosa.

Entramos en la primera habitación y nos sentamos en una mesa que había en el centro de ella. El inspector cogió una cajita de hierro, y, abriéndola, sacó algunos objetos que fué poniendo delante de nosotros. Había muchas cerillas, un cabo de vela, una pipa de madera, una bolsa con un poco de tabaco Cavendik, un reloj de plata con cadena de oro, cinco monedas de oro, un lapicero de aluminio, al-

gunos papeles y un cuchillo con mango de marfil, cuya hoja afiladísima por los dos lados llevaba la marca *Veiss and C.º London*.

—¡Vaya un arma más rara!—dijo Holmes cogiéndolo y examinándolo atentamente.—A juzgar por estas manchas de sangre, debe ser el que tenía el cadáver en la mano derecha ¿no? Mirad, Watson, mirad; me parece que entra de lleno en vuestra especialidad.

—Sí—contesté,—es un cuchillo de cataratas.

—Me lo figuraba. Esta hoja no debe emplearse más que en operaciones muy delicadas y peligrosas. Por eso me parece bastante extraño que Skaker no llevase otra arma, sobre todo siendo tan incómodo de llevar en el bolsillo.

—Debió estar protegida la punta con un corcho que hemos encontrado junto al cadáver—interrumpió el inspector.—La señora Skaker ha dicho que hacía varios días que rodaba ese cuchillo sobre el tocador y que su marido le debió coger al salir, no hallando otra cosa mejor.

—Es posible. ¿Y qué son esos papeles?

—Tres de ellos son facturas del proveedor de forraje; otro es una carta con instrucciones del coronel Ross, y este último es una factura de una tal madame Lesurier, modista de Bon Street, á nombre de mister Willian Darbyshire, é importante 984 chelines y 60 peniques. La señora Skaker ha dicho que este Darbyshire era un amigo de su marido que se hacía dirigir las cartas aquí algunas veces.

—La señora Darbyshire está acostumbrada á gastar bastante—dijo Holmes echando una mirada á la factura.—590 chelines por un solo vestido me parece algo caro.

Luego, levantándose, añadió:

—Bueno, creo que aquí no hacemos nada ya. ¿Tendréis la bondad de llevarme al lugar del suceso?

Al salir nos encontramos con una mujer que estuvo á Gregory, poniéndole una mano sobre el hombro. Su rostro pálido, con los ojos hundidos y la boca dolorosa, sus ademanes nerviosos revelaban que estaba bajo el imperio de una fuerte conmoción.

—¿Los habéis descubierto? ¿Se sabe algo más?—preguntó anhelante.

—No, mistress Skaker. Pero estad tranquila que este señor, que ha venido exprofeso de Londres y yo, haremos todo lo posible por arreglar este asunto.

—Perdonad, mistress Skaker—dijo Holmes.—¿No nos hemos visto hace poco en Plymouth en una *Garden-party*?

—No. Seguramente me confundís con otra.

—No sé, no sé... Sin embargo, juraría que... ¿No llevábais un vestido de seda gris adornado con unas plumas de avestrúz?

—No he gastado nunca un vestido así.

—¡Ah! Entonces, indudablemente, me he confundido.

Y después de excusarse salimos todos guiados por el inspector.

Al poco rato llegamos á la hondonada donde se

encontró el cadáver. En la parte alta se veía el matorral que sostuvo el impermeable del picador.

—¿Hacia viento aquella noche?—preguntó Sherlock Holmes.

—No. Llovía únicamente.

—En ese caso no pudo ser que el viento llevase el impermeable hasta el matorral, si no que debió ser puesto allí por alguien.

—Sí, estaba extendido.

—Esto es muy importante. Observo que el suelo está muy pisoteado. Sin duda habrá aquí algunas huellas posteriores á las del lunes.

—No. Hemos procurado pisar siempre en esta estera que hice colocar desde el primer momento.

—¡Ah! Muy bien.

—Aquí tenéis un saco con una de las botas que llevaba Skaker, uno de los zapatos de Fitzroy Simpson y una herradura de Silver Blazé.

—¡Bravo, querido inspector! Veo que sois un hombre de talento.

Holmes cogió el saco, y bajando del coche puso la estera lo más cerca posible del centro. Luego, echándose boca abajo, apoyando los codos en tierra y hundiendo el montón entre las manos empezó á analizar minuciosamente el barro pisoteado que tenía delante de él.

—¡Calla!—exclamó de pronto.—¿Qué es esto?

Y nos enseñó una cerilla medio consumida, pero tan cubierta de barro, que á primera vista parecía una brizna de madera.

—No sé cómo se me ha podido escapar eso—murmuró Gregory un poco molesto.

—No tiene nada de particular, estando como estaba hundida en el barro. Si yo no la hubiera buscado, tampoco la hubiese visto.

—¿Cómo? ¿Esperábais encontrar eso?

—No estaba muy seguro de ello, pero...

Y sin decir más, Holmes sacó el calzado y comparó las suelas de la bota y del zapato con las huellas que había en el suelo. Luego se levantó y empezó á mirar por los matorrales próximos.

—Temo que no descubráis nada más—dijo el inspector secamente.—He observado cuidadosamente más de doscientos metros.

—Perfectamente—dijo Holmes.—En ese caso sería demasiado prematuro hacer lo que ya habéis hecho vos. Unicamente desearía, antes que se hiciera de noche, dar un paseo por las cercanías, y voy á guardar esta herradura porque dicen que trae la buena suerte.

El coronel Ross, que ya había mostrado algunos síntomas de impaciencia al ver el modo tranquilo y flemático con que trabajaba mi compañero, sacó el reloj y mirando la hora, dijo:

—Os agradeceré, señor inspector, que volváis lo antes posible, porque quisiera que consultaros acerca de muchas cosas, y especialmente de ésta: ¿creéis que, dadas mi dignidad y la consideración pública, debo retirar de las carreras que han de celebrarse el martes el nombre de Silver Blaze?

—¡Eso nunca! ¡De ningún modo!—exclamó enérgicamente Holmes.—Hay que sostener el compromiso hasta el último momento.

El coronel se inclinó.

—Celebro mucho oiros hablar de ese modo. Cuando hayáis terminado vuestro paseo, nos encontraréis en casa del pobre Skaker.

Y en unión del inspector se separó de nosotros, mientras Holmes y yo emprendíamos nuestro paseo á través de la llanura. Moría el sol y se enterraba detrás de las casas de Capleton. La llanura se perdía á lo lejos de una pendiente suave que era de oro, cuando los últimos rayos de luz se posaban sobre los helechos, y que eran de sangre cuando acariciaban las coscojas bravías y los matorrales indómitos.

—Vamos á recapitular, querido Watson—dijo Holmes saliendo de pronto de su abstracción, bien ajena á la grandiosa belleza del crepúsculo.—Prescindamos del asesino y dediquémonos á pensar lo que habrá sido de Silver Blaze. Suponiendo que éste se escapara durante la lucha ó después de ella, ¿dónde está? El caballo es un animal esencialmente sociable, y éste, del cual nos ocupamos ahora, al verse libre seguiría instintivamente la dirección de King's Pyland ó la de Capleton. Si estuviese errante por la llanura ya se le hubiera visto. En cuanto á la desaparición de los bohemios no indica nada. Esta clase de gente huye en cuanto huele que la policía está cerca de ella; y como quiera que Silver Blaze les serviría más de estorbo que de ganancia

en su fuga, ¿por qué hemos de suponer que sean ellos los ladrones?

—Entonces, ¿dónde está ese animal?

—Ya he dicho que una de dos: ó siguió la dirección de King's Pyland ó la de Capleton. En King's Pyland ya sabemos que no está; luego debe estar en Capleton. Tomemos esta hipótesis como punto de partida y veamos á dónde nos conduce. Esta parte del terreno es muy dura, según observó acertadamente el inspector Gregory; pero hacia Capleton se inicia un ligero declive, y, por lo tanto, las aguas se estacionan más fácilmente y la tierra se hace barro en seguida. De ser cierta la hipótesis ahí es donde encontraremos las huellas de Silver Blaze. Mirad, allí, en aquella hondonada, debe haber algo que nos interese.

Apresuramos el paso, y á los pocos minutos estábamos en el sitio señalado. Holmes me encargó que examinara la parte de la izquierda, encargándose él de la derecha. No había dado yo cincuenta pasos cuando oí que me llamaba, y levantando la vista ví que me hacía seña con la mano para que me acercase. En aquella parte el terreno estaba muy húmedo y se distinguía perfectamente el paso de un caballo. Holmes sacó del bolsillo la herradura y vimos que correspondía á las huellas que teníamos delante.

—Ya véis de lo que sirve tener un poco de imaginación. Es la única cualidad que le falta á Gregory. En cambio, nosotros hemos partido de una simple hipótesis, hemos *imaginado* y ya véis cómo

las conjeturas se transforman en certezas. Sigamos andando.

Atravesamos un terreno lleno de fango y luego otro seco y duro, para volver á encontrar otro húmedo y en él las huellas del caballo. Después desaparecían durante 700 ú 800 metros y aparecían nuevamente ya cerca de Capleton. Holmes fué el primero que las vió, y sujetándome por el brazo me las señaló con una mirada. Al lado de los pasos del caballo se veían claramente los de un hombre.

—¡Ya no iba solo!—exclamé.

—Justo—contestó Holmes.—Hasta aquí vino todo. Y luego... ¿pero qué es esto?

La doble pista daba la vuelta bruscamente y parecía tomar la dirección de King's Pyland. La seguimos volviendo hacia atrás, cuando de pronto, mirando por casualidad á un lado, ví algo que me llenó de asombro y detuve á Sherlock que andaba con la vista clavada en el suelo y silbando entre dientes; las mismas huellas volvían hacia Capleton.

—¡Bravo, Watson! Esta observación vuestra nos ahorra una caminata inútil. Sigamos esta nueva pista.

No tuvimos que andar mucho. Las huellas terminaban en la acera de asfalto que se extendía delante de la verja de las cuadras de Capleton. En seguida nos salió un mozo de cuadra al encuentro.

—¡Eh! ¿Dónde váis? No queremos curiosos aquí—gritó.

—Dos palabras, amigo—dijo Holmes llevándose

la mano al bolsillo del chaleco.—Si yo viniese mañana á las cinco de la mañana, ¿sería buena hora para hablar con vuestro amo Silas Bronn.

—¡Á las cinco!... Realmente á esa hora no hay nadie levantado más que él, pero no creo que... Mirad, allí viene, entendéos con él. No, no, gracias, señor. Si mi amo me viera recibir una propina ya me podía contar fuera de la casa. Si queréis más tarde...

Cuando Holmes se llevaba la mano al bolsillo para guardar la moneda, apareció un hombre de aspecto brutal y vino hacia nosotros, agitando un látigo de caza...

—¿Qué es eso, Danson? ¡Basta de conversación! Luego, volviéndose hacia nosotros, continuó en el mismo tono de cólera:

—¿Qué demonios queréis?

—Hablar diez minutos con vos—contestó Holmes fulzonamente.

—No tengo ganas de perder el tiempo con desconocidos. Marchaos inmediatamente ó suelto el perro y lo vais á pasar mal.

Holmes se inclinó sobre la oreja del picador y le dijo algunas palabras en voz baja.

Bronn se estremeció y sus mejillas se colorearon rápidamente.

—¡Mentira!—exclamó.—¡Eso es una mentira infame!

Holmes se encogió de hombros.

—Como queráis. A mí lo mismo me da enterar á

todo el mundo ó arreglar la cosa tranquilamente entre los dos.

—Después de todo... no tengo inconveniente en que entréis.

Holmes sonrió, y volviéndose hacia mí, dijo:

—Procuraré no haceros esperar, Watson. Es cuestión de unos minutos. ¿Vamos, Sr. Bronn?

Habían pasado veinte minutos, y el cielo, que fué rojo, era negro cuando salieron Holmes y Silas Bronn. Nunca he visto un cambio tan rápido como el que se había verificado en este último. Estaba livido, la frente llena de sudor, las manos temblonas de tal modo, que el látigo recordaba una rama agitada por el viento. Su actitud insolente y brutal había desaparecido para dejar lugar á la de un perro que sigue á su amo después del castigo.

—Serán ejecutadas vuestras órdenes—decía humildemente á Sherlock—os lo prometo.

—No habrá una mala interpretación, ¿eh?—contestó Holmes mirándole fijamente.

El otro se estremeció, leyendo una amenaza en los ojos de mi compañero.

—No, no. Estad tranquilo. Se hará todo como deseáis. ¿Queréis que lo limpie para...?

Holmes dudó un momento antes de contestar; luego se echó á reír:

—No; dejadle tal como está. Además, ya os escribiré dándoos instrucciones. ¡Y cuidado con engañarme!

—Estad tranquilo.

—No lo perdáis de vista ni un segundo. Tratadlo como si fuera vuestro.

—Sí, sí. Confiad en mí.

—Confío. Mañana tendréis noticias mías.

Y girando sobre los talones, aparentó no ver la mano temblorosa que le tendía Silas Bronn, y emprendimos el camino de King's Pyland.

—Pocas veces he visto una amalgama semejante de arrogancia y de cobardía, de insolencia y de bajeza, como en ese Silas Bronn—dijo Holmes cuando ya estábamos bastante lejos del picadero.

—¿Y el caballo?

—Al principio—continuó Holmes como si no hubiera oído mi pregunta,—intentó echárselas de alto y de caballero conmigo; pero en cuanto le detallé todo lo que habíamos hecho, comprendió que era inútil negar. Ya notaríais, Watson, que las huellas compañeras de las del caballo correspondían á las botas anchas y de punta cuadrada que llevaba Bronn. Además, es lo suficiente listo para no cargar á nadie de una comisión semejante. Le dije que habiendo madrugado el martes, según costumbre suya, salió á dar un paseo y se encontró con un caballo en libertad; que se dirigió hacia él y vió con asombro que era el célebre Silver Blaze, reconociéndole por la estrella blanca que tiene en la frente —y á la cual debe su nombre (1).—La casualidad ponía en sus manos al único caballo capaz de ven-

(1) Véase la primera nota.

cer á Desboroug. Su primer movimiento fué conducir á Silver Blaze á King's Pyland; pero se metió el diablo por medio; le sugirió la idea de que tuviese oculto el caballo hasta después de las carreras, y en vez de devolverlo á su dueño se lo llevó á Capleton. Cuando le dí todos estos detalles, no le quedó otro recurso que ratificarlos, diciendo que su única intención fué la de no perder las grandes cantidades que tenía apostadas en contra de Silver Blaze.

—¿Pero no registraron el picadero de Capleton?

—¿Pero no véis que es un chalán ya viejo y nada tonto?

—¿Y no teméis que le ocurra algo al caballo dejándolo en poder de ese hombre?

—Estad tranquilo, querido Watson. Estoy seguro de que lo cuidará como á las niñas de sus ojos. Sabe de sobra que su única salvación está en entregar el caballo tal como lo encontró.

—Me parece que el coronel Ross no tiene cara de perdonar tan fácilmente.

—El coronel no tiene nada que perdonar. Yo soy el único que lo sabe y contaré lo que me dé la gana. Estas son las ventajas de hacer las cosas por gusto y no por obligación. Ya habéis observado, querido Watson, que el coronel me trata demasiado ceremoniosamente, y en pago de ello voy á divertirme con poco á costa suya. No le digáis una palabra de lo que hemos descubierto.

—Está bien. Seré mudo todo el tiempo que queráis.

—Después de todo, esto no tiene importancia comparado con la muerte del picador y el descubrimiento del asesino.

—¿Qué os váis á consagrar ahora á eso?

—Al contrario. Esta noche misma volveremos á Londres.

Quedé estupefacto. ¿De modo que habíamos pasado unas horas en el Devonshire, habíamos debutado brillantemente, y nos íbamos á ir sin terminar lo que empezaba tan bien?

Por más esfuerzos que hice no pude arrancarle una palabra más á mi compañero hasta que llegamos á la casa del picador. En la sala nos esperaban el coronel y Gregory.

—Mi amigo y yo nos volvemos á Londres en el primer tren—dijo Holmes al entrar.—Hemos dado un paseo delicioso respirando tranquilamente estos aires tan puros y tan sanos.

Gregory le miró asombrado. Por los labios del coronel vagó una sutil é irónica sonrisa.

—Entonces ¿os confesáis incapaz de descubrir el asesino del pobre Skaker?

Holmes se encogió de hombros y contestó:

—Realmente hemos tropezado con algunas dificultades. Sin embargo, espero ver triunfar el martes á Silver Blaze, y os aconsejo que tengáis preparado al jockey... ¿Podrías darme un retrato de John Skaker?

El inspector sacó un envoltorio del bolsillo y se lo entregó á Holmes.

—Gracias, querido Gregory. Veo que os adelantáis á todos mis deseos. ¿Tendréis la amabilidad de esperarme un momento, señores? Tengo que preguntar una cosa á la criada.

—Me parece, Sr. Gregory—dijo el coronel, en cuanto salió Holmes de la sala—que el *amateur* de Londres no sabe lo que se pesca. No hemos adelantado nada con su venida.

—De todos modos—dije yo—tenéis la seguridad de que vuestro caballo figurará en las carreras.

—Sí; tengo *su* seguridad—contestó el coronel encogiéndose de hombros;—pero me gustaría más tener el caballo.

Iba á tomar la defensa de mi amigo cuando éste entró en la sala.

—Vaya, señores. Ya estoy dispuesto para ir á Tassistock:

Salimos al campo. Uno de los mozos de cuadra abrió la puerta del carruaje. De pronto Holmes pareció recordar alguna cosa, y cogiendo al palafrero por el brazo, le dijo:

—Me parece haber visto allí, en aquella pradera, algunos carneros. ¿Quién es el encargado de ellos?

—Servidor.

—¿No habéis observado hace algunos días una cosa muy rara?

—No... A no ser que tres de ellos cojean...

Comprendí que esta contestación satisfacía completamente á Holmes porque se echó á reír frotándose las manos.

—¡*Touché*, amigo Watson!—murmuró, inclinándose sobre mi oído.

Subimos al coche, y Holmes, dando la mano al inspector, dijo:

—Permitidme, querido Gregory, que os aconseje meditéis acerca de esa extraña epidemia carneril... ¡Vamos, cochero!

En la boca del coronel continuaba la misma sonrisa irónica y algo despreciativa. Pero noté que la última observación de Holmes había afectado profundamente al inspector, quien, abalanzándose hacia el coche preguntó:

—¿Creéis que esa especie de epidemia tenga mucha importancia?

—Muchísima.

—¿Y hay algún otro punto sobre el cual creáis necesario llamarme la atención?

—Sí; respecto del comportamiento raro del perro la noche del crimen.

—Pero si el perro no ha hecho nada...

—Precisamente por eso.

El coche empezó a andar.

Cuatro días más tarde Sherlock Holmes y yo volvimos a tomar pasaje para ir a Winchester, a la gran carrera de Wessex-Cup. El coronel Ross nos esperaba en la estación, y subiendo los tres en su coche, nos dirigimos al hipódromo. El *sportman* estaba muy serio y nos saludó fríamente.

—No tengo el menor indicio de mi caballo—dijo cuando el coche empezó a rodar por las calles de Winchester.

—¿Lo conoceríais si lo viérais?

El coronel se enfureció:

—Hace veinte años que intervengo en carreras de caballos y es la primera vez que me preguntan una cosa semejante... Un niño reconocería a Silver Blaze en la estrella blanca de la cabeza y en la mancha de una de las patas anteriores.

—¿Qué tal la cotización?

—¡Hombre! Eso es lo verdaderamente extraño. Ayer todavía pudisteis tenerlo a quince, pero hoy ha bajado de tal modo que apenas si llega a tres.

—¡Hum!—murmuró Holmes.—Ya veo que hay alguien que...

En aquel momento el coche entraba en el hipódromo y se colocaba frente de las tribunas. Yo miré el programa y en el cuarto lugar leí lo siguiente:

Propietario, Coronel Ross.

Nombre del caballo, Silver Blaze.

Colores, blusa roja y gorra negra.

—Confiado en vuestra promesa—dijo el coronel—he retirado a Bayardo. Pero ¿qué es esto? ¿Es cierto lo que oigo?

Sonaban claros y distintos los gritos:

—¡Cuatro contra cinco, Silver Blaze! ¡Tres contra uno Desborough!

—¡Va a empezar la carrera!—exclamó.—Ya están ahí los seis caballos.

—¿Los seis? Entonces, ¿sale también el mío?—dijo el coronel convulsivo y agitado. No lo veo; no veo mis colores.

—No, no hay más que cinco caballos... ¡Ah! Allí viene el otro; ese debe ser.

Un magnífico caballo bayo entraba en la pista y ensayaba antes de emprender la carrera. El jockey llevaba los colores del coronel Ross.

—¡Pero ese no es mi caballo!—gritó desesperado el coronel.—No tiene un sólo pelo blanco. ¿Qué habéis hecho, Sr. Holmes?

—Vaya, dejémonos de discusiones y atendamos únicamente á su comportamiento—contestó mi amigo con la mayor sangre fría.

Y se puso á mirar con los gemelos de campo.

—¡Muy bien!—exclamó de pronto.—¡Han salido maravillosamente!...

El coche estaba perfectamente colocado para ver la carrera hasta en sus menores detalles. Al principio la blusa blanca y amarilla de la cuadra Capleton, iba á la cabeza. Sin embargo, un poco antes de llegar Desborough, perdió terreno, y Silver Blaze atravesó el pelotón y venció por seis cuerpos de caballo.

—¡Sea quien sea ha ganado!—tartamudeó el coronel, pasándose la mano por la frente;—pero confieso que no entiendo una palabra. Sr. Holmes, ¿no os parece que ya ha durado bastante el misterio?

—Ciertamente, coronel. Estoy dispuesto á explicarlo todo; pero atravesemos antes la pista y vamos á ver el caballo.

A fuerza de codos logramos abrirnos paso entre el gentío y llegar al recinto, donde únicamente entraban los propietarios y sus amigos.

—Helo aquí—dijo Holmes poniendo la mano sobre el lomo del caballo.—No tenéis más que lavarle la frente y la pata con espíritu de vino y reconocéis á vuestro Silver Blaze.

—¡Cómo no se me había ocurrido antes!

—Lo hallé en manos de un chalán y me he tomado la libertad de dejarlo correr tal como estaba.

—¡Pero es peligroso todo esto!... Y el animal está en un estado excelente. Parece que no ha corrido en su vida... Os debo un millón de excusas por haber dudado de vuestro talento... Me habéis prestado un gran servicio devolviéndome el caballo. Ahora espero que lo completéis diciéndome quien es el asesino de John Skaker.

—Estoy dispuesto—contestó Holmes flemáticamente.

El coronel y yo nos miramos estupefactos.

—¿Quién es? ¿Dónde está?

—Aquí.

—¿Aquí? ¿Dónde?

—A mi lado.

El coronel enrojeció de cólera.

—Mucho es mi agradecimiento por lo que habéis hecho, Sr. Holmes, pero no tanto que me ciegue para no ver en esas palabras vuestras, ó una broma de mal género ó un insulto.

Sherlock Holmes soltó la carcajada.

—Espero, coronel, que no me supongáis capaz de creeros cómplice ó autor de ese crimen. El verdadero asesino está aquí, detrás de vos.

Y puso la mano sobre el lomo de Silver Blaze.

—¿Cómo? ¡El caballo!—gritamos á un tiempo el coronel y yo.

—Sí; el caballo. Sin embargo, debo alegar como circunstancia atenuante que obró en legítima defensa contra John Skaker, un canalla indigno de vuestra confianza... Pero ha sonado la campana, y como tengo apostado algún dinero en esta carrera permítidme que esperemos una ocasión más propicia para las explicaciones.

Por la noche volvimos á Londres, y tanto á mí como al coronel nos pareció el viaje demasiado breve oyendo hablar á Sherlock Holmes.

—Confieso—nos dijo con aquella voz pausada y serena—que leyendo los periódicos me confundí y me equivoqué por completo. Y, sin embargo, en los periódicos se hubieran podido encontrar datos importantísimos á no ser por el cúmulo de detalles superfluos que los ahogaban y destruían. Partí, pues, para Devonshire con la convicción de que Fitzroy Simpson era el verdadero culpable, aunque no dejaba de ver que las pruebas de su culpabilidad no eran, ni mucho menos, decisivas.

Ya en el coche, cerca de la casa del picador, me fijé en la coincidencia de ser guisado de cordero

precisamente la comida que le sirvieron al mozo de cuadra. Recordaréis mi absoluta abstracción, que me hizo enmudecer y apartarme de todo lo que no fuera dar vueltas á esta idea.

—Pues yo, aún ahora—interrumpió el coronel,—no veo la importancia que pueda tener ese detalle.

—Era el primer anillo para formar después la cadena de los hechos. Los polvos de opio tienen un sabor bastante desagradable y sólo en determinados platos pueden echarse sin peligro de que las personas que los coman se percaten de ello. Precisamente el cordero, y guisado con una salsa muy picante—tal como se le sirvió al mozo de cuadra,—constituye uno de esos platos exclusivos. ¿Y cómo hemos de suponer que Fitzroy Simpson, completamente desconocido en King's Fyland, consiguiera que precisamente ese día fuese la cena un plato de cordero en salsa? ¿Cómo suponer que diera la coincidencia de que Simpson eligiera para robar el caballo y narcotizar á Hunter precisamente el día en que servirían esa clase de cena? Esto resulta increíble. Por lo tanto, Simpson se encontró allí casualmente y su atención debía concentrarse sobre Skaker y su mujer, únicas personas que podían hacer figurar en el menú de aquel día el plato de cordero. El opio fué echado después que se apartó de la cena general la del mozo de cuadra, puesto que todos comieron lo mismo y ninguno sufrió la menor alteración. ¿Quién podía ser esta persona que echó los polvos sin que se enterara la criada Edith?

Luego me fijé en el silencio del perro. Cuando el incidente de Simpson nos enteramos de que había un perro encerrado en la cuadra, y, sin embargo, más tarde, cuando alguien debió entrar y apoderarse del caballo, este perro no ladró lo más mínimo, puesto que los dos palafraneros, que dormían en el desván, no se despertaron ni una sola vez. Indudablemente el visitante nocturno debía ser alguien á quien el animal conoce mucho.

Todo se iba aclarando poco á poco. John Skaker entró á media noche en la cuadra y sacó á Silver Blaze. ¿Con qué objeto? Con alguno, nada bueno, puesto que creyó necesario adormecer al mozo de guardia. Todos sabemos que muchas veces los picadores han ganado grandes cantidades apostando en contra de sus propios caballos, valiéndose de testaferros y empleando alguna estratagema para hacerlos perder á aquéllos. Bien sobornando al jockey ó bien empleando otros recursos más sútiles y seguros. ¿Cuál de estos medios habrá elegido Skaker? Entonces pensé que tal vez examinando los bolsillos del muerto encontraría algún indicio.

Así ha sucedido. Todos observásteis el extraño cuchillito que tenía el cadáver en la mano derecha, y que nadie puede llevar como arma de defensa. Según nos dijo el doctor Watson, ese cuchillo no se emplea más que para una operación quirúrgica delicadísima, y, efectivamente, para una operación de ese género había de servir aquella noche. Ya sabréis, coronel, dada vuestra larga experiencia en

cuestión de caballos, que se puede herir el tendón que hay debajo de la piel del jarrete, haciendo una pequeña incisión, sin dejar la menor señal. Después de esto, el caballo padecería una leve cojera que bien puede atribuirse á cualquier esfuerzo ó á un ligero ataque de reumatismo.

—¡Qué canalla!—exclamó el coronel.

—Y para hacer esa operación sacó de la cuadra John Skaker el caballo. En efecto, hubiera sido imposible hacerla dentro sin que un animal tan fogoso como Silver Blaze causara, al sentirse herido, un pequeño escándalo.

—¡Qué ciego he sido!—murmuró el coronel.—Entonces para eso debió llevar el cabo de vela y encendió la cerilla que encontrásteis en el barro.

—Claro. Faltaba saber el motivo del crimen y eso lo encontré en los papeles del criminal. Ya sabéis, coronel, que nadie guarda las facturas de otra persona y muchas veces ni siquiera las propias. En seguida pensé en que tal vez Skaker tuviera un segundo hogar. La factura de la modista demostraba que había otra mujer, y mujer acostumbrada á gastar mucho. Además, por muy generosos que seáis con vuestros servidores, no creo que sea hasta el punto de permitirles pagar vestidos de seiscientos chelines. Por eso, y afectando indiferencia, interrogué á mistress Skaker, y después de convencerme que el vestido no fué para ella, tomé nota de la dirección de la modista, seguro de que enseñándola el retrato de Skaker sabría quien era Darbyshire.

Lo demás era muy sencillo. Skaker condujo al caballo á una hondonada para que no se viera la luz que necesariamente había de encender. Por casualidad encontró la corbata perdida por Simpson en su fuga y la cogió para servirse de ella como venda en la operación. Una vez llegado á lugar propicio, encendió la cerilla, y asustado el caballo de la claridad—ó tal vez por ese temor instintivo que sienten los animales delante de un peligro—dió un bote y de una coz rompió el cráneo de Skaker. Éste al caer se hirió con el cuchillo en una cadera, porque, á pesar de la lluvia, se había quitado el abrigo para obrar con más libertad.

—¡Es maravilloso!—exclamó el coronel.—¡Maravilloso! Diríase que estábais delante.

—Mi golpe final fué un golpe maestro, dicho sea sin modestia de ningún género. Se me ocurrió que un hombre tan listo como Skaker no se arriesgaría en una operación semejante sin haber hecho algún ensayo. En seguida pensé en los carneros que pastaban cerca de la casa é hice al mozo aquella pregunta que, según visteis, me alegró tanto.

—Está muy bien, Sr. Holmes. Habéis explicado todo perfectísimamente.

—En cuanto llegué á Londres fuí á casa de la modista, quien reconoció en seguida al Sr. Darbyshire en el retrato de Skaker y me dijo que la señora Darbyshire era una de sus más asiduas y espléndidas parroquianas. Indudablemente esta mujer arruinó de tal modo á Skaker, que éste se vió obligado á co-

meter la infamia que hemos descubierto y que le ha costado la vida.

—Ahora sólo falta que expliquéis una sola cosa—dijo el coronel.—¿Dónde estaba el caballo?

—¡Ah!... Se escapó y lo tenía un vecino vuestro. Sin embargo, creo, querido coronel, que no debemos preocuparnos de este asunto y olvidar todo... Pero me parece que ya estamos cerca de Blafam y dentro de unos minutos podremos estar en mi casa, donde os ofreceré, con mucho gusto, una taza de té y un cigarro.



UN EMPLEO EXTRAÑO

Poco tiempo después de mi casamiento, mi colega, Mr. Fargular, me cedió su consulta en el barrio Paddington. Hubo un tiempo en que mi antecesor ganó bastante; pero después, su mucha edad y una especie de baile de San Vito que padecía constantemente, le acortaron las ganancias. La clientela disminuía poco á poco, pues el público opina—y tal vez muy justamente—que mal puede curar á los demás un hombre que no puede curarse á sí mismo. En estas condiciones adquirí la consulta, esperando que mi juventud, mi energía y mi voluntad la haría florecer y renacer como en los días lejanos y felices.

Durante los tres primeros meses estuve tan ocupado, que no pude ver con la frecuencia que antes á mi amigo Sherlock Holmes. Me faltaba tiempo para ir á Baker Street, y en cuanto á Sherlock, no iba nunca más que á donde le llamaba su profesión. Por eso me sorprendió profundamente oír una mañana, cuando empezaba á hojear el *British Medical Journal*, después del desayuno, un timbrazo y la voz simpática é inolvidable de mi antiguo camarada.

—¡Hola, querido Watson!—dijo entrando estruendosamente en el comedor.—No sabéis cuánto me alegro veros. ¿Y la señora Watson? ¿Se ha repuesto ya de las emociones que le causó nuestra aventura de *La marca de los cuatro*?

—Muchas gracias, Holmes. Los dos estamos perfectamente—contesté estrechándole la mano.

—Espero—continuó dejándose caer en un sillón—que la medicina no habrá extinguido en vos aquel entusiasmo y aquel interés que sentiais por nuestros pequeños problemas, ¿eh?

—De ningún modo. Precisamente ayer estuve hojeando mis notas y clasificando la larga serie de vuestras antiguas aventuras.

—¿Qué? ¿Dáis ya por terminada esa serie?

—¡Quiá! Estoy deseando empezar de nuevo.

—¿Queréis que empecemos hoy mismo?

—No tengo inconveniente.

—¿Iráis conmigo hasta Birmingham?

—¿Por qué no?

—¿Y vuestra consulta y vuestros enfermos?

—¡Bah! Yo me encargo de atender á las obligaciones de mi vecino durante sus ausencias y bien puede pagarme alguna vez ese pequeño favor.

—Perfectamente—dijo Holmes repantigándose en el sillón y mirándome fijamente por entre sus párpados medio cerrados.—¿Habéis estado enfermo hace poco? Los catarrros en verano son siempre muy fatigosos.

—Sí. He tenido que estarme en casa por un gran

resfriado durante tres días. Pero ya estoy completamente bien. ¿Pero cómo lo sabiais?

—Ya conocéis mi método: siempre la deducción.

—¿Y qué os ha servido ahora para vuestras deducciones?

—Esas zapatillas.

Yo arrojé una mirada sobre mis pies.

—¿Cómo demonios?...—empecé á preguntar;—pero Holmes se me anticipó.

—Esas zapatillas están completamente nuevas; de modo que hace poco que las gastáis. Me he fijado en las suelas y he visto que están ligeramente encogidas. Al principio pensé que se habían mojado y que las secásteis al fuego; pero cerca de la punta he visto una pequeña etiqueta con los geroglíficos del zapatero, de modo que no se podía creer que se habían mojado, pues el agua hubiera despegado la etiqueta. Indudablemente es que debísteis arrimar los pies al fuego, lo cual no deja de ser muy extraño en el mes de Junio por mucha humedad que haga.

Como siempre, el razonamiento de Holmes parecía de una simplicidad infantil. Leyó esta reflexión en mi frente y por su boca pasó una leve sonrisa.

—Me parece que mis observaciones pierden su valor explicándolas. Los resultados sin las causas hacen mucho más efecto. ¡Vamos! ¿Estáis dispuesto á seguirme á Birmingham?

—Lo estoy. ¿De qué se trata?

—En el tren os lo diré. Mi cliente nos espera abajo en un coche.

—Bueno, pues ir bajando que ahora voy.

Escribí apresuradamente cuatro letras para mi vecino, subí al segundo piso á prevenir á mi mujer, y cinco minutos después ya estaba en la calle junto á Holmes.

—¿De modo que también es médico vuestro vecino?—me preguntó señalando la placa de cobre que había en la puerta.

—Sí; llevamos el mismo tiempo en esta calle.

—¡Ah! Entonces vos sois el mejor de los dos.

—Eso creo. ¿Por qué lo decís?

—Por los escalones. Los vuestros están más usados que los suyos. Vaya, vamos al coche. Mi amigo el doctor Watson; el Sr. Hall Pycroft. ¡Un poco más de prisa, cochero, no vayamos á perder el tren!

El Sr. Hall Pycroft era un hombre joven y simpático, con ojos azules y un bigote rubio. Su rostro, ancho y sonrosado, parecía hecho para la risa; pero en aquella ocasión, las comisuras labiales se derrumbaron con un gesto de amargura que tenía algo de cómico. Vestía irreprochablemente, y en su cabeza centelleaba una chistera de última moda. Ya en el tren, camino de Birmingham, supe la razón de aquel viaje.

—Tenemos setenta minutos de camino—dijo Holmes;—por lo tanto, os ruego, Sr. Pycroft, que le contéis á mi amigo vuestro interesantísimo asunto tal como me lo habéis contado y con más detalles, si es posible. No me desagradará oírlo una vez más. Es un suceso de tal género, amigo Watson, que, una de

dos: ó es una cosa terrible, ó es una tontería, pero que, sin embargo, ofrece algunas particularidades de esas que os atraen tanto como á mí. Ahora, señor Pycroft, tened la bondad de empezar vuestro relato.

El joven no se hizo de rogar y empezó en los siguientes términos:

—Lo peor de la historia es el papel tan desairado que juego en ella. Tal vez esto no acabe bien; pero cuando conozcáis los hechos, veréis que no podía obrar de otro modo, so pena de pasar por tonto. Es el caso que... ¡Ah! Os advierto que no tengo facilidad de palabra, y, por lo tanto, os ruego, Sr. Watson, que me dispenséis si no me explico con suficiente claridad.

Yo era empleado de la casa Coxon y Wood, de Draper's Garden, y estaba en ella cuando aquel famoso empréstito de Venezuela que la derrumbó por completo. Como yo llevaba cinco meses en la casa, el Sr. Coxon me entregó un certificado muy laudatorio; pero eso no impidió que me encontrara en el arroyo con otros veintisiete compañeros. Inmediatamente empecé á hacer gestiones para colocarme, pero no conseguía nada. Bien pronto se me acabaron mis economías, y hubo vez en que no pude comprar ni sobre ni sellos para enviar mis documentos á las casas que se anunciaban en los periódicos.

Por fin un día leí un anuncio de la casa Nawson y Williams, la célebre casa de banca de Lombard Street, una de las mejores de Londres. Las solicitudes de-

bían enviarse por el correo acompañadas de las certificaciones. Así lo hice, pero sin esperanza alguna. ¡Estaba tan desencantado! Sin embargo, á vuelta de correo me contestaron que si quería ir al lunes siguiente, podía empezar aquel mismo día mi trabajo.

Dice la gente que los banqueros, cuando reciben varias solicitudes, hacen un montón con ellas, y cogen cualquiera, y á ese eligen. Sea ó no verdad ese procedimiento, yo di gracias á Dios, y confieso que nunca fui tan dichoso como aquel día. Ganaría una libra más que en casa Coxon, y el trabajo sería el mismo.

Ahora viene la parte extraordinaria de mi aventura. Yo vivía en una casa de huéspedes de Potter's Terrace, y la tarde misma en que recibí la noticia de mi colocación, estaba fumando tranquilamente en mi cuarto cuando la patrona me entró una tarjeta de mister Arturo Pinner, banquero. Yo no conocía este nombre, y no pude imaginarme á qué sería debida aquella visita; pero, no obstante, rogué á la patrona que dejara pasar al visitante. Era un individuo de mediana estatura, el cabello, los ojos y la barba completamente negros y la nariz encendida. Hablaba rápidamente, como hombre que conoce el valor del tiempo.

—¿El Sr. Hall Pycroft?

—Yo soy—contesté.—Tened la bondad de sentaros.

—¿Habéis estado en la casa Coxon v Wood?

—Sí, señor.

—¿Y ahora en la casa Nawson?

—Sí, señor.

—Muy bien, muy bien... Yo he oído decir cosas verdaderamente extraordinarias respecto de vuestra capacidad financiera y de vuestra honradez. ¿Os acordáis de Paker, el cajero de la casa Coxon? Pues se deshace en elogios de vos.

Aquellas palabras me halagaron. Yo fui considerado siempre en la casa como uno de los mejores empleados; pero no creía que mi nombre hubiera llegado á ser célebre en la *Cité*.

—¿Tenéis buena memoria?—continuó mi visitante.

—Bastante buena—contesté.

—¿Continuásteis al corriente de las cotizaciones y los cambios después de salir de la casa de bancas

—Sí.

—Muy bien. Eso demuestra verdadera vocación. Así se llega muy lejos. ¿Tendréis la bondad de contestarme á algunas preguntas? Vamos á ver, ¿á cómo están los Ayrshires?

—A ciento cinco.

—¿Y los Consolidados de Nueva Zelanda?

—A ciento cuatro.

—¿Y los British Broken Hills?

—A siete.

—¡Admirable! Esto confirma todas las noticias que me habían dado. Cada vez me convenzo más de que merecéis ser otra cosa que un simple empleado en la casa Nawson.

—Realmente no sé cómo expresaros mi gratitud, Sr. Pinner.

—No hablemos de eso, querido. Todo os lo debéis á vos mismo. No quedan más que ultimar algunos detalles de pura fórmula. ¿Tenéis ahí un poco de papel? Perfectamente. Ahora tened la bondad de escribir lo siguiente: «Yo, el abajo firmante, acepto el cargo de director de la Franco Midlandesa, Compañía Anónima, con el sueldo mínimo de 500 libras anuales.»

Hice lo que me pedía, y él, cogiendo el documento, se lo guardó en el bolsillo diciéndome:

—Bueno, ¿y que pensáis hacer respecto de la casa Nawson?

Mi alegría me había hecho olvidar el compromiso anterior.

—Voy á enviar mi dimisión ahora mismo.

—Precisamente es lo que no debéis hacer. Ayer tuve una discusión respecto de vos con el director de la casa Nawson. Fui á pedirle informes vuestros y me contestó muy groseramente, diciendo que obraba muy mal sonsacando á la gente de su casa... que yo tenía la culpa de... ¡Qué sé yo! Una infinidad de tonterías. Cansado de oírle contesté bastante incomodado: «Si queréis tener buenos empleados debéis pagarlos mejor.»—«El Sr. Pycroft preferirá nuestro modesto, pero seguro salario, á ese fastuoso é imaginario que le ofrecéis vos»—replicó.—«Os apuesto cinco libras—dije—á que en cuanto le haga yo mi oferta no volvéis á saber más de él.»—¡Acep-

tado!—repuso.—«Nosotros le hemos sacado del arroyo, y seguramente no se arriesgará á perder tan buena ocasión.» Estas fueron sus palabras.

—¡Qué grosero! ¿Qué sabe él de mi vida si no nos hemos visto nunca? Perded cuidado, no le escribiré para nada absolutamente.

—Bueno. No hablemos más de ello. Y se levantó alargándome la mano.

—Conste, amigo Pycroft, que marchó satisfechísimo de mi adquisición y espero que á mi hermano le sucederá lo mismo. Aquí tenéis vuestro anticipo de cien libras y la carta para mi hermano. No olvidéis que os espera mañana á la una en punto.

Esto fué todo lo que ocurrió durante nuestra entrevista. Ya os podéis imaginar, Sr. Watson, lo encantado que quedaría del Sr. Pinner y lo feliz que era viendo mi buena estrella. Aquella noche no pude dormir, y al día siguiente salí en el tren que llega á Birmingham poco antes de la una y en seguida me dirigí al lugar de la cita. El núm. 123 estaba situado entre dos grandes tiendas. No encontré á nadie en el portal y seguí un largo pasillo, y al final me hallé con una escalera de caracol que me condujo al piso primero. Allí había distintos cuartos ocupados por sociedades y particulares. En la puerta de cada uno de ellos había rótulos con la profesión de los inquilinos correspondientes; pero en ninguna vi el título de La Franco Midlandesa, Compañía Anónima. Estaba perplejo, pensando si habría sido víctima de alguna broma de mal género, cuando se me acercó

un hombre y me dirigió la palabra. Se parecía atrocemente al individuo con quien estuve la tarde anterior, y á no ser porque estaba completamente afeitado y eran menos oscuros los cabellos, hubiera creído que era el mismo.

—Perdonad. ¿Tengo el honor de hablar con el señor Hall Pycroft?—me dijo.

—Sí.

—Os esperaba; pero os habéis adelantado un poco—continuó mirando el reloj.—Esta mañana he recibido una carta de mi hermano, llena de elogios.

—Estaba buscando el nombre de...

—¡Ah, sí! No lo hemos puesto todavía porque no hace una semana que alquilamos este local. Tened la bondad de subir conmigo.

Le seguí, y al final de aquella escalera, que me pareció interminable, entramos en un cuarto compuesto de dos habitaciones aguardilladas, sin alfombras ni colgaduras y llenas de polvo. Yo me había imaginado una gran oficina con grandes mesas llenas de empleados, con puertas de cristales, con ordenanzas de librea, con sonar de timbres y ajetreo de papeles y de libros, en una palabra: algo semejante á las casas donde estuve anteriormente. No había nada de esto, y me quedé asombrado mirando una miserable mesa de pino y dos sillas rotas de paja, que, con un libro y un cesto de papeles, constituían el único mueblaje de la oficina.

—Veo que os extraña el aspecto de la habitación—dijo mi nuevo jefe, observando la cara que ponía

al ver aquello.—Pero no se hizo Roma en un día. Aunque tengamos mucho capital, no queremos hacer gastos supérfluos por ahora. Sentáos y tened la bondad de darme la carta de presentación.

Se la dí, y después de leerla atentamente, dijo:

—Parece que habéis causado una gran impresión en mi hermano Arturo, y aunque él no puede ver á Birmingham y á mí no me gusta Londres, por esta vez estaremos conformes. Podéis consideraros ya como de la casa.

—¿Cuál será mi obligación?

—Váis á dirigir el gran depósito de París, el cual surtirá de porcelanas inglesas y de Sajonia los almacenes de nuestros ciento treinta y cuatro correspondientes en Francia. Las compras llegarán aquí dentro de una semana, y mientras tanto permaneceréis en Birmingham entregado á una ocupación bastante sencilla.

—¿Cuál?

El Sr. Pinner abrió uno de los cajones de la mesa y sacó un grueso libro rojo.

—Aquí tenéis—dijo—el Anuario Bottin, de París, donde figuran todas las profesiones y las casas de comercio más importantes. Lleváoslo y hacedme una lista de todos los comerciantes de objetos de fantasía, con sus direcciones correspondientes. Esto nos ha de ser de una gran utilidad el día de mañana.

—¿Pero no están clasificados ya por categorías?

—Sí; pero están en un orden distinto del que pensamos llevar nosotros. Traedme esa lista el día

UNIVERSIDAD DE BILBAO
BIBLIOTECA DE INVESTIGACIONES
ALFONSO XIII
1905

nes al mediodía. Adiós, Sr. Pycroft, y ya veréis cómo la Sociedad sabrá recompensaros á medida que vaya conociendo vuestras excepcionales condiciones.

Alquilé un cuarto en un hotel de la calle Nueva y me dispuse á trabajar. En mi cabeza batallaban distintas y opuestas ideas. Por un lado podía considerarme definitivamente colocado y con cien libras en el bolsillo; pero por otro, no dejaba de extrañarme lo raro del trabajo y de la oficina y todo aquel misterio que parecía envolver á la Sociedad. Trabajé todo el domingo sin descansar, y, sin embargo, el lunes no había llegado más que á la H. Fui á ver á mi jefe y lo encontré en la misma habitación polvorienta y desamueblada. Me dijo que podía continuar y que volviera el miércoles. Dicho día no había terminado aún, y tuve que volver ayer con la lista ya completa.

—Muy bien, Sr. Pycroft—me dijo el Sr. Pinner.

—Resulta un trabajo de mucha utilidad.

—Y de mucho tiempo—contesté.

—Es claro. Bueno; ahora vais á hacer otra lista de las tiendas de muebles, porque también suelen vender porcelanas.

—Está muy bien.

—Volved mañana á las siete de la tarde y decidme que tal va el asunto. Pero no os matéis á trabajar. ¿Por qué no vais esta noche al Music-Hall de Day para distraeros un rato?

Al decir estas palabras se echó á reir y entonces

observé que el segundo diente de la izquierda estaba bastante mal orificado. Esto me impresionó.

Sherlock Holmes se frotó las manos satisfecho y yo miré estupefacto á Pycroft.

—Voy á explicaros la razón de ello, Sr. Watson. Hablando en Londres con el otro individuo observé que al reirse enseñaba los dientes de igual modo que mi jefe y que también tenía orificado el segundo de la izquierda. Después de ver en los dos hermanos el mismo detalle, me fijé en el asombroso parecido de la voz y de los ademanes, y pensando que las pequeñas diferencias existentes entre ellos podrían ser causadas por la navaja y una peluca, comprendí que los dos eran uno solo. Me despidió, y yo salí á la calle no sabiendo lo que me pasaba. Entré en el hotel, me lavé la cabeza con agua fría y procuré coordinar las ideas. ¿Por qué me había obligado á salir de Londres? ¿Por qué se había escrito una carta á sí mismo? Y reconociéndome incapaz de descubrir las causas de estos hechos, me acordé de Sherlock Holmes y corrí en busca suya. He aquí todo lo que ha pasado.

Hubo un largo silencio. Luego Sherlock Holmes, tomando más cómoda postura y saboreando las palabras, dijo:

—No está mal, ¿verdad, Watson? Me parece que una entrevista con mister Harry Pinner, director general de La Franco Midlandesa, Compañía Anónima, será bastante curiosa...

—¿Y cómo hemos de arreglarnos para ir?

—Muy sencillo—interrumpió Hall Pycroft.—Vosotros sois dos amigos míos que deseáis una colocación; por lo tanto, no tiene nada de particular que yo os presente al Sr. Pinner para ver si puede hacer algo en favor vuestro.

—¡Eso es! Perfectamente—contestó Holmes.—Tendré mucho gusto en conocer á ese caballero. Y ahora, ¿qué cualidades tenéis para que se hayan fijado en vos y no en otros para...?

Interrumpiendo de pronto se puso á mirar el paisaje por la ventanilla del vagón, royéndose las uñas, y ya no pudimos obtener una sola palabra de él hasta que llegamos al hotel de la calle Nueva.

Daban las siete de la tarde cuando emprendimos el camino de Corporation Street.

—No adelantariamos nada yendo antes de la hora—dijo Pycroft.—Indudablemente mi jefe no viene á la oficina más que por mí y el resto del tiempo no hay nadie en el cuarto.

—No está mal pensado—contestó Holmes.

—¡Qué os decía yo!—exclamó Pycroft de pronto.

—Miradle, ahí va.

Por la acera opuesta iba un hombre bien vestido, rubio, de pequeña estatura. Mientras le observábamos debió de oír á un chiquillo que voceaba la última edición de uno de los periódicos de la tarde, y atravesando la calle por entre los carruajes, le compró un número y desapareció por una puerta.

—Ya entró—exclamó Hall Pycroft.—Esa es la oficina. ¿Vamos adentro?

Subimos cinco pisos detrás de él y nos detuvimos delante de una puerta, en la cual llamó con los nudillos. Una voz contestó: ¡Adelante! Y en una habitación casi vacía, tal como nos la habían descrito, hallamos al mismo individuo que vimos en la calle. Estaba sentado á la mesa, sobre la cual estaba abierto el periódico. Al entrar nosotros levantó la cabeza, y no recuerdo haber visto nunca un rostro tan de sufrimiento y de terror como el de aquel hombre. El sudor perlaba su frente, sus mejillas estaban lívidas y los ojos, que tenían la inquietud y el miedo de las fieras acosadas, miraron á su dependiente como si no lo conociera.

—¿Qué tenéis, Sr. Pinner? ¿Os sentís mal?—exclamó sinceramente asombrado Pycroft.

—Sí; estoy algo malo—contestó haciendo visibles esfuerzos por dominarse y humedeciendo con la lengua los secos labios.—¿Quiénes son estos caballeros?

—Uno es el Sr. Harris, de Bermansey, y el otro el Sr. Price, de esta ciudad. Los dos son amigos míos, y que á pesar de su honradez y de su talento, están sin colocación hace algunos meses. Por lo tanto, tengo el honor de recomendarlos para que veáis si pueden entrar en la casa.

—Veremos, veremos—murmuró fingiendo una sonrisa que le resultó mueca.—¿Cuál es vuestra especialidad, Sr. Harris?

—He sido tenedor de libros—contestó Holmes.

—¡Ah! Muy bien. ¿Y vos, señor... Sr. Price?

—Yo he sido viajante.

—Bueno, tengo la seguridad de que os encontraré una colocación. Ya os avisaré, señores. Ahora, os ruego que os retiréis. ¡Dejadme sólo, por amor de Dios!

Estas últimas palabras se le escaparon á pesar suyo, Holmes y yo nos miramos. Hall Pycroft dió un paso hacia la mesa.

—¿Olvidáis Sr. Pinner, que me dijisteis que vienerá hoy para recibir órdenes?

—Sí... sí, Sr. Pycroft, es verdad—contestó el otro un poco más sereno. Tened la bondad de esperar un momento. Dentro de tres segundos saldré y podremos hablar.

Y saludándonos muy cortesmente al pasar por delante de nosotros, entró en la habitación contigua y cerró la puerta tras de sí.

—¡Calla!—murmuró Holmes.—A que se nos escapa ahora.

—Imposible—contestó Pycroft.

—¿Por qué?

—Porque esa puerta da á otra habitación que no tiene ninguna salida.

—¿Y muebles?

—Ayer estaba vacía. Hoy no sé.

—¿Para qué habrá entrado entonces? Aquí hay un misterio. No he visto nunca un miedo igual al de este hombre. ¿Por qué temblaría de ese modo?

—Creerá que somos de la policía—observé.

—Eso debe ser—asintió Pycroft.

Holmes movió la cabeza negativamente.

—No. Estaba ya pálido y tembloroso cuando entramos. Quizás...

Se interrumpió de pronto al oír un ruido extraño como si arañasen en la puerta...

—¿Qué demonios hace ese hombre?

Nuevamente y con más fuerza empezó el ruido. Los tres nos miramos asombrados. Luego Holmes se acercó calladamente y apoyó el oído contra la puerta. Después se oyó un murmullo y unos golpes contra la madera. Holmes empujó la puerta con todas sus fuerzas. Estaba cerrada por dentro. Pycroft y yo ayudamos á Holmes, saltó una de las visagras, luego la otra, y la puerta se derrumbó estrepitosamente. Entramos...

El cuarto estaba vacío.

Pero no dudamos mucho tiempo. En el fondo, en el rincón más próximo á la habitación que acabamos de dejar había una puertecilla. Holmes corrió hacia ella y la abrió. En el suelo yacían una chaqueta y un chaleco, y de un gancho colocado detrás de la puerta, colgado de sus propios tirantes, pendía el director general de La Franco Midlandesa. Tenía encogidas las piernas. Su cabeza se doblaba dolorosamente sobre el pecho, las manos se engarababan, y los golpes de sus pies contra la madera producían el ruido que nos había llamado la atención.

Inmediatamente le cogí por la cintura y lo levanté mientras Holmes y Pycroft desataban los tirantes que habían penetrado en la lívida carne del cuello.

Lo transportamos al despacho, y vimos á nuestros pies con los ojos fuera de las órbitas, los labios morados, el cuerpo convulso, al poco antes flamante director.

Yo me incliné sobre él y lo examiné cuidadosamente. El pulso era muy débil, pero su respiración se tranquilizaba poco á poco.

—¿Cómo lo encontráis?—preguntó Holmes.

—Ha estado á dos dedos de la muerte—contesté, —pero ya está salvado. Abrid la ventana y alargadme aquella gorra.

Le desabroché el cuello. Le rocié con agua fría la cara y le moví los brazos hasta conseguir que la respiración se normalizara.

—Ahora ya no es más que cuestión de tiempo—dije levantándome.

Holmes, que estaba de pie junto á la mesa, con las manos hundidas en los bolsillos y la cabeza gacha, dijo:

—Hay que llamar á la policía. Sin embargo, hubiera deseado poder darles detalles más completos.

—No lo entiendo—murmuró Pycroft rascándose pensativo la cabeza.—¿Qué necesidad tenían de alejarme de Londres?

—¡Bahl! Eso es muy claro—contestó Holmes despreciativamente.—¡Ojalá lo fuera también este desenlace!...

—¿De modo que véis claro lo otro?

—Sí. Hay dos hechos innegables. El primero es el de haceros firmar esa declaración de que aceptá-

bais el puesto de director en la Sociedad Franco-Midlandesa. Ya sabéis que desde el punto de vista financiero, son inútiles esos documentos. La razón, pues, de exigiros semejante cosa, es que necesitaban tener una muestra de vuestro carácter de letra, y únicamente por ese medio podían conseguirla.

—¿Y para qué?

—Ahí está el quid. ¿Para qué? Cuando lo sepamos ya no faltará nada por averiguar. Indudablemente alguien tenía interés en visitar vuestro carácter de letra y para ello se valieron de esta estratagema. En cuanto al segundo hecho, consiste en que el Sr. Pinner os exigió la promesa de que no escribiríais á la casa Nawson para tener la seguridad de que otro podría presentarse impunemente con vuestro nombre en dicha casa.

—¡Gran Dios!—exclamó Pycroft.—¡Qué imbécil he sido!...

—Lo comprendéis ahora. Si uno cualquiera se hubiera presentado diciendo que era Hall Pycroft sin tomar antes esa precaución, le habrían descubierto en seguida. ¿Estáis seguro de que no os conoce nadie en la casa Nawson?

—Nadie absolutamente.

—Muy bien. Sólo faltaba, pues, alejaros de Londres para evitar cualquier tropiezo ó mala tentación vuestra, y para ello os hicieron venir á Birmingham sujetándoos con el cebo de las cien libras.

—Pero ¿por qué ha fingido ese hombre que eran dos hermanos?

—Y lo son, indudablemente. Aquí está uno. El otro ocupa vuestro lugar en la casa Nawsón. Este fué el que os ofreció el destino, y luego, comprendiendo que hacía falta fingir un jefe y que era peligroso servirse de una tercera persona decidió representar él mismo el papel. Cambió lo que pudo su fisonomía, y sin esa casualidad del diente orificado, á estas horas seguiríais creyendo que éste era hermano del que conocisteis en Londres.

Hall Pycroft levantó los brazos al cielo.

—Entonces... Dios mío ¿qué hará mientras tanto el otro? ¿Qué me aconsejáis que haga, Sr. Holmes?

—Telegrafiar inmediatamente á Nawsón.

—Los sábados cierran al medio día.

—No importa. Se quedará alguien de guardia.

—Sí; hay siempre un vigilante á causa de los valores que tienen en depósito.

—Muy bien. Vamos al telégrafo. Pero la verdad, no me explico qué motivo habrá podido tener este hombre para...

—¡El periódico!—grimió roncamente una voz detrás de nosotros.

Nos volvimos apresuradamente. El suicida se había incorporado. La vida tornaba poco á poco en sus miembros, y el cerebro empezaba á pensar nuevamente.

—¡El periódico!—exclamó Holmes en el colmo de la agitación.—¿Cómo no se me había ocurrido antes? Ahí debe estar el secreto.

Cogió ansiosamente el periódico y lanzó un grito.

—Mirad, Watson, es el *Evening Star*, de Londres. Aquí está lo que buscamos. «Crimen en la *Cité*. Una muerte en la casa Nawsón y Williams. Tentativa de robo. Detención del culpable.» Tened, Watson, léamos eso en voz alta.

A juzgar por el espacio que consagraban al suceso, debió causar profunda sensación en Londres. He aquí lo que decía:

«Una audaz tentativa de robo, acompañada de asesinato, ha tenido lugar esta tarde en la *Cité*. Desde hace algún tiempo, la importante casa de banca de Nawsón Williams tenía valores en depósito que ascendían á la enorme cantidad de un millón de libras esterlinas. A causa de esto, el director había comprado cajas de caudales del sistema más perfeccionado, y junto á ellas había noche y día un vigilante armado hasta los dientes. Parece ser que la semana última entró en la casa un nuevo dependiente llamado Hall Pycroft, y que no era otro que el famoso falsificador Beddington, que acaba de cumplir con su hermano una condena de cinco años. Por medio de una estratagema no conocida aún, consiguió obtener, bajo el nombre de Hall Pycroft un destino en la casa, y esto le permitió procurarse llaves falsas y conocer perfectamente la posición del cuarto donde están las cajas de valores. ®

» Todos los sábados los empleados de la casa Nawsón salen al medio día, para no volver hasta el lunes siguiente. Por eso el agente Tuson quedó sorprendido al ver salir á la una y veinte un individuo

con un saco de viaje en la mano. Sospechando de él, lo siguió, y, auxiliado por el agente Pollock, logró detenerlo después de una desesperada resistencia. En seguida vieron que se había evitado un robo de una audacia y de una importancia increíbles. Cerca de cien mil libras en acciones de los ferrocarriles americanos, y en valores de otras compañías fueron hallados en el saco.

»El examen de las oficinas hizo descubrir el cadáver del desgraciado vigilante; doblado sobre sí mismo y encerrado en una de las cajas de caudales. La víctima tenía roto el cráneo, por un golpe que debió ser dado con un hierro de mucho peso. Indudablemente, Beddington debió sorprenderlo por detrás, y después de matarlo, vació la caja y volvió a llenarla con el cadáver. Se cree que el hermano del asesino no haya intervenido en este crimen, á pesar de lo cual la policía le busca activamente.»

—Vaya, de algo hemos de servir—dijo Holmes, mirando al miserable, tendido al pie de la ventana.—Realmente la naturaleza humana es una curiosa mezcla de buenos y malos sentimientos. Ahí tenéis ese bandido, capaz de los mayores crímenes, y que, sin embargo, se quiere suicidar al saber la desgracia de su hermano. Pero no divaguemos, y mientras Watson y yo quedamos aquí vigilándole, tened la bondad de avisar á la policía, Sr. Pycroft.

EL RITUAL DE LOS MUSGRAVE

Sherlock Holmes era uno de los hombres más pulidos y más correctos en el vestir y en su conversación; pero en cambio, y por un contraste inexplicable, era en la vida íntima tan desordenado, que causaba la desesperación de todos los patrones y patronas de casas de huéspedes. A pesar de que yo, acostumbrado al rudo vivir del Afganistán, tenga hábitos un tantico apartados de la seriedad que debe tener un doctor, no lo son tanto que tenga como Sherlock Holmes los cigarros en la cockera, el tabaco picado en una zapatilla turca y sujete las cartas por contestar con un cuchillo sobre la puerta.

Sin embargo, esto no es nada comparado con otras cosas más graves; como, por ejemplo, dibujar en la pared á balazos un patriótico V. R., demostrando que también puede ejercitarse en una habitación, y cómodamente sentado, el *sport* de tirar al blanco.

Nuestro cuarto estaba siempre atestado de chirimolos de química y de otras mil cosas, entre ellas piezas de convicción, que guardaba aquí y allá, lo mismo sobre una sombrerera que en el tarro de la

con un saco de viaje en la mano. Sospechando de él, lo siguió, y, auxiliado por el agente Pollock, logró detenerlo después de una desesperada resistencia. En seguida vieron que se había evitado un robo de una audacia y de una importancia increíbles. Cerca de cien mil libras en acciones de los ferrocarriles americanos, y en valores de otras compañías fueron hallados en el saco.

»El examen de las oficinas hizo descubrir el cadáver del desgraciado vigilante; doblado sobre sí mismo y encerrado en una de las cajas de caudales. La víctima tenía roto el cráneo, por un golpe que debió ser dado con un hierro de mucho peso. Indudablemente, Beddington debió sorprenderlo por detrás, y después de matarlo, vació la caja y volvió a llenarla con el cadáver. Se cree que el hermano del asesino no haya intervenido en este crimen, á pesar de lo cual la policía le busca activamente.»

—Vaya, de algo hemos de servir—dijo Holmes, mirando al miserable, tendido al pie de la ventana.—Realmente la naturaleza humana es una curiosa mezcla de buenos y malos sentimientos. Ahí tenéis ese bandido, capaz de los mayores crímenes, y que, sin embargo, se quiere suicidar al saber la desgracia de su hermano. Pero no divaguemos, y mientras Watson y yo quedamos aquí vigilándole, tened la bondad de avisar á la policía, Sr. Pycroft.

EL RITUAL DE LOS MUSGRAVE

Sherlock Holmes era uno de los hombres más pulidos y más correctos en el vestir y en su conversación; pero en cambio, y por un contraste inexplicable, era en la vida íntima tan desordenado, que causaba la desesperación de todos los patrones y patronas de casas de huéspedes. A pesar de que yo, acostumbrado al rudo vivir del Afganistán, tenga hábitos un tantico apartados de la seriedad que debe tener un doctor, no lo son tanto que tenga como Sherlock Holmes los cigarros en la cockera, el tabaco picado en una zapatilla turca y sujete las cartas por contestar con un cuchillo sobre la puerta.

Sin embargo, esto no es nada comparado con otras cosas más graves; como, por ejemplo, dibujar en la pared á balazos un patriótico V. R., demostrando que también puede ejercitarse en una habitación, y cómodamente sentado, el *sport* de tirar al blanco.

Nuestro cuarto estaba siempre atestado de chimbolos de química y de otras mil cosas, entre ellas piezas de convicción, que guardaba aquí y allá, lo mismo sobre una sombrerera que en el tarro de la

manteca. Pero lo que me molestaba más eran los papeles que se amontonaban sobre todo y lo cubrían todo. Holmes no rompía ningún documento, ninguna carta, ningún periódico, y mucho menos, refiriéndose á algún asunto judicial. No obstante, cada año, ó cada dos años—más bien esto último—hacía un violento esfuerzo y procuraba poner en orden aquella papelería, quedándose con lo más importante, dudando mucho antes de romper algo.

Creo haber dicho en alguna parte de estas mis incoherentes Memorias, que el temperamento de Sherlock Holmes era de los más inconsecuentes que he conocido. Tan pronto desplegaba inusitada energía é inquieta actividad, como dejábase caer perezosamente sobre un sofá y dejaba correr las horas y los días, con un libro en la mano, adormeciéndose con las suaves y nostálgicas melodías de un violín. Durante estos periodos de agotamiento, de cansancio, hasta costábale trabajo arrastrarse hacia la mesa para comer. Así se comprende que los papeles fueran poco á poco ganando el cuarto y los muebles y hasta nosotros mismos.

Una tarde de invierno en que estábamos sentados junto al fuego y dejábamos vagar la mirada á la zaga del humo de nuestros cigarros, le propuse tímidamente á Holmes que aprovecháramos las horas que nos quedaban libres para poner un poco de orden en el cuarto.

Como mi petición era muy razonable, Holmes no pudo negarse á ella, y levantándose se encaminó,

murmurando, hasta la alcoba. Al poco rato volví arrastrando una caja de metal.

La colocó en medio de la habitación, y sentándose en un taburete levantó la tapa. Entonces pude ver que estaba llena de papelotes, fuertemente atados.

—Si supiérais, Watson—me dijo maliciosamente—cuántas historias hay aquí y qué interesantes son algunas de ellas, me parece que en lugar de aconsejarme que las rompiera ó las...

—¿Qué?—interrumpí.—¿Se refieren esos papeles á los comienzos de vuestra carrera? Ya sabéis cuántos deseos tengo de conocer todo lo de esa época.

—En efecto, querido. Todos estos papeles son anteriores á nuestra amistad. Entonces no os tenía por historiador.

Y mientras hablaba, iba sacando cuidadosamente un paquete después de otro.

—No todos fueron éxitos, amigo Watson, pero en algunos de ellos hay detalles muy curiosos. Este paquete se refiere al crimen de Tarleton; este otro al de Vamberry el vinatero. Aquí está también la aventura de aquella rusa vieja que... Aquí tengo documentos referentes al caso del cojo Rigoletti y de su encantadora esposa... ¡Hombre! Aquí hay una cosa curiosísima.

Y hundiendo el brazo hasta el fondo extrajo una cajita de madera con tapa de metal y de ella sacó un trozo de papel arrugado, una llave antigua de cobre, un pedazo de percha de madera con un ovillo de bramante y tres monedas antiguas.

—¿Qué os parecen estas preciosidades—dijo Holmes sonriendo ante el asombro que traslucían mis facciones.

—Que es una colección muy rara.

—Rarísima. Y mucho más la historia que se relaciona con ella.

—¿Entonces tienen un valor?...

—Histórico, querido, histórico.

—¿Cómo histórico?

Sherlock Holmes las fué colocando una á una sobre la mesa; luego se sentó de nuevo, y mirándolas con aire de satisfacción, contestó lentamente:

—Esto es lo único que me queda de «El Ritual de los Musgrave».

Más de una y de dos veces le había oído hablar de este asunto; pero nunca me enteró de todos sus detalles.

—Ya sabéis que tengo muchos deseos de conocer esa aventura.

—Y, sin embargo,—dijo maliciosamente—queráis que destruyera estos papeles. Confesad, amigo Watson, que hace falta bien poco para quitaros de la cabeza la manía del orden. Pero no soy rencoroso y tendré mucho gusto en que figure esta narración en vuestros recuerdos, porque es una de las más importantes.

Otro día os contaré la historia del *Gloria Scott* que fué el punto de partida de mi carrera. Me habéis conocido cuando ya tenía cierta reputación y me empezaban á considerar como una especie de

«Extremaunción» que sólo se llama en los casos desesperados; por lo tanto, no podéis imaginaros mis días penosos y sombríos cuando luchaba por salir de la obscuridad y conquistarme esta posición de la cual estoy tan satisfecho.

Recién venido á Londres, alquilé un cuarto en la calle de la Montaña, cerca del British Museum, y dediqué mis ocios al estudio de las ciencias, que consideraba útiles el día de mañana. De cuando en cuando alguno de mis antiguos camaradas se acordaba de mí y de mi chifladura deductiva ó investigadora, y me confiaba algún asunto de difícil resolución. El tercero de estos asuntos fué precisamente «El Ritual de los Musgrave», y que fué el primer escalón de mis futuras victorias, no tanto por el talento que desplegué en él, sinó por el interés que despertó en el público, dada la posición de las personas comprometidas en él y lo misterioso de sus comienzos.

Reinaldo Musgrave fué compañero mío de colegio, y sin llegar á la intimidad, nuestras relaciones fueron bastante afectuosas. Tenía pocas simpatías entre los demás camaradas, por cierta reserva de palabras y de acciones que atribuían á orgullo y que yo juzgaba hija de una gran timidez. Era un mozo esbelto y distinguidísimo, de nariz aguilena y ojos grandes y soñadores. Era el último vástago de una de las más nobles y antiguas familias del reino; á los Musgrave, que á mediados del siglo XVI se establecieron al Oeste del Sunex, en la mansión seño-

rial de Urlestone. Y era tal el aristocrático aspecto de su figura, que yo no podía mirar sus ojos de ensueño y su boca desencantada y sus manos pulidas, sin evocar las ojivas bordadas por el musgo y los puentes que sintieron la pesadumbre de los hombres de armas, y las almenas doradas por el sol de la tarde que venía á centellear en los cascos y en las puntas de las lanzas. Recuerdo que muchas veces paseábamos juntos y que á él le interesaban no poco mis observaciones y mi espíritu dado á las quimeras imaginativas.

Salimos del colegio, y habían transcurrido cuatro años sin saber el uno del otro, cuando una mañana vino en busca mía.

No había cambiado lo más mínimo. Vestía con igual corrección y acatamiento de la moda que antes, y únicamente sus ojos eran más tristes y más severo su continente.

—¿Qué ha sido de vos, querido Musgrave?—le dije—después de estrecharnos las manos cordialmente.

—Supongo os enteraríais que mi padre murió hace dos años próximamente—contestó él.—Desde entonces, entre mis deberes de diputado y el atender á mis haciendas, empleo de tal modo el tiempo, que no me sobran muchos minutos para consagrarles á mis antiguas amistades. No obstante, he seguido vuestros triunfos, y he visto que habéis progresado maravillosamente, utilizando aquellas facultades que tanto me admiraban.

—Realmente—contesté—no puedo quejarme. Lo que empezó siendo una distracción de niño, es ahora lo que da para vivir.

—No sabéis lo que me alegro de ello, aunque nó sea más que por egoísmo. Necesito vuestra ayuda, querido Holmes, para resolver un grave problema, ante el cual se han estrellado los más hábiles policías y que considero de lo más extraordinario que dar se puede.

—Hablad—exclamé lleno de impaciencia—y no olvidad un solo detalle.

Reinaldo Musgrave se sentó frente á mí y encendiendo un habano, empezó su narración.

—Aunque soltero, llevo una vida bastante costosa, pues las comodidades á que estoy acostumbrado y la extensión de mis tierras y de mi casa, requieren no poca servidumbre.

Actualmente se compone ésta de ocho criadas, un mayordomo, dos lacayos, ayuda de cámara y un *groom*, aparte de la gente empleada en las cuadras y en los trabajos agrícolas. El mayordomo, Brunton, entró muy joven en la casa y supo hacerse indispensable á los pocos meses de estar en ella. Era un mozo de buena figura, inteligente y dispuesto para el trabajo. Joven aún—pues no representaba más de cuarenta años y llevaba más de veinte en Urlestone,—resultaba agradable su compañía, pues á su varonil belleza, unía, como he dicho antes, un cerebro privilegiado, poseía varios idiomas y era muy versado en el arte de la música

No es extraño que con estas condiciones, y dada la pequeñez de ambiente que hay en una provincia, Brunton buscara el lado feliz de la vida, y lo consiguiera, conquistando mujeres.

Sí, nuestro mayordomo era un temible «Don Juan». Durante los años en que vivió su mujer fué muy comedido, pero en cuanto enviudó, empezaron los caprichos y las mujeres amadas hoy y despreciadas mañana. Hace algunos meses, todos creímos que volvería á casarse, pues se puso en relaciones con una de las doncellas, llamada Raquel Howells; pero de pronto riñeron y el seductor se enamoró, ó fingió enamorarse, de Juana Oregelhis, la hija de uno de mis guardas. Raquel era fuerte como las mujeres bíblicas, pero de una naturaleza tan impresionable y nerviosa, que esta ruptura la causó un ataque cerebral. Hace algunos días aún la he visto por las habitaciones de la vieja casa señorial, pero andaba apoyándose en las paredes y en los muebles, pálida y silenciosa como un espectro. Aquí empezaba el primer acto del drama; el segundo fué mucho más emocionante y misterioso.

Y ahora, antes de estos dos actos, hablemos del prólogo. Ya os he dicho que Brunton era hombre de privilegiada inteligencia, y esta distinción suya ha sido la causa de su ruina. Desde poco tiempo á esta parte nació en él una insaciable ambición de saber cosas que le tenían sin cuidado, y ya olvidó todas las conveniencias y las consideraciones.

Cierta noche de la semana pasada--el jueves, para

precisarlo todo,—me fué imposible conciliar el sueño, sin duda, porque cometí la torpeza de tomar una taza de café muy fuerte, después de la cena. Después de mucho luchar con el insomnio, ya á las dos de la madrugada, encendí una luz y me levanté para coger una novela que había empezado aquella tarde. Después de buscarla inútilmente, recordé que había dejado el libraco en el salón del billar. Me puse apresuradamente una bata y salí de la alcoba.

Para llegar al billar hay que bajar una escalera y atravesar por un pasillo que conduce á la biblioteca y á la sala de armas. ¡Imagináos mi sorpresa al ver una luz encendida en la biblioteca!... Estaba seguro de que al salir había apagado la lámpara y cerrado cuidadosamente la puerta. ¿Quién sería el que estaba allí dentro? Cogi al azar un hacha antigua de uno de los trofeos de armas que adornan los pasillos de Urlestone, y apagando mi vela me acerqué á paso de lobo hacia la puerta entreabierta. ¿A quién diréis que ví? A Brunton, al mayordomo, que, completamente vestido y sentado en un sillón, estaba absorto en el estudio de una especie de plano que tenía sobre las rodillas.

Quedé mudo de asombro, y gracias á la obscuridad en que me hallaba, pude observarlo todo, sin despertar la menor sospecha. La vela, colocada sobre la mesa, iluminaba suficientemente su cara y sus ademanes. De pronto se levantó—y entonces ví que vestía aún el traje de frac, lo cual probaba que no se había acostado—y yendo hacia el escritorio coloca-

do en el rincón, hundió la mano en uno de los cajones, sacó un papel y volviéndose á sentar cerca de la luz se puso á examinarlo de igual modo que al anterior. Fué tal mi indignación al ver que un extraño se permitía hojear de aquel modo mis papeles de familia, que abandoné todo recato y entré en la habitación. Brunton levantó la cabeza y su cara se puso lívida; luego, levantándose, guardó el plano en uno de los bolsillos interiores.

—¿Así es como cumplís con vuestro deber y justificáis mi confianza?—dije con voz colérica.—Mañana mismo saldréis de esta casa.

Bajó la cabeza sin contestar, y silencioso, con el rostro contraído y las manos temblonas, pasó delante de mí y desapareció.

Entonces me acerqué á la mesa y con gran asombro ví que el papel que había sacado del escritorio no tenía la menor importancia. Era una copia de las preguntas y respuestas que desde tiempo inmemorial constituyen «El ritual de los Musgrave», y que se pronuncian en la ceremonia de tomar posesión los Musgrave de sus derechos de mayor de edad. Es un documento que no tiene interés más que para nuestra familia y alguno que otro arqueólogo, pero que en la vida práctica es completamente inútil.

—Si no tenéis inconveniente, ya volveremos á hablar de ese documento.

—Bueno; pero dejadme seguir mi narración. Cerraré el escritorio utilizando la llave que había dejado Brunton, y ya me disponía á salir cuando quedé sor-

prendido viendo en el dintel de la puerta al mayor-domo.

—Oid, señor Musgrave—dijo con voz temblorosa,—yo no puedo soportar una desgracia semejante. Yo he sido y soy muy orgulloso, demasiado para mi clase, lo reconozco, y esta humillación me mataría y antes toda mi sangre subiría al cerebro y... no sé, no sé... Es muy lógico que no queráis que continúe á vuestro servicio después de lo ocurrido; pero no me echéis, por el amor de Dios; dejad que pase un poco de tiempo y parezca que soy yo el que se des- pide... Reflexionad que mi reputación...

—No merecéis consideración alguna, Brunton—contesté.—Vuestra conducta ha sido indigna. No obstante, y teniendo en cuenta que lleváis mucho tiempo en mi casa, os concedo ocho días, durante los cuales podréis inventar cualquier disculpa que justifique vuestra salida de Urlestone.

—¿Nada más que una semana, señor?—exclamó.—Dadme siquiera quince días... os lo suplico, quince días.

—No. Una semana. Y es demasiado para lo que os merecéis.

Seguro de que no había de conseguir más, agachó la cabeza y, girando sobre sus talones, desapareció en la obscuridad. Yo apagué la luz y volví á mi cuarto.

Los dos días siguientes, Brunton cumplió sus obligaciones como nunca, excediéndose en su habitual laboriosidad. Yo estaba profundamente intrigado

por lo que había resuelto; pero á pesar de ello, no le hice la menor alusión del incidente. Al tercer día, Brunton no vino, según costumbre, á recibir órdenes. Al salir yo del comedor, después del desayuno, me encontré en el pasillo con Raquel Howells. Me pareció más pálida y más débil que nunca y la regañé suavemente por no cuidarse.

—Debíais guardar cama—dijo,—y ya cuando os encontrárais un poco más fuerte volveríais al trabajo.

Se me quedó mirando con una expresión tan extraña que temí hubiera perdido la razón.

—Ya estoy bastante bien, señor.

—Bueno, bueno, ya veremos lo que dice el médico. Por ahora no os ocupéis de nada, y si encontráis á Brunton decidle que suba á mi cuarto.

—El mayordomo no está en casa, señor.

—¡Cómo! ¿Pues dónde está?

—No se sabe. Nadie le ha visto salir... Ha marchado, ha marchado; sí, ha marchado...

Rompió á reír con una risa convulsiva, y su cabeza rebotó sobre la pared al buscar apoyo para no caer al suelo. Me abalancé al cordón de la campanilla, pidiendo auxilio. Vino gente, y sujetándola entre varios, lograron llevarla á su cuarto y acostarla. Largo rato se extendieron por los corredores y los cuartos sus gritos y sus risas. Mientras tanto, procuré enterarme del paradero de Brunton. Nadie le había visto salir. Su lecho estaba intacto. La última vez que le vieron fué la noche anterior, cuan-

do subía á acostarse. Por la mañana ya no estaba, y sin embargo, las puertas y las ventanas permanecían herméticamente cerradas. Las ropas, el reloj y hasta el dinero estaban en el cuarto. No faltaban más que el frac negro que llevaba durante el día y las zapatillas.

Registramos toda la casa y las cercanías, sin hallar rastro alguno. Creo haberos dicho que Urlestone es un verdadero laberinto, sobre todo, la parte antigua que no habita nadie; por lo tanto, lo recorrimos cuidadosamente hasta los desvanes, hasta las cuevas. Nada. Realmente era muy extraño que hubiese partido, dejando todo cuanto poseía. Pero de no ser así, ¿dónde diablos podía estar? Dí parte á la policía y empezaron de nuevo las pesquisas con igual resultado que antes. Y así hubiéramos seguido á no ocurrir un accidente que nos hizo olvidar en parte la desaparición del mayordomo.

Durante dos días tuvo Raquel tales ataques de nervios y tales delirios, que hubo que ponerla enfermera. La tercera noche, después de la desaparición de Brunton, viendo la enfermera que Raquel reposaba tranquilamente, se sentó en un sillón, y poco á poco el sueño la fué venciendo. A la madrugada despertó, ¡y cuál no sería su asombro al ver el lecho vacío, la ventana abierta y que Raquel había desaparecido!... Me despertaron inmediatamente, y acompañado de dos lacayos seguí las huellas de la fugitiva, cosa no muy difícil, porque al pie de la ventana se veían claros y distintos los pasos de la

doncella. Guiados por ellos salimos del jardín, y llenos de dolor nos detuvimos al borde del lago.

Allí cesaban las huellas. Inmediatamente se nos ocurrió dragar en los ocho pies de profundidad que tiene el lago. Pero no encontramos más que una cosa inesperada. Los garfios extrajeron un saco dentro del cual se hallaron varios trozos de roñoso metal y algunos guijarros y cristales rotos.

Desde entonces no hemos vuelto á saber nada de Raquel Howells ni de Ricardo Brunton. La policía está desorientada, y yo, más desorientado aún, he determinado acudir á vos para que ayudéis á resolver este misterio.

Comprenderéis, amigo Watson, con qué interés escuché el relato de Murgrave y la serie de conjeturas que hice mientras hablaba. Cuando terminó ya tenía yo sentados los hechos siguientes: Brunton había desaparecido; Raquel también. Ambos tuvieron relaciones, y en ella el odio debió sustituir al amor. Raquel manifestó una agitación extrema después de la desaparición del mayordomo. Raquel arrojó al lago un saco lleno de objetos extraños. Ahora bien: ¿cuáles eran las causas de estos hechos? Y recordando de pronto el punto inicial, le dije á Musgrave:

—Necesito ver el documento ese que estudiaba Brunton en la biblioteca cuando lo sorprendisteis.

—Ese ritual—contestó—no es más que una serie de tonterías, disculpables únicamente por su antigüedad. Aquí traigo una copia de él.

Y me alargó este papel que véis, querido Watson, y que contiene las preguntas y respuestas á que deben someterse los Musgrave cuando cumplan la mayor edad. Oid:

P.—¿A quién pertenece?

R.—Al que marchó.

P.—¿A quién pertenecerá?

R.—Al que venga.

P.—¿En qué mes fué?

R.—En el sexto después del primero.

P.—¿Dónde estaba el sol?

R.—Sobre el roble.

P.—¿Dónde estaba la sombra?

R.—Sobre el olmo.

P.—¿Cómo lo mediríais?

R.—Diez y diez hacia el Norte, cinco y cinco hacia el Este, dos y dos hacia el Sur, uno y uno hacia el Oeste y por debajo.

P.—¿Qué daríais por ello?

R.—Todo lo que nos pertenece.

P.—¿Por qué?

R.—Porque nos ha sido confiado.

El original no tiene fecha; pero á juzgar por su ortografía debe ser de mediados del siglo XVII—observó Musgrave.—Temo que no sirva para resolver el problema.

—De todos modos—contesté—esto nos presenta otro misterio mucho más interesante que el anterior. Y hasta me parece que aquí está la clave de todo.

—No comprendo—murmuró mi amigo—yo creo que eso no tiene importancia alguna.

—Yo, en cambio lo considero de una importancia capital y estoy seguro de que Brunton opinaba lo mismo que yo. Indudablemente, cuando lo sorprendisteis, no era la primera vez que leía el Ritual.

—Es posible. Nunca lo tuvimos oculto, ni creímos que debiera ser un secreto.

—Me parece haberos oído decir que el mayordomo comparaba el manuscrito con un plano que guardó en el bolsillo cuando lo sorprendisteis, ¿no es eso?

—Eso es. Pero, ¿para qué le iba á servir esta majadería?

—Creo que lo sabremos muy pronto. Si os parece bien, debemos salir inmediatamente para Sunex y ya sobre el terreno os podré contestar con mayor claridad.

Aquel mismo día llegamos á Urlestone. Como ya debéis conocer esta antigua casa por las descripciones y reproducciones que se han hecho de ella, sólo os diré que forma una especie de L. El ala más larga es la más reciente; la corta forma la parte antigua. Sobre una de las puertas está grabada la fecha 1607, pero los inteligentes aseguran que la construcción del edificio debe ser de una época mucho más antigua. El gran espesor de los muros, la exigüidad de las ventanas obligaran en el siglo anterior á la familia Musgrave á construir un nuevo

edificio y dejar al viejo como guardamuebles y como desván.

Un soberbio jardín de añosos árboles rodea la casa y á doscientos metros de ella está situado el lago.

Yo estaba segurísimo, querido Watson, de que no había en este asunto tres misterios distintos, sino un solo y único problema, y que si acertaba á descifrar el Ritual de los Musgrave, tendría en seguida la clave del enigma, y sabrían donde estaban Brunton y Raquel Howells. Indudablemente, si el mayordomo se entregó con tanto afán al estudio de ese documento, debió ser porque su claro talento le hicieron ver algo que pasó inadvertido á varias generaciones de Musgraves, campesinos é ignorantes, y porque pensaría obtener alguna ventaja de aquel descubrimiento.

Releyendo el manuscrito comprendí que aquellas indicaciones de lugares y aquellas medidas debían referirse á un punto determinado, en el cual había —según las últimas preguntas y respuestas,—algo muy importante, puesto que los Musgrave lo ocultan con tan extraordinarias precauciones.

Teníamos dos puntos de partida: un roble y un olmo. El roble se veía bien claramente á la izquierda de la casa. Era el más viejo de todos los demás árboles y uno de los más hermosos que he visto en mi vida.

—¿Existía este árbol cuando se redactó el ritual?

—pregunté á mi amigo.

—Probablemente debía existir ya en la época nor-

manda—contestó.—Tiene veintitrés pies de circunferencia.

—¿Y olmos? ¿Tenéis olmos también?—pregunté lleno de ansiedad.

—Había uno viejísimo allá abajo. Pero hará unos doce años lo partió un rayo, y mi padre lo mandó derribar.

—¿Podrías indicarme el sitio donde estuvo?

—Ya lo creo.

—¿Y no hay más olmos en la posesión?

—Tan viejos como aquél, ninguno. Lo que más abundan son hayas.

—¿Queréis que vayamos á ver el sitio donde estuvo el olmo?

Reinaldo Musgrave no me contestó, y tirando de las riendas dirigió el *tilbury* hacia el lugar indicado. Era sobre poco más ó menos la mitad del espacio que había entre el roble y la casa.

—¿Y ahora ya no nos será posible saber la altura que tenía este olmo, ¿verdad?

—Sesenta y cuatro pies.

—¿Cómo lo sabéis con esa certeza?—pregunté asombrado.

—Cuando mi antiguo preceptor me planteaba algún problema de trigonometría, casi siempre se referían á calcular alguna altura; así es que en poco tiempo supe las de todos los árboles y las casas de Urlestone.

Esta revelación tuvo incalculable valor para mí. Los hechos me iban dando poco á poco la razón.

—¿Y vuestro mayordomo, no os hizo nunca esta misma pregunta?

Mi amigo me miró asombrado.

—Ahora que lo decís, recuerdo que, efectivamente, Brunton me preguntó hace tres meses la altura de ese árbol, á raíz de una discusión con el *groom*.

Comprenderéis, amigo Watson, que después de esta contestación desaparecieron todas mis dudas, si alguna me podía quedar; estaba sobre la verdadera pista. Miré hacia el sol y calculé que, pasada una hora estaría sobre la copa del roble, y de este modo se llenaría una de las condiciones del ritual. La sombra del olmo debía ser, según mi criterio, el lugar donde la línea de sombra se detenía en el momento en que el sol rasaba la copa del roble. Ahora bien; esta era la parte más difícil, puesto que el olmo había desaparecido. Sin embargo, puesto que Brunton, dió con la solución, yo, que no me creía inferior á él, también sabría encontrarla.

Entramos en el despacho de Musgrave y aproveché la hora que faltaba para que el sol estuviera en el punto marcado, atando á este pedazo de madera esta cuerda, cuyos nudos marcan entre sí la distancia de un metro. Luego cogí dos cañas de pesca y uniéndolas fuertemente por los extremos, logré una altura exacta de seis pies. En seguida le rogué á mi amigo que volviéramos al sitio donde estaba el olmo.

Empezaba á florecer el oro del sol en la copa del roble. Hundí la caña en el suelo y medí la sombra proyectada. Tenía nueve pies.

El resto era muy sencillo. Bastaba establecer una proporción. Si una caña de seis pies proyectaba una sombra de nueve pies, un árbol de 64 proyectaría una sombra de 96. Medí, pues, 96 pies siguiendo la dirección de la sombra, y al llegar al último, clavé una estaca, notando con gran alegría que la tierra había sido removida recientemente. Estábamos sobre la pista de Brunton. Hecho esto, y con la brújula de bolsillo en la mano, conté diez pasos hacia el Norte, luego cinco pasos hacia el Sur, luego dos menos hacia el Oeste... y me encontré en uno de los soportales.

Nunca me he sentido tan contrariado como en aquel momento. Al principio creí que me había equivocado en los cálculos; pero repitiéndolos, me convencí de lo contrario. Si no mentía el ritual, allí, en aquellas piedras, estaba la clave del enigma. La última lumbrada del sol, que caía de lleno sobre el suelo, no mostraba la menor juntura. Dí una patada y el sonido fué macizo, seco. De pronto, Musgrave, que había sacado el documento para comprobar la certeza de mis cálculos, dió un grito.

—¿Y por debajo? Mirad, Holmes, os habéis olvidado de estas tres palabras: «Y por debajo».

Me dí una palmada en la frente, y con voz temblona, llena de ansiedad, pregunté:

—¿Hay alguna cueva aquí debajo de nosotros?

—Sí, y tan antigua como la casa. Venid; por aquí.

Bajamos una escalera de caracol. Y á la luz de una linterna que sostenía Musgrave con el brazo en

alto, vimos que no éramos los primeros que entraban en aquel sitio.

Aquella cueva se utilizaba como almacén de leña; pero los maderos que ordinariamente se extendían sin orden ni concierto habían sido apilados junto á las paredes dejando un espacio libre en el centro. En este espacio había una losa ancha con una argolla orinienta, á la cual estaba arrollada una bufanda de cuadros.

A ruego mío vinieron dos policías como testigos y entre los tres logramos levantar la piedra, valiéndonos de la bufanda.

Ante nosotros apareció un agujero negro, en el cual hundimos ansiosamente las miradas, mientras Musgrave, arrodillado en el borde, procuraba verter la luz de la linterna en aquella especie de pozo.

Al cabo de un rato, acostumbrada ya la vista, distinguimos una habitación no muy grande y una caja arrimada contra la pared. Era un cofre de madera, forrado de cobre y con la tapa levantada.— Esa llave tan roñosa es la que había en la cerradura.— Todo ello estaba cubierto de moho y los gusanos habían roído la madera por distintos sitios y unos hongos erguían sus cabezas redondas y carnosas. En el fondo del cofre no se veían más que unos pedazos de metal que parecían monedas.

Pero lo que atrajo en seguida nuestras miradas fué un cuerpo humano, encogido junto al cofre. La cabeza, que una violenta congestión deformó por completo, yacía sobre el borde, y los brazos se le-

vantaban para clavar las manos en la tapa musgosa.

Todos reconocimos al mayordomo Ricardo Brunton. Cuando lo sacamos de allí y se le reconoció, vimos que había muerto hacia ya bastante tiempo; pero sin que ninguna herida ni contusión nos indicara el género de muerte. Confieso, amigo Watson, que después del descubrimiento quedé más intrigado que nunca. Había descubierto el secreto del ritual; había encontrado el cadáver del mayordomo; pero ¿quién era el asesino y qué papel jugaba en el drama la doncella Howells? Y sentándome en un tonel procuré aislarme de todo y quedar á solas conmigo mismo. Ya conocéis mi sistema. Cuando me encuentro en un caso de éstos, intento perder mi personalidad y tomar las de las personas que han intervenido directamente en los sucesos, y analizo cómo obraría siendo de igual modo que ellos y encontrándome en iguales circunstancias. Así hice en aquella ocasión. Brunton había sorprendido el secreto de un tesoro, y siguiendo las indicaciones marcadas en el ritual, llegó hasta la cueva. Ahora bien; la losa aquella era demasiado pesada para que la pudiera levantar un hombre solo. Debió tener un momento de vacilación. ¿A quién pedir ayuda sin peligro de ser descubierto? Entonces pensó en Raquel, la cual estuvo bastante enamorada, y como todo hombre, por muchos disgustos que haya causado á una mujer, no cree que ésta deje de quererle, debió hacer las paces con ella. Cuando llegó la noche descendieron á la cueva, y entre los dos levantaron la losa. ¿De qué

medios se valieron? Para saberlo examiné cuidadosamente los leños esparcidos alrededor; uno de ellos, de cerca de tres pies de largo, tenía una profunda hendidura en la punta, y algunos otros presentaban señales de haber soportado un enorme peso. Indudablemente fueron introduciéndolos á modo de cuña, conforme levantaban la piedra, hasta dejar un espacio para pasar.

Ya no me quedaba más que reconstituir el drama. Brunton fué el único que bajó y le entregó el contenido del cofre á Raquel, que esperaba junto al orificio.

Algo muy trágico debió suceder entonces. En el alma de la joven surgieron los desdenes pasados, la amargura de aquel desamor, y apareció la venganza. Brunton—que indudablemente abusó de ella—estaba en su poder. No tenía más que retirar uno de los leños y la losa volvería á su posición natural, enterrando al mayordomo. También podía creerse que únicamente la casualidad fuera la causa del crimen. Sin embargo, recordando el rostro espantado de Raquel y los ataques de histerismo que le obligaron á guardar cama, me ratifiqué en la primera hipótesis. Por último, y esto demostraba una vez más la culpabilidad de la doncella, los objetos encontrados en el saco del estanque constituían, indudablemente, el contenido del cofre.

De pronto, Musgrave me arrancó de mi abstracción.

—Estas monedas tienen la efigie de Carlos I—dijo

enseñándome una de ellas.—Ya véis que no me había equivocado atribuyendo esa fecha al documento.

—¡Ah! Pues entonces me parece que vamos á encontrar otra cosa de la misma época.

Y saliendo de la cueva subimos al despacho y volvimos á examinar los objetos encontrados en el estanque. Cogiendo uno de ellos lo froté fuertemente contra las mangas y brilló intensamente.

—Recordaréis—dije á Musgrave—que el partido realista subsistió en Inglaterra aun después de la muerte del rey, y que al huir los miembros de este partido dejaron muchos objetos preciosos con objeto de volver á recogerlos cuando vinieran otros tiempos mejores.

Mi amigo asintió.

—Sí, un antepasado mío, sir Ralph Musgrave, fué uno de los más adictos caballeros de Carlos II.

—Perfectamente—contesté.—Ya está aclarado todo.

Y tomando una entonación solemne, añadió:

—Querido Musgrave: tengo el honor de felicitaros por haber entrado en posesión de una reliquia que, si bien no tiene un gran valor intrínseco, es inapreciable desde el punto de vista artístico.

—¿Qué queréis decir?—exclamó mi amigo lleno de asombro.

Yo, entonces, repuse entregándole el pedazo de hierro oriniento:

—Aquí tenéis la antigua corona de los reyes de Inglaterra.

—¿La corona?

—Sí; mirad el ritual: «¿A quién pertenece?—Al que marchó».—Esto se escribió después de la ejecución de Carlos I. Luego dice: «¿A quién pertenecerá?—Al que venga».—Indudablemente, esta segunda parte se refiere á Carlos II. Ya véis que tengo razón afirmando que, en tiempos lejanos, esta diadema, que hoy parece de hierro, brilló con reflejos áureos sobre la frente real de los Stuardos.

—¿Y cómo estaba en el fondo del estanque?

—Voy á explicároslo.

Y empecé á desarrollar la larga serie de deducciones que hice en la cueva. La luna vertía su luz plata sobre los campos, y mi silencio augusto se ensanchaba en torno nuestro cuando dije la última palabra.

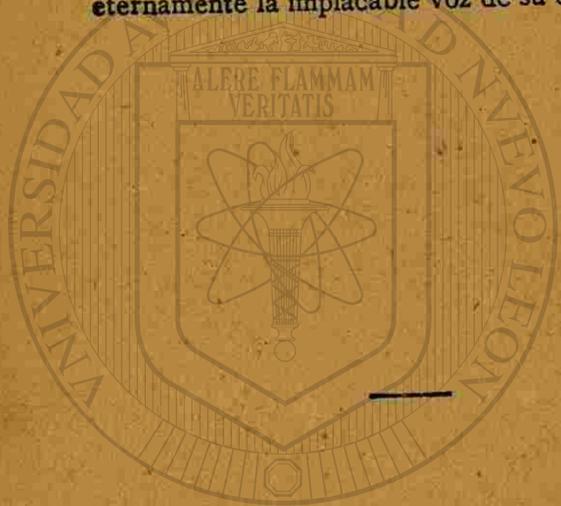
—Entonces, ¿cómo no recobró Carlos II la corona cuando volvió á Inglaterra?

—Tal vez eso es lo único que no sabremos nunca. Probablemente el antepasado vuestro, que conocía este secreto, se olvidó de dar la solución del documento que facilitaría el hallazgo á sus descendientes. Desde entonces, el ritual fué transmitido de padres á hijos, hasta dar en manos de un hombre capaz de descubrir el tesoro, comprándolo con su vida.

Tal es, Watson, la historia del Ritual de los Musgrave. La famosa corona se conserva en Urlestone; pero la justicia se mezcló en el asunto, y los Musgrave han tenido que pagar una fuerte suma para poseer esta corona.

EL RITUAL DE LOS MUSGRAVE

En cuanto á la mujer, no se ha vuelto á oír hablar de ella. Seguramente logró salir de Inglaterra y refugiarse en algún país lejano, donde vivirá oyendo eternamente la implacable voz de su conciencia.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EL "GLORIA SCOTT,"

Una tarde de invierno estábamos sentados junto al fuego Sherlock Holmes y yo. Mi amigo se entretenía revolviendo y hojeando papelotes. Yo fumaba silenciosamente.

—Aquí hay, amigo Watson—dijo de pronto,— algo que os interesará. Son los documentos referentes al *Gloria Scott*, cuya historia prometí contaros cuando hablamos del Ritual de los Musgrave, ¿os acordáis? Aquí tenéis la carta que ocasionó la congestión del juez de paz Trevor.

Y mientras hablaba sacó de un estuche, roído por el orín, un medio pliego de papel gris, sobre el cual estaban escritas con lápiz las líneas siguientes: «Acabó nuestro depósito de caza para la risa. Ahora el guardabosque Hudson ha recibido y dicho en su telegrama: *Todo y salvad el faisán hembra, vuestro favorito, el de la cabeza moñuda.*»

Yo levanté la cabeza lleno de asombro. Holmes sonreía irónicamente.

—Parece que os ha llamado la atención esta cartita.

Me encogí de hombros.

—Como que no comprendo por qué causó la impresión que decís. Yo no veo más que unos cuantos párrafos incoherentes...

—Estoy conforme. Pero también es innegable que, leyendo esos párrafos, un viejo sano y fuerte cayó al suelo como herido de un mazazo en el cráneo.

—¡Ah! Entonces debe ser muy interesante la historia.

—Algo. Fué la primera en que trabajé seriamente. La ocasión deseada hacía tanto tiempo llegó por fin. Muchas veces rogué á Sherlock que me contara, sin conseguirlo, los comienzos de su carrera de *detective*. Y hoy, sin yo pedirselo, mi amigo se arrellanó en el sillón, encendió la pipa y, con la mirada fija en las ondas humosas, empezó á hablar.

—No creo que me hayáis oído hablar nunca de Víctor Trevor. Y, sin embargo, éste fué el único amigo íntimo que tuve durante mis dos años de colegio. Ya sabéis, Watson, que yo he sido toda mi vida algo refractario á la sociedad y hallé siempre más encanto en soñar á solas que en hablar en compañía. Pues bien; ya en el colegio empezaron á manifestarse estas manías. Aparte del boxeo y de la esgrima, mis estudios y mis aficiones no tenían nada de común con los de mis compañeros. Sólo Trevor, según os dije antes, llegó á ser mi amigo, mi verdadero amigo.

El principio de nuestras relaciones no pudo ser más vulgar ni más molesto. Una mañana, al dirigir-

me á la capilla, el *bull-terrier* de Trevor se lanzó sobre mí é hizo presa en una de las piernas. Caí enfermo y no tuve más remedio que guardar cama durante diez días. Al principio, Trevor no me hacía más que visitas cortas para enterarse del estado de mi salud y cruzábamos algunas palabras vulgares y corteses. Pero poco á poco fueron menudeando y alargándose, y al llegar las vacaciones éramos los mejores amigos del mundo. Trevor era un mozo sanguíneo y fuerte, lleno de entusiasmo y de energía. Hablaba á gritos y reía frecuentemente; era, en una palabra, la antítesis de mi modo de ser. Quizás por esto simpatizamos, y cuando me invitó á pasar una temporada en Donnithorpe, en casa de su padre, acepté muy gustoso.

El Sr. Trevor era un hombre rico, que á fuerza de honradez y de rectitud había logrado el puesto de juez de paz en aquel pueblo, donde todos le consideraban y le bendecían. Vivía en una casa antigua de ladrillo, á la cual se llegaba por un hermoso camino de tilos. Caza y pesca abundante en las cercanías. Una biblioteca no muy considerable, pero bien escogida, seguramente por el anterior propietario. Como comprenderéis, era un sitio agradable y encantador para pasar dos meses alejado de la ciudad y olvidado de sus infamias y ajetreos.

El Sr. Trevor quedó viudo con dos hijos, Víctor y una muchacha, que á los pocos meses murió de la difteria en Birmingham. Dotado de una gran energía física y moral había suplido ventajosamente su

falta de cultura con la experiencia adquirida en sus viajes por tierras lejanas, donde hay que luchar cara á cara con la vida. Era alto y rudo, la cabellera gris y rebelde, los ojos azules, de un azul frío y hostil, y sin embargo, Trevor tenía fama en la contornada de ser un hombre bondadoso y caritativo, lleno de indulgencia para los errores de los demás.

Una noche, después de cenar, mientras saboreaba una copa de Oporto, empezó Víctor á ensalzar mis manías deductivas y observadoras, que ya en aquella época estaban profundamente arraigadas en mí, aunque ignoraba que llegarían á constituir la única ocupación de mi vida. Indudablemente el viejo creyó que su hijo exageraba algo y me dijo con acento algo bonachón y algo irónico.

—¡Hombrel! A ver, Sr. Holmes, si acertáis algo de mi vida pasada.

—Por de pronto—contesté—y aunque no estoy muy seguro de ello, me parece que desde hace un año teméis una agresión.

Trevor palideció y se me quedó mirando lleno de asombro.

—Habéis acertado. ¿Recordáis, Víctor—continuó volviéndose hacia su hijo—aquellos bandoleros del año pasado? Recordaréis que nos sentenciaron á muerte y que yo, desde entonces tomé mis precauciones, no me fuera á suceder lo que al pobre Eduardo Hobny. ¿Pero cómo demonios habéis podido descubrir eso, Sr. Holmes?

—Muy sencillo—repuse.—Castáis un bastón muy

fuerte y casi nuevo; además le quitásteis el puño que tenía antes y le habéis puesto una bola de plomo. Por todas estas observaciones he deducido que desde hace algún tiempo temíais una agresión.

—Está muy bien. ¿Y qué más?—continuó sonriendo.

—Habéis boxeado mucho cuando joven.

—En efecto. Pero me parece que no me falta ningún ojo ni tengo la nariz rota para que...

—No hacen falta esas señales. Basta con observar que vuestras ojeras son aplastadas y gruesas como las de todos los boxeadores.

—¿Y qué más?

—A juzgar por las callosidades de las manos, habéis manejado bastante la piqueta y la pala.

—Sí. Hice toda mi fortuna en las minas de oro.

—Habéis estado en Nueva Zelanda.

—Es verdad.

—Habéis estado en el Japón.

—Verdad también.

—Y habéis tratado con muchísima intimidación á una persona cuyas iniciales eran J. A., y á la cual procurásteis olvidar luego por todos los medios posibles.

El Sr. Trevor se levantó lentamente, mirándome, clavándome la mirada de sus ojos azules. Luego cayó de bruces sobre el mantel.

—Ya comprenderéis, Watson, qué impresión nos causaría esta escena á su hijo y á mí. Por fortuna, el desmayo no fué largo. Le desabrochamos el cue-

llo de la camisa, le rociamos el rostro con agua, y al poco rato el padre de Victor volvía en sí...

—¡Cuánto siento, hijos míos—dijo con un suspiro hondo y doloroso,—cuánto siento haberos dado este mal rato! A pesar de mis apariencias de robustez, empiezo á padecer del corazón y cualquier cosa me trastorna. ¿Sabéis, querido Holmes, que al lado vuestro los detectives más hábiles no son más que niños de teta? Creedme, amigo Holmes; yo creo que debéis seguir esa carrera, pues indudablemente os esperan muchos y beneficiosos triunfos.

Quizá estas palabras fueran el primer rayo de luz que me señaló mi futuro destino y las que me hicieron ver que lo que empezó siendo un entretenimiento podía ser una profesión. No obstante, en aquellos momentos estaba demasiado aturdido para pensar en nada, y lleno de ansiedad murmuré:

—Sentiría mucho, Sr. Trevor, haberos dicho algo que os molestara.

—¡Caramba! Realmente habéis tocado una cuerda bastante sensible... Pero ya pasó. ¿Queréis decirme ahora en qué indicios os habéis apoyado para adivinar todo eso?

Hablaba fingiendo un tono burlón y despreocupado muy poco en armonía con la expresión temerosa y asustada de sus pupilas azules.

—¡Bah! Es tan sencillo como lo anterior. ¿Os acordáis de la partida de pesca que organizamos hace unos días? Recuerdo que para pescar os remangasteis las mangas de la camisa, y entonces ví en el

brazo izquierdo tatuadas las letras J. A. Como están un poco borrosas y el color de la piel próxima al tatuaje tiene distinto color que en el resto del brazo, comprendí que habíais intentado varias veces borrar aquellas letras, y que, por lo tanto, que procurábais olvidar un nombre que os fué muy querido en otros tiempos.

El Sr. Trevor lanzó un suspiro y dijo sonriendo:

—¡No he visto una cosa semejante!... Pero la verdad, no tengo deseos de que continuéis adivinando; no hablemos más de ello. Siempre es muy doloroso evocar los años que fueron y recibir añejas sensaciones. ¿Vamos al billar? Fumaremos plácidamente un cigarro.

A partir de aquel día, observé que, á pesar de su forzada atención y solicitud, no podía disimular el juez cierto recelo y cierto malestar en mi presencia. Su hijo también lo notó, y entre los tres se estableció una corriente de reserva y huyeron los días felices, libres de cuidados y preocupaciones. Entonces decidí abandonar Donnithorpe.

La víspera de mi marcha ocurrió un acontecimiento que acarreó otros muchos más graves y terribles.

Estábamos sentados sobre el césped, gozando del buen sol y del hermoso paisaje de los Broads, cuando llegó un criado diciendo que un hombre deseaba hablar con el Sr. Trevor.

—¿Ha dicho su nombre?—preguntó el juez.

—No ha querido decirlo.

—¿Y qué desea?

—Dice que es un antiguo conocido vuestro y que no quiere más que deciros unas palabras.

—Está bien. Decidle que venga.

Un momento después se presentó un hombrecillo, cuyos modales zafios y groseros me chocaron desde el primer momento. Llevaba una blusa llena de manchas de brea, una camisa de cuadros rojos y negros, pantalón mugriento y unas botas muy traídas y llevadas. Su rostro, escuálido y curtido por el sol, carecía de franqueza; una sonrisa cruel dejaba ver los dientes desiguales y amarillentos, y las manos, de dedos cortos y nudosos, decían claramente que aquel hombre era un marino, por la costumbre de llevarlas medio cerradas. Al verle aparecer á lo lejos, el Sr. Trevor dió un salto y corrió hacia la casa. Cuando volvió despedía intenso olor de aguardiente.

—¿Qué deseáis, buen hombre?—dijo con voz alterada.

El marinero tardó un rato en contestar. Luego, y siempre con la sonrisa cruel y cínica entre los labios, contestó con otra pregunta.

—¿Qué? ¿Ya no os acordáis de mí?

El Sr. Trevor le miró fijamente, y con súbito asombro repuso:

—¡Calla! ¿Sois vos, Hudson?

—Sí, señor. Veo que tenéis buena memoria. Y eso que hace más de treinta años que no nos veíamos... Observo que gozáis de una posición envidiable, mientras yo ando por ahí en...

—Ya veréis como no me olvido del pasado—interrumpió el Sr. Trevor.

Inclinándose sobre el marinero le dijo algunas palabras al oído. Luego, levantando la voz, añadió:

—Id á la cocina y os servirán de comer. Mientras tanto procuraré encontraros una colocación.

—Muchas gracias—contestó el marinero con su eterna sonrisa.—Precisamente he hecho una larga travesía y necesito descansar algún tiempo. Estaba seguro de que me acogerían con mucho gusto aquí ó en casa del Sr. Beddoes.

—¡Ah! ¿Sabéis donde vive Beddoes?

—Ya lo creo. Conozco perfectamente el paradero de todos mis antiguos amigos. Con vuestro permiso.

Y sonriendo siempre se inclinó ante nosotros y siguió al criado encargado de conducirle hasta la cocina.

El Sr. Trevor nos explicó en pocas palabras que aquél hombre fué compañero suyo en las minas. Al poco rato se levantó, y lentamente, con la cabeza inclinada sobre el pecho, se dirigió hacia la casa. Una hora más tarde lo encontramos completamente borracho sobre el sofá del comedor. Como comprenderéis, este suceso me causó mala impresión y cuando partí al día siguiente, me pareció más hermoso el campo, más alegre el sol, más amable la vida.

Volví directamente á Londres, y durante mes y medio me consagré por completo á mis estudios y experiencias de química orgánica. Un día, mediado

ya el otoño, recibí un telegrama de mi amigo Victor, rogándome que fuera inmediatamente á Donnithorpe, porque necesitaba con toda urgencia mi ayuda y consejos. Dejé todo y aquella misma tarde salí de Londres.

Victor Trevor me esperaba en la estación; en cuanto le vi, comprendí que debía de haber sufrido mucho durante mi ausencia. Aquella fogosidad y aquel entusiasmo de los días escolares habían desaparecido, y en vez del compañero siempre dispuesto á la broma, hallé un hombre melancólico y flaco que hablaba con palabras breves y precisas.

Al verme se dejó caer en mis brazos diciendo:

—Mi padre se está muriendo.

—¿Es posible?—exclamé.—¿Qué tiene?

—No sé... Congestión... los nervios... Tal vez cuando lleguemos á casa lo encontremos muerto.

—¿Pero qué le ha pasado?—pregunté lleno de asombro.

—Eso es lo que no sé. Pero subamos al coche. Por el camino hablaremos.

Salimos de la estación; y ya dentro del carruaje, atravesando los caminos dorados por el sol otoñal, Victor continuó:

—¿Os acordáis de aquel individuo que vino la víspera de vuestra marcha.

—Sí.

—Pues bien; ¡aquel hombre era el demonio, querido Holmes, el demonio!

Yo le miré estupefacto.

—Desde su llegada no volvimos á tener una hora, una sola hora de tranquilidad. Mi padre no volvió á levantar cabeza, y, por último, ahora le va á costar la vida, y muere con el corazón roto y el alma detrozada... ¡Todo por ese maldito Hudson!...

—Pero... ¿qué poder podía tener sobre vuestro padre un hombre de esa especie?

—Eso es lo que no me puedo explicar. ¿Por qué mi padre, que era tan bueno, tan noble, tan generoso, se dejaba dominar por un bandido? En vos confío, Holmes, sólo vos podéis descifrar este enigma.

Hubo una pausa. Hasta nosotros llegaban claras y sonoras las pisadas del caballo sobre la carretera, y á través de los cristales ví en la lejanía las altas chimeneas de la casa de los Trevor. Al poco rato, mi amigo continuó:

—Mi padre empleó á Hudson como jardinero; luego como este trabajo no era de su gusto, ascendió á mayordomo, y al poco tiempo era el dueño de nuestra casa y nada se hacía sin su consentimiento. Como se quejaban las criadas de sus borracheras y de su comportamiento sobrado grosero, mi padre las aumentó la soldada para indemnizarlas de aquellas molestias. Hudson se apoderó de la lancha y del fusil de mi padre, y durante días enteros se dedicaba á cazar y á pescar sin cuidarse de nada ni respetar nada, y todo esto, con tal insolencia, con tales sonrisas de ironía, que muchas veces tuve que contenerme para dejarme caer sobre él y patearlo con todas mis fuerzas.

Pero un día ya no pude más, y á raíz de un altercado que tuvo con mi padre delante de mí, lo cogí por los hombros y lo eché del cuarto. Se puso livido, y desde la puerta me miró con una de esas miradas que no se olvidan nunca. Ignoro lo que pasaría luego entre él y mi padre; pero á la mañana siguiente vino éste á rogarme que le pidiera perdón al mayordomo. Me negué rotundamente, reprochándole que consintiera tales desvergüenzas y altanerías á un criado.

—¡Ay, hijo mío!—me contestó.—¡Cómo se conoce que no comprendes mi situación! Pero llegará un día en que lo sepas todo, y entonces compadecerás profundamente á tu pobre padre.

Y diciendo estas palabras, salió de mi cuarto para encerrarse en el suyo. No salió en todo el día, y por la noche, cuando nos reunimos en el comedor, creí que había vuelto la época de tranquilidad, pues Hudson nos anunció que estaba dispuesto á dejar la casa.

—Estoy cansado de Norfolk—dijo con ironía.—Ahora voy á pasar otra temporadita en el Hampshire, en compañía de nuestro amigo el Sr. Beddoes.

—¿Espero, querido Hudson—murmuró mi padre con tal humildad que me enfureció—que no nos guardaréis rencor alguno?

El mayordomo se volvió hacia mí, y mirándome de pies á cabeza, dijo:

—No he recibido las excusas de vuestro hijo.

—Victor—suplicó mi padre;—confesad que habéis estado un poco duro con este buen hombre.

Aquella humillación me puso fuera de mí.

—Al contrario—contesté.—Creo que tanto vos como yo, hemos tenido demasiada paciencia con este... hombre.

—¿Ah, sí? Está bien, patrón. Ya nos veremos.

Salió del cuarto contoneándose y sonriendo con su eterna sonrisa. Aquella misma noche dejó nuestra casa, y desde entonces mi pobre padre no sabe lo que es reposo, ni días tranquilos, ni duerme una sola noche. Y cuando parecía que iba olvidando lo pasado...

—¿Qué pasó?—interrumpí sin poder contenerme...

—Recibió una carta fechada en Fordingbridge que debía contener algo muy terrible á juzgar por el efecto que ha causado. No hizo mi padre más que leerla, y llevándose las manos á la cabeza empezó á correr y á gritar como un loco. Cuando logré sujetarlo y sentarlo en el sofá, ví que tenía la boca contraída, los ojos fuera de las órbitas y todo él tan convulso que hice llamar inmediatamente á nuestro doctor, el Sr. Fordham. Lo acostamos, sobrevino la parálisis y mucho temo que ya no le encontremos con vida.

—¡Pero eso es horrible, Trevor!—exclamé.—¿Qué decía esa carta?

—Nada. Eso es lo verdaderamente inexplicable. La carta no puede ser más absurda. Figuráos que... ¡Dios mío! ¡Ya sucedió lo que yo temía!...

Seguí la dirección de su mirada y ví que las ven-

tanás de la casa ya próxima estaban herméticamente cerradas. Por el sendero principal un hombre vestido de negro corrió hacia nosotros.

—¿A qué hora ha sido, doctor?—rugió mi amigo saltando á tierra.

—Al poco rato de marcharos.

—¿Recobró el conocimiento?

—Sí; un momento antes de morir.

—¿Y dijo algo?

—No ha dicho más que en la mesa del salón japones quedaban los papeles.

Victor subió con el doctor á la cámara mortuoria y yo me quedé en el jardín para meditar sobre los acontecimientos. Me sentía lleno de una vaga y amarga melancolía, y por mi alma pasó el frío y la inquietud de un gran misterio. ¿Cuál había sido el pasado de Trevor, enigmático, que viajó por tierras de Oriente, fué minero y terminó de juez de paz? ¿Qué poder tenía sobre él Hudson, el hombre de la sonrisa cínica?

¿Por qué perdió el conocimiento al recordarle las iniciales que llevaba tatuadas en un brazo? ¿Por qué le había matado la lectura de aquella carta?

De pronto recordé que Fordingbridge está en el Hampshire y que el señor Beddoes, á quien iba á visitar el marinero, vivía en esta región. La carta debía ser, ó de Hudson, diciendo que el secreto de los dos hombres había sido descubierto, ó de Beddoes, y en este caso indicaba una complicidad entre él y el señor Trevor. Hasta aquí todo estaba perfecta-

mente claro. La afirmación de Victor de que la carta resultaba incoherente é incomprensible, demostraba que debía estar escrita valiéndose de un alfabeto misterioso ó utilizando una clave que sólo conocerían el remitente y el destinatario.

Estando en este punto de mis reflexiones, llegó una criada con una lámpara, y detrás de ella Victor Trevor con estos papeles que véis aquí sobre mis rodillas. Venía muy pálido, pero bastante tranquilo. Se sentó en frente de mí, puso la lámpara sobre la mesa y leyó en voz alta lo siguiente: «Acabó nuestro depósito de caza para la risa. Ahora el guarda bosque, Hudson, ha recibido y dicho en un telegrama: *Todo y salvad el faisán hembra, vuestro favorito el de la cabeza moñuda.*»

Me parece que mi cara, oyendo estas palabras, no debió reflejar menos asombro que la vuestra hace un momento. Volví á leerlas y releerlas, y me ratifiqué en mi idea de que aquellas palabras incoherentes tenían un sentido oculto. Pero este sentido no podía conocerse sin la clave. Sin embargo, no me desanimé y poco á poco fuí rasgando el velo. La palabra «Hudson» indicaba claramente el objeto de la carta y que ésta no era del marino, sino de Beddoes. Intenté leer al revés, pero «moñuda cabeza la de vuestro favorito» no decía nada. Procuré entonces leer suprimiendo, de cada dos palabras, una: «Acabó nuestro de caza la risa». Tampoco esto formaba sentido. De pronto, y sin saber cómo, todo lo ví claramente, y dando una palmada sobre la mesa

leí: «Acabó la risa. Hudson ha dicho todo. *Salvad vuestra cabeza.*»

Victor ocultó la cara entre las manos, diciendo:

—¡Dios mío, eso es peor que la muerte! Es el deshonor... Y que significan esas palabras de «guardabosque» y «faisán hembra».

—Aunque no tienen nada que ver con la carta, son bastante sugestivas y tal vez nos servirían para descubrir al autor de ella, si no le conociéramos ya. Él, indudablemente, empezó escribiendo: «Acabó... la... risa», etc... Y luego fué rellenando los huecos con las primeras palabras que se le ocurrieron. Y como éstas se refieren á la caza, es innegable que el autor de esta carta es un ferviente discípulo de San Humberto.

—Ahora recuerdo que, efectivamente, invitaba á mi pobre padre todos los años por el otoño para que fuera á cazar con él.

—Entonces ya no hay que dudar más. Beddoes es el autor de la carta. Ahora sólo falta saber qué clase de relaciones podían existir entre dos hombres ricos y respetables y ese granuja de Hudson.

—¡Ay, querido Holmes! Mucho me temo que haya un crimen por medio. Yo no tengo secretos para vos y voy á enseñaros la confesión que mi padre escribió el día de nuestra riña con Hudson. He hallado estos papeles donde dijo el doctor. Tomad y leedlos en voz alta, yo no he tenido el valor de hacerlo.

Cogí estos mismos papeles que veis ahora sobre

mis rodillas, querido Watson, y leí el título: «Notas acerca del viaje del *Gloria Scott*, desde su partida de Falmouth, el 8 de Octubre de 1855 hasta su pérdida el 6 de Noviembre, á 15°20 de latitud Norte y 25°14 de longitud Oeste». Luego hice una pausa y empecé á leer las notas que en forma de carta estaban escritas.

«Queridísimo hijo de mi alma:

»Ahora que estoy á punto de perder mi posición y caer en el deshonor que emponzoña estos últimos años de mi vida, me creo en la obligación de hablar sincera y lealmente, haciendo confesión general de mis faltas pasadas. ¡Bien sabe Dios que no lo hago por temor al castigo, ni á perder la consideración de los demás!... Mi mayor pena sería que vos, hijo mío, os avergonzárais y renegárais de vuestro padre. Por eso quiero ser yo el primero en hablar antes que otros lo hagan. No obstante si—lo que pido todos los días al Omnipotente—no se descubre nada y este papel cae en vuestras manos, yo os ruego por lo que consideréis como lo más sagrado, por la memoria de vuestra santa madre, que lo queméis antes de acabar la lectura y no volváis á acordaros más de ello. Ahora, si llega un día en que me denuncian y me arrojan de mi casa, ó que la muerte paralice mi lengua para siempre, entonces leedlo; habrá llegado la hora de hablar claro. Os juro que todo lo aquí escrito es la pura verdad. ¡El Señor tenga piedad de mí!

»Yo, querido hijo, no me llamo Trevor. Mi ver-

dadero nombre es Jacobo Armitage. Ahora comprenderéis el por qué de mi emoción cuando vuestro amigo habló de las iniciales que tengo en el brazo. Como Jacobo Armitage entré en una casa de banca de Londres, y como Jacobo Armitage fui condenado á la deportación por haber cometido una gravísima falta. Yo tenía una deuda de esas que consideramos de honor, y para pagarla eché mano de fondos que no me pertenecían, contando con reponerlos antes de que se enteraran. Desgraciadamente no fué así y una requisa inesperada vino á descubrir el déficit. Las leyes eran muy rigurosas hace treinta años y me ví en compañía de treinta y siete condenados en las escotillas del navío *Gloria Scott* con rumbo á la Australia.

»Entonces estaba en su período álgido la guerra de Crimea, y el gobierno tenía en el mar del Norte los barcos que se empleaban para el transporte de los deportados, y, por lo tanto, tenía que echar mano de otros más pequeños y faltos de condiciones. Nosotros fuimos embarcados en el *Gloria Scott*, un barco que sirvió muchos años para el comercio de trigo con China. En este viaje llevaba, además de los treinta y ocho pájaros de calabozo, veintiséis hombres de tripulación, diez y ocho soldados, un capitán, tres contramaestres, un médico, un capellán y cuatro cabos de vara. Unas cien personas en total.

»Los tabiques que separaban las celdas, en vez de ser de roble, como los que se emplean en los buques dedicados á transportar presidiarios, eran de

una delgadez y fragilidad extremadas. Mi compañero de la izquierda era un individuo que me llamó la atención en cuanto lo ví al lado mío en el muelle de salida. Era un joven imberbe y pálido, de nariz aguileña y fuertes mandíbulas. Llevaba la cabeza altivamente erguida, y era tal su estatura que el más alto de nosotros no le llegaba al hombro. Aquella cabeza, llena de arrogancia y de orgullo, que se erguía con un ademán de reto sobre todas las demás vencidas y humilladas, fué para mí como luz que vislumbra un viajero perdido en la nieve y en la obscuridad. A media noche oí un murmullo, y acercándome al tabique comprendí que mi amigo había logrado agujerear la madera para hablarme.

»—¡Hola!—me dijo.—¿Cómo os llamáis?

»Yo le contesté francamente, diciéndole mi nombre y mi desgracia. Entonces él añadió:

»—Yo me llamo Jack Bendergast, por la gracia de Dios, y me parece que venís á bendecir mi nombre antes de que nos separemos.

»El caso de Bendergast me era muy conocido, pues causó un gran escándalo en Inglaterra. Bendergast era un hijo de una gran familia, pero se entregó de tal modo al vicio y empleó tan mal sus prodigiosas cualidades, que estafó enormes cantidades á los principales comerciantes de Londres.

»—¡Já! ¡Já! Veo que conocéis perfectamente todos mis negocios—dijo con cierta satisfacción cuando le pregunté si era él aquel Bendergast.—¿Y os acordáis de aquel golpe de cerca de 150.000 libras?

»—Sí, me acuerdo.

»—¿Y que no se pudieron encontrar?

»—En efecto.

»—Pues bien, ¿dónde diréis que está ese dinero?

»—No sé...

»—Aquí, entre el pulgar y el índice. Mi nombre solo vale más libras esterlinas que pelos tenéis en la cabeza. ¿Y no os parece bastante estúpido é ilógico, querido, que un hombre de mis condiciones y de mi posición se resigne á hacer el viaje en la escotilla infecta de un barco medio podrido y lleno de ratas y gusanos? Y como eso no puede ser, no será. Estoy dispuesto á salir de aquí en unión de todos mis compañeros. Quisiera tener una Biblia para jurarlo sobre ella.

»Confieso que al principio no concedí importancia á aquellas palabras; pero poco á poco la voz de mi vecino se fué haciendo más persuasiva y más seria, y, por último, después de prometerle solemnemente que guardaría el secreto, me confesó que había una conspiración para apoderarnos del barco en alta mar. El complot fué urdido antes del embarque por una docena de presidiarios, á la cabeza de los cuales figuraba, naturalmente, Bendergast.

»—Tenemos—me dijo—un poderoso aliado, en el cual tengo tanta confianza como en mí mismo. Es el depositario de los fondos y es... el capellán. Se embarcó con sus papeles en regla y con los bolsillos llenos de dinero bastante para comprar este barco desde la quilla hasta la punta del palo mayor. La tri-

pulación es toda suya, y ya cuando entré en el barco estaba comprada. Mercer, el segundo contra maestre y dos de los cabos de vara, son satélites suyos. Si quisiera podría comprar hasta el capitán.

»—¿Y cuáles son vuestros proyectos?

»—Enrojecer un poco más los trajes encarnados de algunos de esos soldaditos, ¿qué os parece?

»—Pero ¿no están armados?

»—¿Y qué? También nosotros lo estaremos, querido. Ten seguro, como hemos tenido madre, que tendremos cada uno un par de pistolas, y si con esto y con la ayuda de la tripulación no nos apoderamos del barco, mereceremos acabar nuestros días en un colegio de niñas. Ahora hablad con vuestro vecino de la derecha y ved si podemos confiar en él.

»Así lo hice. Mi otro vecino se llamaba Evans y era como yo, un hombre que tuvo un mal paso. Luego ha cambiado de nombre, vive rico y considerado en el Sur de Inglaterra. Desde el primer momento se mostró conforme con el complot que, después de todo, era nuestra única tabla de salvación. Antes de dejar el golfo de Gascuña todos los presidiarios estábamos convenidos, excepto uno, tan cobarde, que no se podía esperar nada de él, y otro que estaba muy enfermo.

»No era muy difícil conseguir lo que nos proponíamos. Los marineros estaban de acuerdo con nosotros. El capellán entraba libremente en todas las celdas con pretexto de exhortarnos y de entregarnos estampitas y opúsculos religiosos. Y menudea-

ron tanto sus visitas, que á los cuatro días ya teníamos cada uno, debajo de la cama, una lima, un par de pistolas, quinientos gramos de pólvora y veinte balas. Unicamente el capitán, dos contramaestres, dos cabos de vara, el doctor y los diez y nueve hombres al mando del teniente Martín, eran nuestros enemigos. Aunque seguros del éxito, aguardamos á tenerlo todo bien preparado y señalamos una noche próxima para dar el golpe. La casualidad hizo que fuera antes de lo que pensábamos. Veréis cómo:

»Una tarde, estando el doctor en la celda de uno que se hallaba algo indispuerto, apoyó la mano sobre la cama y notó el bulto de una pistola. Si hubiera tenido más sangre fría tal vez nos hubieran cogido, mas era un hombrecillo muy nervioso y dió un grito, y palideció de tal modo, que el enfermo comprendió que le habían descubierto; y saltando sobre él lo estranguló antes de que pudiera dar la voz de alarma. Como el doctor había dejado abierta la escotilla todos nos precipitamos sobre cubierta. Los dos centinelas y un cabo que acudieron al ruido fueron echados al mar. Corrimos en seguida hacia el camarote del capitán, pero cuando ya estábamos cerca sonó un pistoletazo detrás de la puerta, y al abrirla vimos al capitán de bruces, con la cabeza destrozada sobre un mapa del Atlántico clavado sobre la mesa. Detrás de él, con la pistola todavía humeante, estaba el capellán.

»Salimos de allí, y entrando en el salón próximo á la cámara, empezamos á saltar y á reir como locos,

subiéndonos sobre los divanes y las butacas; Wilson, el falso capellán, descerrajó uno de los armarios y sacó una caja de botellas de Jerez y las rompió los golletes contra el borde de una mesa. Llenamos los vasos y nos disponíamos á brindar por nuestra libertad, cuando sonó una espantosa descarga y una humareda terrible llenó la habitación, quitándonos la vista durante unos minutos. Cuando se disipó, vimos los cadáveres de nueve hombres—Wilson entre ellos—tendidos en el suelo y sobre las mesas. ¡Nunca olvidaré aquel momento en que el Jerez y la sangre se mezclaron!... Hubo un momento de esturpor; pero Bendergast fué el primero que reaccionó, y mugiendo como un toro, se abalanzó á la puerta, seguido de todos nosotros. En la popa aguardaban el teniente con diez soldados. Habían disparado por la claraboya que daba al salón. Nos arrojamos sobre ellos antes de que tuvieran tiempo de cargar otra vez. Se batieron como leones; pero al cabo venció el número, y á los cinco minutos ya no vivía ninguno. ¡Qué matanza, Dios mío! Bendergast parecía un demonio. Para sus brazos de hierro, los hombres no parecían pesar nada, y con la mayor facilidad los arrojaba por la borda. El sargento cayó herido al mar, y durante un rato nadó detrás del barco, hasta que uno de nosotros se compadeció de él y le saltó el cráneo de un pistoletazo. Sólo quedaban los contramaestres y los cabos de vara.

»Pero entonces surgió una violenta disputa. La mayor parte, contentos con vernos libres, no que-

riamos cometer más crímenes, y si habíamos muerto á los soldados fué porque tenían armas para defenderse, pero en cambio considerábamos una cobardía atacar á hombres indefensos. Pero Bendorgast y los suyos no quisieron atendernos.

»Nuestra impunidad—decían—consiste en concluir con todos; no debemos dejar con vida á ningún testigo. Al fin, y á ruegos nuestros, nos autorizó para dejar el navío y embarcarnos en una lancha antes de que se cometieran los últimos asesinatos. Se nos entregó á cada uno un traje de marinero, un barrilete de agua, un poco de ron, una caja de galletas y una brújula. Bendorgast nos echó una carta marítima, diciéndonos que éramos naufragos del *Gloria Scott*, que pereció á 15° de latitud Norte y 25° de longitud Oeste. Luego cortó el cable que nos unía al barco y quedamos á merced de las olas.

»Y ahora llego á la parte más terrible de mi historia, hijo mío. El *Gloria Scott* empezó á alejarse de nosotros. Sentados junto al timón Evans y yo nos pusimos á estudiar nuestra posición y la ruta que debíamos seguir. Nos hallábamos á 500 millas Sur del Cabo Verde y á 700 Oeste de la costa africana. Como el viento era del Norte, juzgamos que el punto más próximo y mejor para desembarcar era Sierra Leona, y hacia allá impulsamos nuestra embarcación dejando el *Gloria Scott* á la espalda. De pronto vimos surgir una nube de humo negro y espeso que se ensanchó y se estrelló contra el cielo deshaciéndose en la fase del crepúsculo. En seguida

estalló un ruido semejante á un trueno, y cuando se disipó la humareda, vimos que el *Gloria Scott* había desaparecido. Viramos inmediatamente y á fuerza de remos llegamos al sitio donde las aguas inquietas y ardientes habían tragado el barco. Aquí y allá flotaban trozos de madera, alguna caja... un barril vacío... y ya nos alejábamos tristemente impresionados por la catástrofe, cuando vimos sobre un madero á un hombre. Fuimos hacia él y lo metimos en la lancha. Era un marinero llamado Hudson, y se hallaba en tal estado de terror y sufría de tal modo por las cruentas quemaduras que tenía en todo el cuerpo, que hasta el día siguiente no pudo contar lo sucedido. Por él supimos que Bendorgast y su gente se apresuraron á matar á los dos vigilantes y al segundo contramaestre. No faltaba más que el primero, un hombre vigoroso y valiente. Cuando vió cerca de sí al presidiario con el puñal sangriento en una mano y una pistola en la otra, logró romper sus ligaduras y se dejó caer en la sentina.

»Una docena de penados cayó detrás de él y lo encontraron arrodillado ante uno de los barriles de la pólvora, con una caja de cerillas en la mano. Un segundo después el *Gloria Scott* se hundía para siempre.

»Al día siguiente nos recogió el brick *Hotspur*, que navegaba hacia Australia. El capitán creyó lo que le dijimos y el Almirantazgo declaró que el *Gloria Scott* había naufragado el 6 de Noviembre de 1855, á los 15° 20' de latitud Norte y 25° 14' de lon-

gitud Oeste. Después de un viaje feliz, el *Hotspur* nos desembarcó en Sidney, donde Eraus y yo entramos en las minas de oro con nombre supuesto.

»Ya comprenderéis lo demás. Eraus y yo hicimos fortuna, viajamos y volvimos á Inglaterra como unos aventureros que vienen á morir en su país natal. Durante veinte años hemos llevado una vida feliz, creyendo que el pasado se hundió para siempre. ¡Juzgar cuál sería mi terror cuando ví aparecer al marinero Hudson! Ahora comprenderéis también, hijo mío, la razón de mis humillaciones y de mis consideraciones con ese hombre, de cuyo silencio depende mi porvenir, y pensad cuánto será mi dolor viéndole en camino, con la boca llena de amenazas, del Hampshire».

Aquí terminaba la narración y, un poco más abajo, una mano temblorosa escribió estas palabras, casi invisibles: «Beddoes me ha escrito que *H.* lo ha dicho todo. ¡Dios tenga piedad de nosotros!»

Ya sabéis, querido Watson, la dramática historia del *Gloria Scott*. El joven Trevor partió con el corazón destrozado y no he vuelto á saber más de él. En cuanto á Beddoes y á Hudson, desaparecieron sin dejar rastro alguno. Tal vez Hudson matara á Beddoes. Quizás Beddoes matara á Hudson. No sé.

EL DOCUMENTO ROBADO

Durante mi vida escolar trabé íntimo conocimiento con un muchacho llamado Percy Phelps, y que tenía sobre poco más ó menos mi misma edad. Era un alumno aplicadísimo, ganaba todos los premios, y, finalmente, obtuvo una beca que le permitió continuar en Cambridge su triunfal carrera. Recuerdo que era de muy buena familia y sobrino carnal del eminente político lord Holdhurst, á pesar de lo cual sus compañeros no concedían importancia á esta posición y procuraban molestarle y zaherirle siempre que podían. Salimos del colegio y ya no volví á oír hablar de él hasta una hermosa mañana del mes de Julio—quince días después de mi boda—en que recibí la siguiente carta.

«Briarbrae Woking.

»Querido Watson: Creo que no habréis olvidado al *renacuajo* Phelps, que estaba en tercera cuando vos estábais en quinta. También es posible que se-
»páis obtuve, por influencia de mi tío, un empleo en
»el ministerio de Estado, y el cual acabo de perder
»—y con él mi honor—por un terrible suceso que ha
»venido á tronchar mi carrera para siempre

gitud Oeste. Después de un viaje feliz, el *Hotspur* nos desembarcó en Sidney, donde Eraus y yo entramos en las minas de oro con nombre supuesto.

»Ya comprenderéis lo demás. Eraus y yo hicimos fortuna, viajamos y volvimos á Inglaterra como unos aventureros que vienen á morir en su país natal. Durante veinte años hemos llevado una vida feliz, creyendo que el pasado se hundió para siempre. ¡Juzgar cuál sería mi terror cuando ví aparecer al marinero Hudson! Ahora comprenderéis también, hijo mío, la razón de mis humillaciones y de mis consideraciones con ese hombre, de cuyo silencio depende mi porvenir, y pensad cuánto será mi dolor viéndole en camino, con la boca llena de amenazas, del Hampshire».

Aquí terminaba la narración y, un poco más abajo, una mano temblorosa escribió estas palabras, casi invisibles: «Beddoes me ha escrito que *H.* lo ha dicho todo. ¡Dios tenga piedad de nosotros!»

Ya sabéis, querido Watson, la dramática historia del *Gloria Scott*. El joven Trevor partió con el corazón destrozado y no he vuelto á saber más de él. En cuanto á Beddoes y á Hudson, desaparecieron sin dejar rastro alguno. Tal vez Hudson matara á Beddoes. Quizás Beddoes matara á Hudson. No sé.

EL DOCUMENTO ROBADO

Durante mi vida escolar trabé íntimo conocimiento con un muchacho llamado Percy Phelps, y que tenía sobre poco más ó menos mi misma edad. Era un alumno aplicadísimo, ganaba todos los premios, y, finalmente, obtuvo una beca que le permitió continuar en Cambridge su triunfal carrera. Recuerdo que era de muy buena familia y sobrino carnal del eminente político lord Holdhurst, á pesar de lo cual sus compañeros no concedían importancia á esta posición y procuraban molestarle y zaherirle siempre que podían. Salimos del colegio y ya no volví á oír hablar de él hasta una hermosa mañana del mes de Julio—quince días después de mi boda—en que recibí la siguiente carta.

«Briarbrae Woking.

»Querido Watson: Creo que no habréis olvidado al *renacuajo* Phelps, que estaba en tercera cuando vos estábais en quinta. También es posible que se-
»páis obtuve, por influencia de mi tío, un empleo en
»el ministerio de Estado, y el cual acabo de perder
»—y con él mi honor—por un terrible suceso que ha
»venido á tronchar mi carrera para siempre

»No me parece oportuno dar detalles por escrito, y los reservo para cuando nos veamos. Estoy convaleciente de una enfermedad, que ha durado nueve semanas, causada por el disgusto. ¿Seríais tan amable que convenciérais á vuestro amigo el señor Holmes para que viniese á verme? A pesar de que la justicia y la policía me han dicho que todo es inútil, yo espero que su talento descubrirá lo que la ineptitud de los demás no ha sabido encontrar. Venid lo más pronto posible. Esta incertidumbre me mata y me parece que las horas llevan sandalias de plomo.

»Decidle á Holmes que si antes no solicité su ayuda no fué por ignorar sus altas cualidades, sino porque mi estado me impedía pensar en nada. Ahora ya soy algo más dueño de mí, aunque no tanto que pueda escribir—según veréis—yo mismo mis cartas.

»Siempre vuestro,

PERCY PHELPS.»

Me convenció de tal modo esta carta que hubiera hecho lo imposible por complacer á mi antiguo camarada. Mi mujer fué también de igual opinión, y sin pérdida de tiempo salí de mi casa, tomé un coche y media hora después estaba en el conocido cuarto de Baker Street.

Holmes, vestido con una bata y sentado ante la mesa de trabajo, analizaba cuidadosamente una operación química. El contenido de una retorta, coloca-

da en la llama azul de una lámpara de Bunsen, bullía ruidosamente, y el resultado de la destilación se condensaba en un recipiente de cristal. Mi amigo apenas si se dignó mirarme cuando entré, y comprendiendo yo que debía tratarse de alguna operación importantísima me senté en un sillón sin decir una palabra. Holmes continuó sus operaciones, hundiéndose en distintas redomas un tubo de vidrio, extrayendo de cada una algunas gotas que fué echando en una probeta. Después, cogiendo un papel tornasol, y volviéndose hacia mí, dijo:

—Llegáis á tiempo, querido Watson. Se va jugar ahora mismo la vida de un hombre. Si este papel permanece azul, ese hombre vivirá, si no ya puede contarse con los muertos.

Hundió el papel en la probeta, y el papel tomó inmediatamente el color sucio.

—¡Hum!... Ya me lo temía. Tened la bondad de esperad un momento. Ahí tenéis tabaco, como siempre, en la pantufla.

Y sentándose delante del escritorio escribió algunos telegramas. Luego se los entregó á un criado, y ya más tranquilo, se sentó en frente de mí abrazándose las piernas huesosas.

—Después de todo es un crimen vulgar—murmuró.

Después, levantando la voz y mirándome cara á cara, añadió:

—¿Qué hay, amigo Watson?—Debe de ser algo muy importante cuando dejáis á vuestra mujercita.

Yo le tendí la carta de Phelps.

—Después de todo no dice gran cosa—dijo Holmes después de leerla atentamente.

—Eso creo yo.

—Y sin embargo, la letra es muy interesante.

—No es letra de mi amigo.

—Ya, ya. Precisamente por eso es interesante.

Es letra de mujer.

—No, de hombre.

—No, de mujer, y de una mujer de carácter enérgico y decidido. No es mal principio para nuestras investigaciones el saber que vuestro amigo está relacionado con una mujer que, buena ó mala, tiene una naturaleza excepcional. Ya se despertó mi curiosidad, y, por lo tanto, ardo en deseos de ir á Woking y ver al joven diplomático y á la mujer que le escribe las cartas.

Tuvimos la suerte de llegar á la estación de Waterlloo en el momento de salir un tren, y antes de una hora nos hallamos en los pinares de Woking, y unos minutos más tarde en Briarbrae. Era una antigua mansión señorial de piedras musgosas y torres que agujereaban el cielo. Entregamos nuestras tarjetas y nos introdujeron en una sala elegantemente amueblada. Al poco rato entró un caballero que nos saludó afable y cortesmente. Debía tener cuarenta años; pero sus mejillas eran tan rubicundas y tan alegres sus ojos, que parecía más bien un muchacho.

—¡No sabéis cuánto me alegro de veros!—nos

dijo estrechándonos las manos.—El pobre Percy no hace más que preguntar por Holmes y por Watson. Como sus padres no quieren apenarse oyendo hablar de los sucesos tan dolorosos y tan...

—Sí, ya sé que no sois de la familia—interrumpió Holmes.

Nuestro interlocutor vaciló un instante, luego bajando la vista, se echó á reír.

—Efectivamente. A no ser porque debéis de haber visto mis iniciales J. H. sobre el medallón, os creería brujo ó adivino. Sí, me llamo José Harrisson, y aunque ahora no sea pariente de Percy, lo seré en cuanto se case con mi hermana. Ahora tendré el gusto de presentárosla; no se separa ni un momento del lado del enfermo. ¿Vamos?

Entramos en un cuarto coquetón y elegante, mitad tocador y mitad alcoba. Un joven muy pálido, muy demacrado, estaba tendido en un sofá cerca de la ventana, recibiendo á pleno rostro los aromas del jardín que entraban y se extendían como un consuelo y una esperanza. Cerca de él había una muchacha, que al vernos entrar murmuró:

—¿Me retiro, Percy?

El la estrechó la mano como reteniéndola, después nos tendió la que le quedaba libre:

—¿Cómo va, querido Watson? ¿Sabéis que no os hubiera conocido con esos bigotazos? También yo estoy algo cambiado, ¿verdad? Este señor debe ser vuestro amigo Holmes, ¿no es eso?

Presenté á *Sharlack* y nos sentamos frente al en-

fermo. Harrisson había desaparecido y sólo quedaba su hermana de pie al lado de Percy. Era una mujer nada vulgar, tal vez algo pequeña, pero con unos ojos grandes de mujer latina y el pelo negro y ondulante marcando el lindo rostro ovalado. ¡Y era bien triste y bien amargo ver la frescura y el ardor de sus colores junto á la demacración y la palidez de su amante!

—No quisiera haceros perder mucho tiempo— empezó Percy Phelps, incorporándose un poco— y por lo tanto, voy á contaros lo sucedido sin preámbulo de ningún género.

Yo era, Sr. Holmes, un hombre completamente feliz, y cuando iba á lograr el colmo de mis aspiraciones casándome con miss Ana Harrisson, sufrí un golpe terrible que ha venido á truncar para siempre mi porvenir.

Ya os habrá dicho nuestro amigo Watson que estaba empleado en el ministerio de Estado, donde, gracias á mi tío, había logrado una gran posición. Cuando mi tío fué nombrado ministro me llevó á su secretaría particular, y como tuviera la suerte de resolver á su gusto dos ó tres asuntos que me encargara, creció su confianza y aumentaron sus bondades.

Hace diez semanas próximamente, el 23 de Mayo, para precisarlo todo, me llamó á su despacho, y después de felicitar me por mis éxitos, me anunció que iba á encomendarme de una misión gravísima.

—Esto que véis aquí—dijo sacando de su escrito-

rio un rollo de papel—es el original del famoso convenio secreto entre Inglaterra é Italia y del cual se ha hablado tanto durante estos días en la prensa. Ya comprenderéis la importancia que tiene el secreto y lo peligroso que sería dejar traslucir lo más mínimo. Francia y Rusia darían sumas considerables por conocer el contenido de estos papeles que, á no ser porque necesito imprescindiblemente una copia, no hubieran salido nunca de ese cajón. ¿Hay en vuestro despacho algún mueble que tenga llave?

—Sí.

—Entonces tomad y guardadlo. Cuando se vayan todos os quedáis copiándolo hasta que lo terminéis, y mañana me entregáis la copia y el original en cuanto venga. Cogí los papeles y...

—Un momento—interrumpió Holmes.—¿Estábais solos durante esa conversación?

—Completamente solos.

—¿Era muy grande la habitación?

—Unos diez metros en cuadro.

—¿Estábais en el centro?

—Creo que sí.

—¿Hablábais en voz baja?

—Ya lo creo. Mi tío tiene la costumbre de hablar siempre bajo y en cuanto á mí no hablé casi nada.

—Está bien—murmuró Holmes cerrando los ojos.

—Continuad.

—Hice las cosas tal como dijo mi tío. Esperé á que se fueran mis compañeros. Uno de ellos, Carlos Gorot, tenía que terminar un trabajo urgente y que-

dó en la oficina mientras yo salía á cenar. Cuando volví ya se había marchado y yo me dispuse á trabajar de firme para ver si podía marcharme con José —el Sr. Harrisson, á quien habéis visto hace un momento— que pensaba tomar el tren de las once.

Hojeando el tratado comprendí que mi tío no había exagerado nada encareciendo su importancia. Puedo deciros, sin faltar al secreto, que definía el papel de Inglaterra en la Triple Alianza y que esbozaba la actitud que había de adoptar este país en el caso de que la escuadra francesa llegara á sobrepujar á la italiana en el Mediterráneo. Al final del tratado figuraban los nombres de los personajes encargados de firmarlo.

Después de este ligero examen me puse á mi trabajo de copista.

El documento estaba escrito en francés y se componía de veintiséis artículos. Yo trabajaba lo más de prisa que podía; pero á las nueve no tenía copiados más que ocho artículos y ya podía estar seguro de que no volvería con José á Woking. Sentía sueño y empezaba á dolerme la cabeza. Entonces pensé que tal vez una taza de café bien cargado me despejara un poco, y como en el ministerio se queda siempre un ordenanza de guardia durante toda la noche, toqué el timbre.

Con gran asombro mío ví que entraba en el despacho una mujer gruesa, ordinaria, con delantal blanco. Me dijo que era la mujer del ordenanza y la encargué que me trajeran una taza de café.

Escribí otros dos artículos; luego, sintiéndome cada vez más torpe y más pesado, me levanté y dí algunos paseos por la habitación. El café no venía. Molesto por la tardanza abrí la única puerta que tiene el despacho y salí al pasillo; luego bajé una escalera de caracol que me llevó al cuarto del ordenanza de guardia. ¡Ah!—se me olvidaba.—Frente al vestibulo que da á la habitación del portero, y al pie de la escalera por lo tanto, termina otro pasillo que conduce, por otra escalerilla, á la puerta de servicio y que alguna vez utilizan los empleados que vienen por Charles Street.

Conforme os iba diciendo, Sr. Holmes, entré en el cuarto que daba al vestibulo; encontré al ordenanza dormido con los codos sobre la mesa, mientras que una lamparilla de espíritu de vino sostenía una vasija llena de agua hirviendo. Alargué la mano, y ya iba á sacudir á mi hombre, que roncaba estrepitosamente, cuando encima de mi cabeza sonó un timbre y el ordenanza se despertó sobresaltado.

—¡Calla... se... señor Phelps! ¿Estáis aquí?

Me eché á reír al ver su asombro.

—Sí, hombre, sí. He bajado á ver si estaba ya el café.

—Perdonadme... Me he dormido y...

El timbre continuaba sonando, y el ordenanza, levantando la cabeza, dió un grito.

—Pero... pe... ro, Sr. Phelps: ¿quién ha llamado?

—¿Cómo que quién ha llamado? ¿Qué timbre es ese?

—¡El de vuestro despacho!...

Quedé un instante sin saber lo que me pasaba. Luego, volviendo en mí, eché á correr como un loco, subí las escaleras de tres en tres, seguí la largura del pasillo y entré en el despacho. ¡Nadie! Todo estaba tal como yo lo había dejado. Sobre la mesa estaba la copia empezada. El original había desaparecido.

Holmes se incorporó, y restregándose las manos con aire satisfecho, preguntó:

—¿Y qué hicisteis entonces?

—En seguida comprendí que el ladrón debía de haber venido por la escalera de servicio, porque si no le hubiera visto.

—¿Estáis seguro de que nadie pudo estar oculto en el despacho ó en el corredor?

—Completamente seguro. Ni un ratón podría pasar inadvertido.

—Está bien. Seguid.

—El ordenanza, comprendiendo por mi súbita palidez que debía ocurrir algo grave, subió conmigo las escaleras y permanecía delante de mí con la mirada ansiosa y la boca abierta. Sin decirle nada salí de la habitación y, seguido de él, descendí nuevamente las escaleras y llegué á la puerta de servicio. Estaba cerrada, aunque no con llave, y abriéndola salimos fuera. Recuerdo que en aquel momento sonaron tres campanadas en una iglesia próxima. Eran las diez menos cuarto.

—Eso es muy importante—dijo Holmes, anotando la hora en el puño de la camisa.

—La noche estaba muy oscura y una lluvia fina y lenta mojaba las calles. En Charles Strees no había nadie; pero al final, en Whitehall, la circulación era, como de costumbre, muy numerosa. Corrimos tal como estábamos, con la cabeza descubierta, y en la esquina nos encontramos con un *policeman* (1). ¡Acaban de cometer un robo!—exclamé antes de llegar á él.—Han robado un documento importante en el ministerio de Estado. ¿Habéis visto pasar á alguien?

—Durante un cuarto de hora, que es el tiempo que llevo aquí, no ha pasado más que una mujer alta, ya de edad, con un chal negro.

—¡Ah! Esa es mi mujer—exclamó el ordenanza.—¿No ha pasado nadie más?

—No.

—Entonces el ladrón ha debido seguir otro camino.

Y el ordenanza me tiraba del brazo para que volviéramos atrás, pero yo no estaba convencido y aun aquellos esfuerzos exaltaban más mis sospechas.

—¿Por dónde se ha ido esa mujer?

—No sé, caballero. Como no tenía por qué observarla, no me fijé. Sólo sé que iba muy deprisa.

—¿Y hace mucho tiempo que pasó?

—No, mucho tiempo no.

—¿Cinco minutos?

—No sé; tal vez haga menos.

(1) Agente de policía.

—Estamos perdiendo un tiempo precioso, señor Phelps—exclamó el ordenanza.—Mi mujer no tiene absolutamente nada que ver en este asunto. Vamos hacia atrás... y si no venís iré yo solo.

Y girando sobre sus talones echó á correr, pero yo la detuve en seguida.

—¿Dónde vivís?

—En Yoilane Brixton, núm. 16—contestó.—Pero no os dejéis engañar por una pista falsa y hacedme caso; vamos á mirar por este otro lado.

Después de todo, nada se perdía con seguir su consejo y los tres echamos á andar hacia Whitehall. La calle estaba llena de gente; pero todos los yentes y vinientes marchaban apresurados, cuidándose únicamente de esquivar la lluvia.

Entonces volvimos al ministerio. Examinamos de nuevo el pasillo y la escalera sin encontrar huella alguna, á pesar de que el suelo del corredor estaba cubierto de linoleum muy claro y se hubiera visto fácilmente cualesquiera señal.

—¿Había llovido por la tarde?—preguntó Holmes.

—Sí; estuvo lloviendo hasta las siete.

—¿Cómo os explicáis entonces que la mujer que entró en vuestro despacho á las nueve, no dejara la señal de sus pies mojados?

—Me felicito de haber coincidido con vos en esa observación. También yo me hice esa pregunta: pero me dijeron que las criadas tienen la costumbre de quitarse las botas en el cuarto del portero y ponerse unas zapatillas para andar por el interior.

—¡Ah! Entonces se comprende que no dejara huellas. Continúad.

—Volvimos á examinar el despacho. No tenía ninguna puerta secreta, y las ventanas, además de estar á diez metros de altura, estaban cerradas por dentro. La alfombra alejaba toda sospecha del suelo y el techo del cielo raso estaba intacto. Sea quien fuese el ladrón, estoy seguro de que entró por la puerta.

—¿Y la chimenea?

—No existe. Nos servimos de una estufa. Y en cuanto al timbre está colocado de tal modo que no puede atribuirse á una inconsciencia el hacerlo sonar.

—Perfectamente. Supongo que si hubiera habido algún objeto extraño á los habituales—un guante, una colilla, una horquilla, etc., etc.,—lo habiéseis notado, ¿no es eso?

—No había nada absolutamente.

—¿Y olor?

—¿Olor? Confieso que no me fijé en ese detalle.

—¡Ah! pues hubiera facilitado muchísimo el trabajo. Supongamos que oliera á tabaco...

—De eso estoy seguro. Yo no fumo, y hubiera notado en seguida el olor. De todo aquel misterio sólo había un hecho indudable que pudiera servirnos como dato; y era que la mujer del ordenanza Tangey había salido precipitadamente de la casa. Y como el marido se limitaba á contestar que su mujer se marchaba siempre á aquella hora, el poli-

ceman y yo juzgamos que debíamos apoderarnos inmediatamente de *mistress Tangey* antes de que pudiera ocultar el documento, suponiendo que fuera ella la ladrona.

Ya había llegado la noticia á *Scotland Yard*, y cuando salíamos nos encontramos con el *detective Forbes* que, desde aquel momento, tomó la dirección del asunto. Tomamos un coche y pocos minutos después estábamos en el núm. 16 de *Yoylane Brixton*. La joven que nos abrió la puerta—y que era la hija mayor de los *Tangey*—nos dijo que su madre no había venido aún y nos condujo á la sala principal.

Pasados diez minutos sonó un campanillazo, y al poco rato oímos clara y distinta la voz de la muchacha:

—En la sala hay dos caballeros que desean hablaros.

Se oyeron unos pasos precipitados que se alejaban, y *Forbes*, abriendo rápidamente la puerta, salió al pasillo; yo le seguí y llegamos á la cocina, donde encontramos á *mistress Tangey* quitándose el sombrero. Al principio nos miró seria y altiva; luego reconociéndome, murmuró:

—¡Calla! ¿Sois vos, Sr. *Phelps*?

—Bueno, bueno, menos conversación—interrumpió *Forbes*.—¿Por qué huíais de nosotros?

—Creí que seríais del Juzgado. Como nos han demandado por deudas á un...

—No, no ha sido por eso—continuó el agente.—

Sospechamos que vos sois la persona que ha robado un documento importantísimo del despacho de este señor, y por lo tanto, váis á venir con nosotros á *Scotland Yard* para que os registren.

No le sirvió protestar y defenderse, y á viva fuerza la metimos en un coche y emprendimos el camino de *Scotland Yard*. Antes de salir observamos que no había en la cocina la menor señal de cenizas ni de papeles.

La mujer encargada de los registros femeninos no encontró nada en los vestidos y en el cuerpo de *mistress Tangey*.

Al saberlo, y por la primera vez, comprendí todo el horror de mi situación. Hasta entonces el movimiento, la fiebre de las pesquisas me privaron de pensar y de discurrir. Pero una vez pasado aquello y hundida la última esperanza, sólo me quedaba sufrir y cruzarme de brazos. Siempre he sido de un temperamento muy impresionable y cobarde ante las situaciones difíciles, y lleno de espanto, díme á pensar en mi tío, en la vergüenza y el deshonor que echaba sobre él, sobre sus compañeros de Gabinete, en mi ruina, en la desesperación de mi familia. Recuerdo confusamente un golpe en la cabeza, unos gritos que me desgarraban la garganta, y unos brazos fuertes que me sujetaron y unas palabras compasivas que intentaron calmar mi excitación. Creo que uno de los agentes me llevó hasta la estación de *Warterlóo*, y que desde allí vino, afortunadamente conmigo, el doctor *Ferrier*.

Y digo afortunadamente, porque en la estación de Woking me dió un ataque de nervios tan fuerte, que perdí la razón para no recobrarla hasta hace tres días. Ya supondréis el efecto que causaría mi llegada á esta casa y cómo se aumentó el dolor de mi familia al saber los motivos de mi enfermedad. José fué expulsado de este cuarto, que es el suyo habitual, me acostaron en su cama, y desde entonces esta angelical Ana no se ha separado un momento de mí durante el día, dejándome por las noches al cuidado de una enfermera.

Lentamente, paulatinamente, ha vuelto la razón, y con ella el tormento pasado... Mi primer acto racional fué telegrafiar á Forbes pidiéndole noticias; pero el *detective* me contestó que no se había vuelto á descubrir nada, y que el misterio continuaba. Como no se pudo probar nada contra el matrimonio Tangey, recayeron las sospechas sobre el joven Gorot;—que, según recordaréis, se quedó aquel día más tarde que los demás—pero bien pronto se comprendió que no tenían razón de ser las acusaciones, puesto que yo no había empezado á trabajar cuando él salió del ministerio.

Entonces acudí á vos, Sr. Holmes. Sois mi última esperanza. Si me abandonáis, mi honor y con él mi vida se hundirán para siempre.

El enfermo agotado por lo largo de la narración, se dejó caer sobre los almohadones y bebió ansiosamente una taza de tisana que le ofreció mis Harrison.

Holmes permaneció en silencio durante largo rato. Al fin, y lentamente, masticando las palabras, preguntó:

—¿Habíais dicho á alguien que teníais que copiar ese documento?

—A nadie.

—¿Ni siquiera á miss Harrison?

—Tampoco. Además, tened en cuenta que yo no volví á Woking hasta después del robo.

—¿No fué nadie de vuestra familia á veros?

—Nadie.

—¿Conocía alguno de vuestros parientes el camino de vuestro despacho?

—Todos lo sabían.

—Y... pero, después de todo, es inútil que hablemos de ello, puesto que ninguno conocía la existencia del documento.

Hubo una pausa. Holmes hundió la barba entre las manos. Durante un rato sólo se oyó en la habitación el jadeo del enfermo.

—¿Qué informes tenéis del ordenanza Tangey?—preguntó Sherlock de pronto.

—Excelentes. Es un licenciado del ejército.

—¡Ah!... ¡Caramba, que flor más bonita!

Y levantándose, fué hacia la ventana abierta, y cogiendo el tallo de una rosa empezó á olerla, mostrando gran satisfacción. Aquella acción suya me dió á conocer un nuevo aspecto de Holmes. Nunca le había visto demostrar tanto interés por las cosas de la Naturaleza.

—Las flores—continuó mi amigo apoyado en la ventana—son la prueba más innegable de la bondad de la Providencia. Ellas son lo supérfluo, ellas son el encanto de nuestros ojos, sin ellas podríamos vivir; pero ellas hermocean la vida.

Los rostros de Percy Phelps y de Ana Harrison se obscurecían, perdían su gesto de esperanza oyendo aquellas palabras tan extrañas y fuera de lugar. Reinó de nuevo el silencio. Holmes, hundida la mirada en las flores, sonreía...

—Y... ¿no véis algún medio para resolver esta situación?—murmuró de pronto la novia de Phelps.

Holmes pareció volver brusca y pesarosamente á la realidad.

—Realmente, señorita, todo esto es muy confuso, muy extraño... Sin embargo, os prometo estudiarlo y veremos...

—¿Tenéis formado algún plan?

—Tal vez...

—¿Sospecháis de alguien?

—Sí; de mi mismo.

—¿Cómo?

—Sospecho de que no sean ciertas mis suposiciones.

—Entonces, ¿volveréis á Londres en seguida?

—Habéis acertado, señorita—contestó Holmes inclinándose; luego, volviéndose hacia mí, continuó:—Me parece, querido Watson, que debíamos volver hoy mismo. Sin embargo, no confiéis mucho, Sr. Phelps. ¡Es tan misterioso todo esto!...

—¿Cuándo volveréis?—preguntó ansiosamente el diplomático.

—Mañana, en el primer tren; pero repito que no confiéis demasiado.

—¡Gracias, gracias! ¡No sabéis lo tranquilo que estoy ahora! ¡Ah! Hoy he recibido una carta de lord Holdhurst.

—¿Sí? ¿Y qué dice?

—Es una carta bastante fría, aunque no muy dura. Dice que á pesar de la gravedad del asunto, no se resolverá nada hasta que yo esté restablecido y pueda rehabilitarme.

—No está mal. Vaya, Watson, ¿vamos? El futuro cuñado de Phelps nos acompañó á la estación y poco después rodábamos camino de Portsmouth. Holmes, absorto en sus pensamientos, no pronunció una palabra durante largo tiempo. De pronto, cuando llegábamos á Clapham, exclamó:

—Realmente son admirables estas líneas aéreas. Fijáos cómo se goza viendo las casas debajo de nosotros...

Al principio creí que se burlaba, puesto que no podían presentar peor ni más pobre aspecto aquellas casuchas hacinadas unas sobre otras; pero luego comprendí que hablaba seriamente.

—Mirad esos edificios que surgen como islas de ladrillo en un mar de plomo.

—Son las escuelas públicas—contesté.

—Justo. De ellas brotarán los nuevos cerebros que han de engrandecer y mejorar nuestra patria. De

ellas... ¡Hombre! Me parece que Phelps no debe ser muy aficionado á la bebida.

—Creo que no.

—Celebro que seamos de la misma opinión—continuó Holmes con una seriedad imperturbable. Pero eso no impide que el pobre muchacho esté bastante comprometido. ¿Qué os parece miss Harrison?

—Debe ser un carácter muy entero.

—Muchísimo. Ella y su hermano son los dos hijos únicos de un herrero. Phelps la conoció el invierno pasado viajando por el Northumberland. Cuando ocurrió la catástrofe, miss Ana Harrison y su hermano estaban pasando una corta temporada en casa de Phelps, y á pesar de que ya tenían dispuesta la marcha, suspendieron el viaje y se quedaron para cuidar al enfermo. Como véis no estoy desprovisto de datos retrospectivos.

—Y qué, ¿tenéis algún indicio?

—Tengo varios. Los crímenes más difíciles son los que á primera vista no benefician á nadie. Afortunadamente en éste sucede todo lo contrario. En este caso estaban interesados el embajador de Francia, el de Rusia, el individuo que pudiera vender el documento á estos dos señores y... lord Holdhurst.

—¡Lord Holdhurst!

—Claro. Hay muchos casos en que un ministro vería con gusto la pérdida de ciertos papeles.

—Pero querido Holmes... ¡Un hombre como lord Holdhurst!... Tan íntegro, de una reputación tan intachable

—No importa, Watson, no importa. Hablaremos con el ministro y celebraré que sean infundadas mis sospechas. Por de pronto ya he empezado á trabajar.

—¿Ya?

—Sí. Mirad lo que he mandado desde Woking á los principales periódicos de Londres.

Y me entregó un papel donde había escrito con lápiz lo siguiente:

«Diez libras esterlinas de recompensa.»

»Se desea saber el número del carruaje que la noche del día 23 de Mayo último, á las diez menos cuarto, dejó á una persona á la puerta del ministerio de Estado, en Charles Street. Las contestaciones deben dirigirse al núm. 221 de Baker Street.»

—¿Pero estáis seguro de que el ladrón fué en coche?—pregunté cuando terminé la lectura.

—Ya recordaréis que vuestro amigo Phelps aseguró y reaseguró que ni en el despacho ni en el pasillo podía ocultarse nadie; luego es indudable que el ladrón vino de la calle. Ahora bien, lloviendo como llovía aquella noche, ¿cómo os explicáis que no se encontrara huella alguna en el linoleum del piso? Ya veis que no resulta muy ilógica la suposición de un carruaje.

—Tenéis razón.

—Ya veremos. Otro de los puntos oscuros, tal vez el más oscuro de este suceso, es el timbre. ¿Es que el ladrón lo tocó por jactación? O ¿había alguien

con él que procurase por ese medio evitar el crimen: ¿Sonaría por casualidad?

Al llegar aquí, Holmes se detuvo y ya no volvió á hablar una sola palabra hasta la estación de Londres. En seguida nos trasladamos á Scotland Yard, donde nos esperaba Forbes. Era un hombrecillo de rostro enjuto y mirada sagaz, que nos recibió con exagerada cortesía. De la entrevista no sacamos nada nuevo. El policía contó las pesquisas hechas, y cuando Holmes le preguntó por su opinión se limitó á sonreír enigmáticamente y á encogerse de hombros. Al salir de Scotland Yard, Holmes miró al reloj.

—Ahora vamos á interrogar al excelentísimo señor ministro de Estado. Creo que aún será tiempo.

Efectivamente. Lord Holdhorst estaba en su despacho de Downing Street, y en cuanto vió la tarjeta de Holmes dió orden de que nos dejaran entrar.

El ministro nos recibió con una reverencia algo arcáica, pero llena de señorial distinción y nobleza. Luego, apoyándose en la chimenea mientras Holmes y yo nos sentábamos en sendos butacones de terciopelo y de dorada talla, empezó á hablar con una voz sonora y pausada, hecha á sonar en la amplitud de los Parlamentos y las Academias.

—Vuestro nombre, Sr. Holmes, me es muy conocido, y como quiera que únicamente puede traeros aquí un asunto determinado, sería inútil que afectara ignorancia respecto al motivo de vuestra visita. ¿En qué puedo servirlos?

—Vuestro sobrino...

—¡Ah! ¡Pobre Percy!—interrumpió el ministro.—Ya comprenderéis que nuestro parentesco empeora su situación y ata mis manos. Mucho temo que este incidente le cueste muy caro.

—Pero ¿y si se encuentra el documento?

—Entonces variaba mucho la cosa...

—Yo lo espero así. Y ahora, lord Holdhurst, ¿tenéis la bondad de contestarme á dos ó tres preguntas?

—Con mucho gusto.

—Mil gracias. Decid. ¿Fué en esta habitación donde le disteis á vuestro sobrino las instrucciones relativas á la copia del documento?

—Sí.

—¿Podía oír alguien esas instrucciones?

—No.

—¿Habíais dicho á alguien que pensábais mandar copiar ese tratado?

—No.

—¿Estáis seguro?

—Segurísimo.

—En ese caso, puesto que vos no habíais dicho nada, puesto que el Sr. Phelps no había dicho nada, puesto que nadie sabía nada, debemos suponer que la presencia del ladrón en el despacho fué puramente casual.

El ministro se encogió de hombros sonriendo.

—Hay, además, otro punto importantísimo—continuó Holmes.—¿Creéis que la divulgación del con-

tenido de ese documento produciría graves consecuencias?

Los labios de lord Holdhurst dejaron de sonreír.

—Gravísimas.

—¿Se ha sabido algo ya?

—Todavía no.

—Sin embargo, yo creo que si la Embajada de Francia, por ejemplo, se hubiera enterado ya, me parece que vos sabríais algo, ¿no es eso?

El ministro asintió con la cabeza.

—Ahora bien, en vista de que han pasado nueve semanas sin que nadie diga nada, debemos suponer que el documento no ha salido de manos del ladrón.

Lord Holdhurst se encogió de hombros.

—No creo, señor Holmes, que el ladrón haya robado esos papeles para ponerlos con marco y colgarlos en la pared de su alcoba.

—Claro que no; pero también podría ser que aguardara á obtener una cantidad más importante.

—Como espere mucho, me parece que no conseguirá nada. Dentro de muy poco ya todo el mundo conocerá, sin peligro alguno, lo que hoy debe estar secreto.

—¡Ah!... Entonces es probable que el ladrón haya caído súbitamente enfermo.

—Con una fiebre cerebral, ¿verdad?—preguntó serio y ceñudo el ministro.

—No he querido decir eso—contestó Holmes tranquilamente.

Luego, mirando el reloj, continuó:

—Es ya muy tarde, lord Holdhurst, y hemos abusado mucho de vuestra paciencia. Si no tenéis nada que mandarnos...

—Nada, querido—contestó afablemente el ministro, acompañándonos hasta la puerta del despacho.—Deseo con toda mi alma que descubráis cuanto antes al criminal, sea quien sea.

—Es todo un carácter este señor—me dijo Holmes cuando salimos á la calle.—Sin embargo, debe pasar muchos apuros para no hacer un mal papel, dada su escasez de recursos. Ya habréis visto, Watson, que sus botas han sido arregladas más de una vez... Después de todo eso no tiene importancia...

Habíamos llegado á Whitehall, y Holmes, tendiéndome la mano, continuó:

—Adiós, querido Watson, no quiero robaros más tiempo. Por hoy no pienso hacer nada, á no ser que tenga contestación al anuncio del coche. Pero mañana os espero, ¿verdad?

Al día siguiente nos reunimos en la estación y tomamos el tren de Woking. El misterio continuaba; el anuncio no había surtido efecto. No obstante, Holmes continuaba impasible como un piel roja. Nada había en su voz, ni en su rostro, ni en sus ademanes, que revelara el estado de ánimo causado por aquella absoluta carencia de noticias. Recuerdo que durante todo el tiempo que duró el viaje me fué hablando

acerca del sistema antropométrico de Bertillón, ensalzando sus ventajas y los talentos del sabio francés.

Encontramos á nuestro cliente de mejor aspecto que el día anterior, y al vernos se levantó del sofá y vino hacia nosotros, alargándonos las manos.

—¿Qué hay?—preguntó vivamente.

—Nada—contestó Holmes.—Ha sucedido lo que yo me temía. He hablado con Forbes, con vuestro tío, y aunque no he descubierto nada, espero que estas dos entrevistas no hayan sido inútiles.

—¿Entonces tenéis esperanzas todavía?

—Indudablemente.

—¡Qué alegría me causa oiros hablar así!—exclamó miss Harrison. Yo creo que con valor y con paciencia se triunfa siempre.

—Pues veo—dijo Phelps, sentándose de nuevo en el sofá—que somos más afortunados que vos en punto á noticias...

Holmes le miró fijamente, interrogándole con los ojos.

—Sí—continuó Phelps;—esta noche he corrido una aventura que me parece bastante grave.

Hizo una pausa. Por sus ojos pasó un relámpago de terror; sus manos se hundieron en los almohadones: su voz se hizo más grave y más lenta.

—¿Sabéis, amigo Holmes, que empiezo á creerme seriamente en peligro y que en torno mío se agita una conspiración monstruosa?

Holmes no pudo contener una exclamación.

—Contádmelo todo.

—Yo estaba casi seguro de que no tenía ningún enemigo; pero, á juzgar por lo que pasó anoche, me parece que tengo uno por lo menos. Veréis. Anoche fué la primera vez que dormí sin enfermera, puesto que ya me encontraba lo suficientemente bien para prescindir de ella. Serían las dos de la madrugada cuando me despertó un ruido extraño y casi imperceptible. Escuché un rato, atribuyendo á algún ratón que royerá la madera; pero al poco rato el ruido se hizo más fuerte, y de pronto oí un choque metálico. Ya no podía dudar de la causa del ruido. Habían introducido un objeto entre la unión de la contraventana y habían chocado contra la falleba.

Hubo una pausa que duró próximamente diez minutos, como si esperasen á ver si me habían despertado con el ruido. Luego ví levantarse el picaporte, sonó un crujido seco y empezó á abrirse la ventana lentamente. No pude más, salté del lecho y abrí de par en par las maderas. Ví un hombre que echó á correr, pero no pude conocerlo porque iba envuelto hasta el cuello en una especie de capa. Sólo estoy seguro de una cosa: de que en la mano llevaba un puñal ó un cuchillo.

—Todo eso es muy interesante—interrumpió Holmes—¿y qué hicisteis entonces?

—Si no hubiera estado tan débil habría saltado por la ventana detrás de él; pero me faltaron las fuerzas y sólo pude tirar del cordón de la campanilla, y pedir socorro á grandes voces. José acudió el primero, luego vinieron los demás. Registraron el jardín.

pero no encontraron huella alguna. Yo no he querido dar parte á la policía hasta hablar con vos.

Este relato pareció impresionar fuertemente á Sherlock-Holmes. Cuando Phelps terminó de hablar, mi amigo se levantó y empezó á pasearse á grandes pasos, con las manos en los bolsillos y clavada la mirada en el suelo.

—¿Podrías dar conmigo una vuelta por la casa?— dijo, parándose de pronto delante del enfermo.

—Sí, sí. Creo que eso me sentará muy bien. Vendrá José con nosotros.

—Y yo también— exclamó miss Harrison

Holmes sacudió la cabeza:

—De ningún modo, señorita. Precisamente, os iba á rogar ahora mismo que no os movierais de aquí.

La joven volvió á sentarse sin decir una palabra. Llamaron á José y los cuatro hombres salimos al jardín. Dimos la vuelta á la casa hasta llegar al pie de la ventana. Sobre el musgo se veían huellas de pisadas, pero tan confusas y vagas, que Holmes se encogió de hombros.

—¡Bah! Esto no sirve para nada. Vamos á ver la razón de por qué el ladrón eligió precisamente esta ventana y no esas del comedor y de la sala que son mucho mas amplias.

—Es que esas se ven desde la carretera—observó José Harrison.

—Tenéis razón. Pero ¡calla! También pudo utilizar esta puerta.

—No, porque esa puerta, que es la de servicio, se cierra con llave todas las noches.

—¡Ah!... ¿Ha pasado alguna otra vez lo de anoche?

—Nunca.

—¿Tenéis algún objeto de valor ó algunas cantidades que puedan tentar á los ladrones?

—No, no hay nada que merezca la pena.

Holmes calló, y durante un rato anduvimos en silencio. De pronto mi amigo, levantando la cabeza, que había tenido caída sobre el pecho, dijo:

—Vaya, me parece que no descubriremos nada más. ¿Vamos á casa?

Emprendimos la vuelta. Holmes y yo delante. Phelps y su futuro cuñado detrás.

—Apresurad el paso—me dijo Holmes en voz baja.

Y aprovechando la inevitable lentitud del enfermo, llegamos mucho antes á la casa.

Miss Harrison nos esperaba en la ventana.

—Señorita—la dijo Holmes con un tono que no admitía réplica,—es preciso, absolutamente preciso, que no os mováis de aquí, pase lo que pase.

La novia de Phelps nos miró con los ojos muy abiertos.

—Está bien, Sr. Holmes.

—Cuando os vayáis á acostar, cerrad por fuera y lleváos la llave. ¿Me lo prometéis?

—Pero... ¿y Percy?

—Percy se viene á Londres con nosotros.

—¿Y yo me quedo aquí?

—Sí, es preciso. Sólo aquí le podéis ser útil. ¿Me lo prometéis?

Ella asintió con la cabeza. En aquel momento llegaba su hermano y su novio.

—¿Qué empeño tenéis en estar ahí dentro?—preguntó Harrison.—¿Por qué no salís á tomar un poco el sol?

—No, gracias, José. Me duele un poco la cabeza y estoy muy bien aquí.

—Bueno, ¿qué pensáis hacer ahora, amigo Holmes?—dijo Phelps.

—Hombre... pues... teniendo en cuenta que el suceso de ayer es secundario, me parece que debemos consagrarnos al principal. Para ello creo que sería muy conveniente que viniérais á Londres con nosotros.

—¿Yo?

—Sí. Dentro de una hora, si podéis.

—Yo creo que sí. Y es absolutamente preciso que yo vaya.

—Lo es.

—¡Ah, vamos! De ese modo si vuelve la visita de anoche se encontrará con que el pájaro ha volado. Perfectamente. Estoy á vuestra disposición. ¿Queréis que venga José con nosotros?

—No, ¿para qué? Ya sabéis que nuestro amigo Watson es médico y él os cuidará. Si os parece bien comeremos aquí y en seguida tomaremos el tren.

Así se hizo. Miss Harrison, cumpliendo su pro-

mesa, permaneció en el cuarto de Phelps. Yo no acertaba á explicarme el objeto de Holmes. ¿Sería tener alejada de Phelps á su novia? ¿Sería para evitar que?...

Terminamos de comer, nos despedimos de José y de su hermana, y ya en la estación Holmes nos dió una nueva sorpresa diciéndonos que él no pensaba ir á Londres.

—Todavía tengo que arreglar algunas cosas en Woking, aprovechando vuestra ausencia, amigo Phelps. Os agradeceré, querido Watson, que conduzcaís á nuestro amigo á mi casa de Baker Street, y que paséis allí la noche. Indudablemente, siendo como sois antiguos camaradas, no os faltará de qué hablar. Yo saldré de aquí mañana por la mañana y llegaré á tiempo de almorzar con vosotros.

En aquel momento el tren se puso en marcha. Holmes nos tendió las dos manos.

—Decid en Briastrae—exclamó Phelps—que mañana estaré por la tarde de vuelta.

—Lo siento, pero no pienso ir á Briastrae—contestó Holmes sonriendo.

El tren aumentó su velocidad, y poco después corría por los campos.

Durante el viaje hablamos largamente. Phelps, bajo el peso de sus sensaciones, excitados todavía sus nervios no hablaba ni quería hablar más que de sus asuntos. Inútilmente me esforzaba yo en cambiar de conversación, en interesarle por mis campañas del Afganistan, por los misterios de la India,

por las cuestiones sociales y literarias. El volvía siempre á lo mismo, multiplicando sus conjeturas acerca de lo que haría Holmes, de lo que pensaría lord Holdhurst, de lo que sería de él.

Cuando llegamos á casa le dije:

—Ahora, querido, me vais á hacer el favor de no inquietaros más y de procurar olvidarlo todo. Acostáos y procurad dormir para tener fuerzas mañana si fuera preciso.

Logré convencerle y lo dejé acostar en la cama de Holmes seguro de que la excitación del día y las incertidumbres de la noche no le dejarían dormir. Confieso que yo tampoco pude conciliar el sueño hasta muy tarde. ¿Por qué se quedó Holmes en Woking? ¿Por qué le ordenó á miss Harrison que no se moviera del cuarto del enfermo? ¿Qué motivo podía tener para ocultarles á la familia de Phelps que pensaba pasar la noche? Tanto y tanto pensé y tales fueron las quimeras y conjeturas que hice y deshice, que rendido y fatigado caí en un sueño profundo.

Desperté á las siete de la mañana. Me vestí de prisa y corriendo y entré en la alcoba de Phelps, á quien hallé agitado y febril por una noche de insomnio. Sus primeras palabras fueron para preguntarme si había venido Holmes.

—Perded cuidado. Vendrá á la hora que dijo— contesté.

Efectivamente. Daban las nueve en el reloj del comedor cuando se detuvo un coche á la puerta y

vimos bajar á Holmes. En seguida observamos que venía muy pálido y con la mano izquierda vendada. Phelps lanzó un gemido.

—¿Habéis visto, Watson?

Yo incliné la cabeza sin contestar.

Se abrió la puerta y entró Holmes; los dos amigos corrimos hacia él.

—¿Estáis herido?

—¿Qué os pasa?

—Nada. Es un simple arañazo. ¿Sabéis, amigo Phelps, que no he visto en mi vida un asunto tan terrible como el vuestro? Vaya, vamos á almorzar; porque treinta millas y el aire del Surrey son los grandes aperitivos.

La mesa estaba dispuesta, y precisamente cuando yo iba á llamar entró la señora Hudson con el desayuno.

—Observo que la señora Hudson se ha mostrado á la altura de las circunstancias—dijo Holmes sentándose á la mesa y destapando una fuente con perdices.—Ella no será muy lista que digamos, pero en punto á cocinera vale lo que pesa. ¿Qué es eso que hay ahí, amigo Watson?

—Perfectamente. ¿Qué queréis tomar, Sr. Phelps? ¿Perdices ó jamón?

—Gracias; no tengo gana.

—Vamos, intentadlo...

—No; no, dejadme, no podría tomar nada.

—Bueno—dijo Holmes maliciosamente—no insisto; pero tendréis la bondad de servirme, ¿eh?

Phelps descubrió la fuente que tenía delante de él y su rostro cambió y sus ojos quedaron fijos é inmóviles. En la blancura de la fuente resaltaba un rollo de papel gris azulado. Phelps se abalanzó sobre él y oprimiéndolo contra el pecho, se puso á saltar y á correr como un loco, dando vueltas en torno de la mesa. Al fin, falto de fuerzas, convulso, se dejó caer en un sillón y tuvimos que darle una copa de brandy para reanimarlo.

—Vamos, vamos—decía Holmes cogiéndole por las muñecas.—No he debido daros la noticia de ese modo. Comprendo que el golpe ha sido demasiado rudo; pero ya sabe Watson lo aficionado que soy á las escenas dramáticas.

Phelps, cogiéndole una mano, se la cubrió de besos diciendo:

—¡Gracias, gracias! ¡Bendito seáis! ¡Habéis salvado mi honor!

Holmes sonreía. El diplomático guardó el precioso documento en uno de los bolsillos más seguros de su traje; después murmuró:

—No quisiera interrumpir por más tiempo vuestro desayuno... y, sin embargo, estoy lleno de ansiedad por conocer lo ocurrido.

Sherlock Holmes sorbió una taza de café, comió un poco de jamón, y ya satisfecho, encendió la pipa y se instaló cómodamente en un sillón.

—Ahora vais á saberlo todo—dijo con aquella voz medio burlona, medio seria, que empleaba para explicar sus triunfos.

Después de dejaros en la estación, me fui dando un paseo á través de ese admirable Surrey, hasta el pueblecillo Ripley, donde merendé y tuve la precaución de llenar mi cantimplora y guardar en el bolsillo unpaquete de *sandwichs*. Luego, cuando empezaba á anochecer, emprendí la vuelta hacia Working. Aguardé á que no pasara nadie por el camino de Briarbrae—que no debe ser muy frecuentado—y entré en el jardín saltando la tapia.

—¡Pero si estaría abierta la puerta!...—exclamó Phelps.

—Es posible, pero yo soy muy raro á veces. Escogí el sitio donde crecen aquellos tres abetos, y gracias á ellos pude ir hasta vuestra ventana sin que nadie me viera. Una vez allí, me agazapé entre los rosales—fijáos en el estado de mis pantalones—y esperé los acontecimientos.

Estaba abierta la ventana y se veía perfectamente á miss Harrison, leyendo sentada cerca de la mesa. A las diez y cuarto se levantó, cerró las contraventanas y al poco rato la sentí cerrar la puerta con llave.

—¿Con llave?—interrumpió Phelps.

—Sí; yo le había encargado á miss Harrison que cerrase la puerta con llave y se llevara ésta consigo. Vuestra novia siguió al pie de la letra mis instrucciones, y á no ser por ella no tendríais ese papel en el bolsillo. ¿Por dónde íbamos? ¡Ah, sí! Quedábamos en que yo estaba agazapado en el rosal.

Poco á poco se fueron apagando todas las luces

de la casa. La noche era hermosa; las estrellas parpadeaban tranquilas en lo azul y la luna rodaba serena derramando su luz blanca sobre los árboles. A pesar de estos encantos, confieso que pasé una mala noche. Sentía esa excitación peculiar de los cazadores que acechan el paso de alguna fiera. La espera fué larga, tan larga como aquella noche que pasamos en una cámara mortuoria, ¿os acordáis, Watson? Por fin, y poco después de las dos, sonó un cerrojo, chirrió una llave, se abrió suavemente la puerta de servicio y un rayo de luna vino á caer sobre el rostro de José Harrison.

—¡José!—exclamó Phelps.

—Iba sin nada á la cabeza—continuó Holmes, como si no hubiese oído la exclamación;—pero llevaba una capa sobre los hombros, sin duda para cubrirse la cara á la primer alarma. Avanzó de puntillas por el césped hasta el pie de la ventana, y luego, introduciendo con mucho trabajo la hoja de un cuchillo, logró levantar el picaporte. Entonces lanzó un suspiro de satisfacción y empujó las dos maderas. Quedó abierta la ventana y saltó dentro de la habitación. Desde mi escondite yo veía perfectamente todos sus movimientos. Le ví encender las dos velas que hay encima de la chimenea; luego se arrodilló y levantó un poco la alfombra cerca de la puerta; después levantó también un ladrillo y sacó un rollo de papel. En seguida volvió á colocar el ladrillo en su sitio, luego la alfombra, apagó las dos velas... y vino á caer en mis brazos.

Hay que confesar que vuestro futuro cuñado es peor persona de lo que yo creía; dos veces intenté hundirme el cuchillo en la garganta, y á no ser por que paré los golpes con esta mano, ahora no podría contarlo. Su ojo—el otro se lo deshice de un puñetazo—tenía la fría y resuelta mirada de un asesino. Sus dientes, incrustados unos en otros, decían una rabia sorda... Pero fui el vencedor; le arranqué los papeles y lo dejé escapar. Hoy mismo he teleografiado á Forbes dando los detalles, y ojalá no lleguen tarde para apoderarse del ladrón. Aunque me parece que los señores Holdhurst y Phelps preferirían que se escapara el pájaro y con él el escándalo. ¿No es eso?

—¡Dios mío!—exclamó el diplomático.—¿Es decir que durante estas nueve semanas el documento robado estaba en mi misma alcoba?

—Justo.

—¿Y José? ¿José, el hermano de mi Ana, resulta un canalla, un miserable?

—Creo que las circunstancias le han obligado al crimen. Siendo, como es, un egoísta, se conoce que no supo resistir la tentación de apoderarse de una fortuna inesperada, sin preocuparse de la felicidad de su hermana ni de vuestra reputación.

Percy Phelps se llevó las manos á la cabeza.

—¡Oh, Dios mío! Yo me vuelvo loco...

—Yo sospechaba ya de José—continuó Holmes,—puesto que me habíais dicho que iba á buscaros todas las noches al ministerio de Estado para volver

juntos á Woking. Luego, cuando me enteré de que un individuo había intentado entrar en vuestra alcoba, donde nadie, excepto José, podía tener oculto nada—¿no nos habéis dicho que vuestro cuñado dormía en esa habitación antes de esa enfermedad?—mis sospechas se transformaron en certidumbres; mucho más teniendo en cuenta que la tentativa se hizo por la noche y la primera vez que dormisteis sin que nadie os velara, lo cual demuestra que el intruso estaba al corriente de lo que sucedía dentro de casa.

—¡Qué ciego he sido!

—Ya con estos datos pude reconstruir perfectamente los hechos, casi seguro de no equivocarme. Veréis: José Harrison entró la noche del 23 de Mayo en el ministerio por la puerta de Charles Street. Conociendo como conocía el camino, fué derecho á vuestro despacho y llegó un segundo después de haber salido vos. No viendo á nadie tocó el timbre, y mirando distraídamente en torno suyo vió los papeles que había sobre la mesa. En seguida comprendió que aquel documento representaba un valor considerable, y guardándolo en el bolsillo salió inmediatamente siguiendo el mismo camino que unos segundos antes. Recordaréis que pasaron unos minutos sin que el ordenanza os llamara la atención respecto del timbre; es decir, lo suficiente para que el ladrón pudiera escapar.

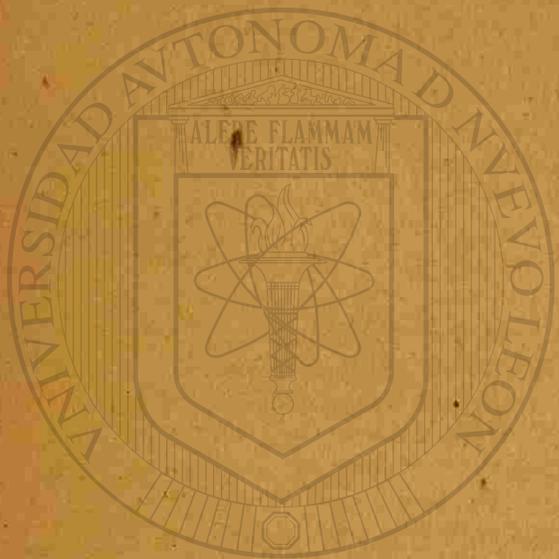
Tomó el primer tren, y ya en Woking debió cerciorarse una vez más del valor que tenía el docu-

mento y lo ocultó en el sitio que creyó más seguro, pensando llevarlo al día siguiente á la embajada de Francia ó á cualquiera otra parte donde se lo pagarán bien. Pero el destino se encargó de disponer las cosas de otro modo. Volvisteis inesperadamente, os aposentaron en la alcoba de José, y desde entonces no os dejaron solo ni un momento. Por último, cuando ya dormisteis sin que nadie os velara, José vió el cielo abierto é intentó introducirse en la habitación... Vuestro insomnio le fué fatal. Por eso procuré que la noche siguiente no estuviérais en casa, adviniendo que, ya más seguro del éxito, intentaría dar de nuevo el golpe. Para evitar que se nos adelantara aprovechando cualquier descuido, la encargué á miss Harrison que no se moviera de vuestro cuarto ni un segundo. Luego, cuando vino la noche, me escondí... y ya sabéis lo demás.

—Decid—preguntó febrilmente Phelps.—¿Creéis que José llevaría el cuchillo para matarme ó sólo para abrir la ventana?

Holmes se encogió de hombros.

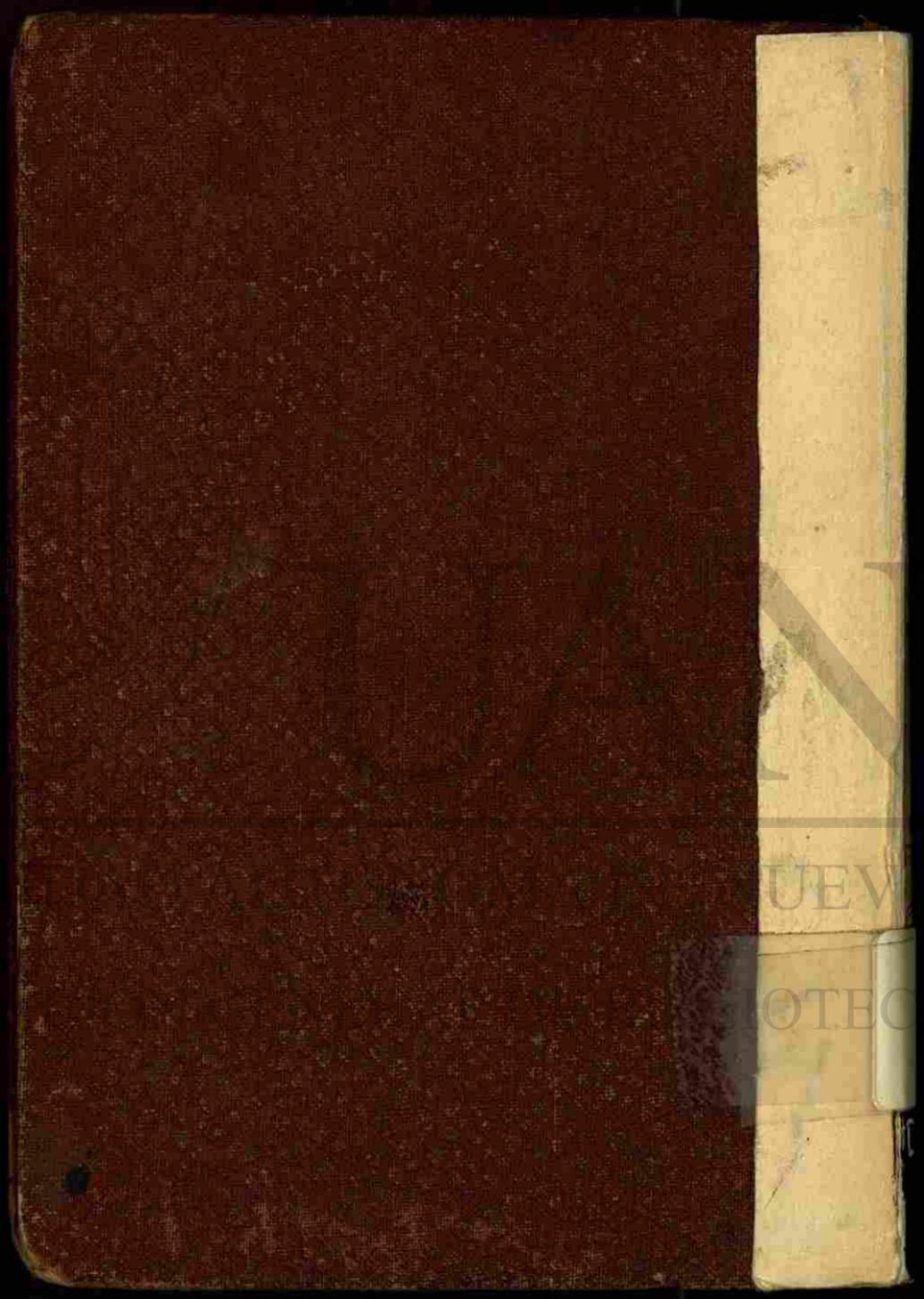
—No sé; pero os puede asegurar que José Harrison es un caballero capaz de todos los crímenes y de todas las ruindades.



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UEW

OTEC